

rep. a. Dec. 1.951. 13/46

POLITICA

en este número:

rómulo gallegos

Siembra al relente de la noche

julián marías

Las edades y la convivencia

luis b. prieto f.

Juicios y prejuicios sobre la política y los políticos

josé figueres

Observaciones sobre la educación del campesino americano

josé luis romero

La crisis argentina

rómulo betancourt

La Reforma Agraria en Venezuela

1

EL BANCO DE LA CONSTRUCCION

contribuye al desarrollo de la economía nacional

BANCO DE LA CONSTRUCCION
Compañía Anónima — Capital: Bs. 20.000.000,00
CARACAS - VENEZUELA

OFICINA PRINCIPAL:

Calle Vilaflor — Sabana Grande — Centro Profesional del Este
Teléfonos: 71-64-41 al 71-64-44



EL INOS

realiza actualmente grandes obras y tiene en estudio otras de positiva utilidad pública.
Agradecemos a Ud. el pago puntual de su consumo de agua en los siguientes sitios:

Para los suscriptores del Departamento Libertador:
Oficina Principal del Instituto, Edificio Las Mercedes,
Esquina de Tienda Honda.

Para los suscriptores del Dto. Sucre del Edo. Miranda:
Oficinas de los Acueductos del Este - Frente al Coney Island.

HORARIO: Lunes a Viernes
8 a. m. a 12 m.
1 p. m. a 5,30 p. m.
Sábados:
8 a. m. a 12 m.

Ponga al día sus cuentas con el INOS para que no ocurra el penoso caso de que le sea suspendido el servicio.
Su colaboración redundará en beneficio de Ud. mismo y de la ciudadanía en general.

NOTA: No se reinstalará ningún servicio si no se presenta el comprobante de cancelación de la deuda pendiente y del valor de la reinstalación.



BANCO TACHIRA

CAPITAL Bs 20 000 000,00

En el Estado Táchira:

SAN CRISTOBAL

(Casa Matriz)

SAN ANTONIO

(Agencia)

En Caracas:

TORRE A VEROES

Nº 23

(Sucursal)

Teléfonos: 81.87.11-12-13-14

AVENIDA URDANETA

Esquina de Punceres

(Agencia)

Teléfonos: 82.25.31-35

BELLO MONTE

Edificio Sears (Agencia)

Teléfono: 71.24.78

ALTAMIRA

Edificio Myflower

(Agencia)

Teléfonos: 36.170 - 35.264

Nuestra Institución, que desde su fundación ha venido haciendo una costosa campaña intensiva en pro de la formación del saludable hábito del ahorro en el pueblo venezolano, siente especial satisfacción en poder ratificar una vez más que nuestra ciudadanía ha prestado y continúa otorgando el más amplio apoyo a esta beneficiosa "CRUZADA DEL AHORRO", a tal punto que mediante la creciente confianza que se nos dispensa, somos desde hace años el

"PRIMER BANCO DE AHORROS DEL PAIS".

A través de nuestra Oficina Central y nuestras 47 Sucursales y Agencias, distribuidas en los más importantes centros económicos del país, prestamos a nuestros clientes todos los servicios bancarios, dentro de la mayor agilidad y el más moderno concepto de la función bancaria.

Mantenemos en servicio permanente una vasta red de estaciones radioemisoras-receptoras para mejor servicio a nuestro público en nuestras:

Capital Suscrito: 100.000.000,00
Capital Pagado: 55.009.300,00
Reservas: 27.641.945,64

OFICINA
PRINCIPAL
12 SUCURSALES
35 AGENCIAS

COLABORE USTED CON LA "CRUZADA DEL AHORRO",
UTILICE EL BANCO UNION, SU BANCO DE CONFIANZA.

INSTITUTO AGRARIO NACIONAL

La realización de la Reforma Agraria tiene dos objetivos fundamentales:

Elevar la productividad del campo poniendo en manos de los campesinos sin tierra parcelas laborables incultas.

Elevando el nivel de producción de la población campesina, y su nivel de vida, desterrando de ella la servidumbre y el paro.

El Instituto Agrario Nacional realizará la Reforma Agraria con los instrumentos legales promulgados por los Poderes del Estado.

BANCO REPUBLICA

Capital: Bs. 40.000.000,00

Caracas - Venezuela

Sede provisional: Edificio Manaure, Avenida Abraham Lincoln, Sabana Grande. — Caracas. — Venezuela. — Dirección cablegráfica: BANCOREP. — Apartado de Correos: 6749. Teléfonos: 71.94.53 - 54 - 71.45.89.



ASOCIACION VENEZOLANA DE PRODUCTORES DE CEMENTOS



La "Asociación Venezolana de Productores de Cementos" comparte el criterio de que el problema de la vivienda debe ser encarado, también, a través de la superación cultural de las familias campesinas y urbanas.

En tal virtud la "Asociación Venezolana de Productores de Cementos" ha iniciado una campaña educativa mediante la impresión de folletos ilustrativos y otros medios didácticos a fin de familiarizar al pueblo venezolano con la técnica de la construcción de viviendas económicas.

La "Cartilla de la Vivienda" que fue acogida con beneplácito por el "Primer Congreso Venezolano de la Vivienda" y los folletos divulgativos que han popularizado el personaje "Juan Cuchara" en las escuelas, sindicatos y otras agrupaciones rurales y urbanas de Venezuela, son otros tantos aportes con los cuales la "Asociación Venezolana de Productores de Cementos" contribuye a la solución del problema de la vivienda obrera.

Banco Industrial de Venezuela

COMPAÑIA ANONIMA

CAPITAL Bs. 10.000.000.00

OFICINA PRINCIPAL: ESQUINA DE TRAPOSOS

La inconvnible estabilidad del BANCO INDUSTRIAL DE VENEZUELA le da completa seguridad a sus ahorros. Además, ahorrar en el BANCO INDUSTRIAL DE VENEZUELA produce la doble satisfacción que significa obtener el más alto interés y contribuir decisivamente al progreso de nuestra industria.

SUCURSAL EN: LA GUAIRA: Avenida Soubllette.

AGENCIAS EN: PUENTE HIERRO: Edificio Castilla, Puente Hierro a Los Claveles.

EL PARAISO: Edificio Wallis, Calle 100, Puente Soubllette.

SABANA GRANDE: Edificio Maio, Calle Real de Sabana Grande.

CATIA: Edificio Oiram, Avenida Sucre.

PETARE: Edificio Battaglia, Avenida Francisco de Miranda.

TODA CLASE DE OPERACIONES BANCARIAS

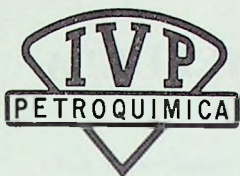
Transferencias de pesetas a España al mejor cambio en plaza

**EL BANCO INDUSTRIAL DE VENEZUELA
LE FACILITA SUS OPERACIONES BANCARIAS**



MAS - capacidad de carga.
MAS - bajo costo.
MAS - seguridad.

**POR VIA FERREA CAMINARA EL
PROGRESO ECONOMICO DE
VENEZUELA**



- *fertilizantes químicos*
- *combustibles*
- *asfalto*
- *cloro*
- *soda cáustica*
- *ácido clorhídrico*

AGRICULTOR
GANADERO
INDUSTRIAL
CONSTRUCTOR
TRANSPORTISTA

al consumir nuestros productos,
obtiene mayores rendimientos
y colabora con el desarrollo
de la industria nacional.

INSTITUTO VENEZOLANO DE PETROQUIMICA

Departamento de Ventas: Piso 18 - Torre Norte, Centro Simón Bolívar, Caracas

Agencias: Valera - San Cristóbal - Valencia - Maracay - Morón
Acarigua - Maturín - Puerto La Cruz - Barquisimeto

VENEZOLANO: protege la industria de tu país

BANCO CENTRAL DE VENEZUELA

El Banco Central de Venezuela se complace en ofrecer al público y en especial a los Institutos bancarios, al Comercio, a los investigadores y estudiantes, su Biblioteca, situada en el edificio de este Instituto, esquina de Santa Capilla. La Biblioteca del Banco Central está dotada de valiosas colecciones de revistas y publicaciones especializadas y de una extensa bibliografía sobre Teoría Económica, Historia de la Economía, Comercio, Seguros, Derecho Mercantil, Estadística, Contabilidad, Organización Bancaria y otros temas afines.

HORAS DE LECTURA:

Mañana: 8,00 a 11,30 a. m.

Tarde: 2,00 a 5,30 p. m.

EDITORIAL CORDILLERA

- POLITICA
- EPOCA
- EDICION DE LIBROS





EL INSTITUTO NACIONAL DE HIPODROMOS

contribuye con el desarrollo de la cría caballar del país.

En las grandes realizaciones nacionales... al servicio de la agricultura y de la cría, de las vías de comunicación, de los trabajos urbanísticos y de los sistemas de transporte, las maquinarias y vehículos

INTERNATIONAL

son una positiva
colaboración al
progreso y grandeza
de los pueblos.



*EL BANCO OBRERO INTENSIFICA SU POLITICA DE
CONSTRUCCION DE VIVIENDA PARA LA PROVINCIA
VENEZOLANA Y CON ELLO*

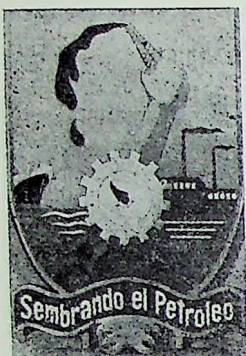
- Atiende el problema de la falta de techo a numerosas familias de pocos recursos.
- Contribuye a evitar el éxodo del interior a la capital.
- Colabora en la solución del problema del desempleo.

Consortio para Promociones Industriales, C. A.

- estudio,
- promoción,
- administración y
- financiación de industrias

Empresa conjunta de

- FINANCIADORA DE COMERCIO, C. A.
- BANCO DE COMERCIO, S. A.
- CORPORACION FINANCIERA CONTINENTAL, C. A.
- BANCO DE LA CONSTRUCCION, C. A.
- FINANCIERA DE LA CONSTRUCCION, C. A.
- FINANCIERA MENDOZA, C. A.
- BANCO REPUBLICA
- BANCO UNION, C. A.
- VALORES COMERCIALES & INDUSTRIALES, C. A.
- BANCO NACIONAL DE DESCUENTO, C. A.
- FINANCIAMIENTO Y CAPITALIZACION, S. A.
(FICASA)



Crédito y asistencia técnica, suministro de energía eléctrica y accesibilidad a nuestras materias primas, son las bases sobre las cuales descansa la política de industrialización que desarrolla la

CORPORACION VENEZOLANA DE FOMENTO

Compañía Anónima Nacional Teléfonos de Venezuela



AL NECESITAR DEL TELEFONO...

NO HAGA ESTO



Golpear el "gancho interruptor" repetidas veces, daña el equipo telefónico.



Un receptor mal colgado o descolgado... mantiene la línea "ocupada".



El mantener una conversación por más de tres minutos contribuye a congestionar el tránsito telefónico... además puede estar demorando una llamada importante para Usted.









Maneje el disco con cuidado, sin detenerlo ni forzarlo hacia atrás. Déjelo que retroceda por sí solo a su posición normal.



Conteste con prontitud y al hacerlo identifique. Quien llama agradece esta cortesía.



Hable claro y con naturalidad. Muchas veces es más difícil entender lo que se dice por teléfono que de viva voz.

Consulte la Guía antes de llamar al "03"





a un paso

está

PANAMA

si viaja en

SUPER

CONSTELLATION

equipados con

radar

dos vuelos semanales

LAV

LINEA
AEROPOSTAL
VENEZOLANA



consulte a su agente de viajes

VENEZUELA TRADING COMPANY

Néctares YUKERY

- En 1950 —fecha en que “YUKERY” inició la industria de néctares en el país— se importaban 1.000.000 de cajas de néctares. Actualmente dicha importación ha sido desplazada casi totalmente y las plantas industriales existentes producen 2.000.000 de cajas.
- En 1950, cuando sólo se consumían néctares importados, una lata de 12 onzas costaba Bs. 1,50 y Bs. 1,00. Al aparecer los néctares “YUKERY” el precio bajó a Bs. 0,75. Actualmente el precio de una lata de 12 onzas es de Bs. 0,62.
- Los néctares “YUKERY” brindan ocupación directa a 300 obreros y empleados los cuales han logrado las más altas reivindicaciones que contemplan los distintos contratos colectivos de trabajo firmados en el país.
- Próximamente “YUKERY” instalará una nueva factoría en Cabudare —Estado Lara— en la cual se trabajarán frutas del país, contribuyendo así al fomento de la fruticultura nacional y proporcionando fuentes de trabajo a numerosos obreros y técnicos venezolanos.

AGRICULTOR...

ANTES DE VENDER TUS FRUTOS OFRECELOS A
MERSIFRICA Y OBTENDRAS MAYORES BENEFICIOS

DIRECCION DETALES POPULARES

Chapellín: Calle Real de Chapellín, N° 10	Antimano: Calle del medio, N° 2, "Local del Este"
La Charneca: Calle Real de San Agustín del Sur, N° 7/2 (Charneca)	La Vega: Calle Real de La Vega, N° 5
La Bandera: Calle 1° de Enero, frente Oficina Triángulo	El Guarataro: Situado entre las esquinas de "Florida y San Antonio"
San Andrés: Calle Pedro Basalo, Edificio Yaracuy, N° 25/7	Bloque Urdaneta: Ciudad Tablitas (Parroquia Sucre) Zona Comercial, Local 1/5
Puerta de Caracas: Puerta de Caracas a Boca de Desecho, N° 2 (La Pastora)	Bloques 23 de Enero: Sector Central, Zona "A", Comercio 3, Local C.
Lídice: Entrada de la Urbanización Lídice, N° 1	Bloques 23 de Enero: Sector Central, Zona "B", Comercio 9, Local F.
Pro-Patria: Calle 2ª, N° 12 de Pro-Patria	El Retiro: Calle 2ª, N° 12 (Parroquia San José)
Los Frailes: Calle Real de Los Frailes, N° 11, esquinas Marina y Pedrera	Sierra Maestra: Centro Comercial 25, Local N° 5, Bloque 63, "23 de Enero"
El Obispo: Cárcel a Matapalos, N° 68/1	Lomas de Urdaneta: Bloque 11
Los Flores: Calle Ecuador, Edificio Isava (Los Flores de Catia)	

POLITICA

n.º 1 - setiembre 1959 - caracas - venezuela

índice

5	<i>Exposición de motivos</i>	
	Monografías	
9	<i>La Historia y la Libertad de Pensamiento</i>	GABRIEL CEVALLOS GARCIA
	Ensayos	
34	<i>Rómulo Gallegos: su obra y su actitud</i>	RAMON J. VELAZQUEZ
44	<i>Siembra al relente de la noche</i>	ROMULO GALLEGOS
48	<i>Juicios y prejuicios sobre la política y los políticos</i>	LUIS B. PRIETO F.
66	<i>Las edades y la convivencia</i>	JULIAN MARIAS
74	<i>Observaciones sobre la educación del campesino americano</i>	JOSE FIGUERES

director

Luis B. Prieto F.

consejo directivo

Gonzalo Barrios
Alejandro Oropeza Castillo
Mariano Picón Salas
Antonio Requena
Ramón J. Velázquez

director ejecutivo

Alberto Calvo

jefe de promoción

Aída Molander

"Política" no se responsabiliza por los juicios y opiniones de los artículos firmados. La responsabilidad de los mismos compete a sus autores.

Los trabajos que se publican son inéditos y han sido especialmente solicitados. Se autoriza la reproducción total o parcial de los mismos indicando la procedencia.

Dirección, Redacción y Administración:

Edificio Marciales primer piso, Avda. Urdaneta esq. Punceres, altos del Banco Táchira. Teléfonos, 82-78-11, Apartado Postal 9359 (Candelaria). CARACAS - VENEZUELA.

Departamento de suscripciones:

Teléfono, 82-39-19.

Distribución:

Compañía Distribuidora (en promoción).

Teléfono, 82-39-19

EDITADO POR



EDITORIAL CORDILLERA

Diagramación/Cordillera

Portada diseñada por Guillermo Heiter

Impreso por Editorial Arte

exposición de motivos

El nombre de nuestra Revista es algo más que una simple palabra empleada como señuelo oportuno para encabezar esta publicación. Por el contrario, anuncia una definida conducta y una actitud permanente para comprender todos los problemas del hombre como individuo y como miembro de una sociedad nacional y americana, porque a Venezuela y a América estará fundamentalmente dirigida nuestra mirada.

Entendemos el vocablo "política" en su más noble significado ya un poco olvidado y perdido en medio de los conflictos modernos, ante cuya furia tantos conceptos han naufragado. En nuestras páginas intentaremos devolverle todo su profundo significado humanístico, porque política no es una ciencia infusa de la perfidia y la falacia sociales, sino ejercicio sincero de la actividad humana creadora y sincrética, tendiente a buscar el camino de la conciliación y el mayor grado de perfección de los sistemas que rigen la vida de la sociedad y de las relaciones internacionales.

Actividad humana que se desplaza a todos los campos del pensamiento y de la acción, tanto en lo que toca a la dirección y administración del Estado, como a la Economía, la Ciencia, la Religión, la Técnica, el Arte y la Literatura. Comprendemos la política como una actividad que compete a todos los

hombres y no sólo a grupos especializados según han pretendido algunos reducirla. Porque política es, en última instancia, la ciencia y el arte de la convivencia ciudadana.

El ejercicio político ennoblece por lo que significa de vela permanente de los intereses de la comunidad y de los supremos bienes de las naciones. Este ejercicio está en el vértice de todas las manifestaciones del hombre y contribuye a perfeccionarlo haciéndolo sensible a las necesidades y angustias de la humanidad, y activo agente del bienestar colectivo y del avance de la cultura.

Un pueblo político es un pueblo culto y, hasta la última centuria, tal calificativo expresaba el mejor elogio que podía hacerse del hombre público. La afirmación de la política como actividad correspondiente a todos, ha sido a través de la historia de los pueblos y de las naciones el más eficaz baluarte contra el absolutismo y el despotismo. La Democracia sienta sus bases en este principio, pues mediante un largo y ensangrentado proceso sacó el ejercicio político de manos del monarca absoluto y de la cerrada nobleza, para extenderlo progresivamente a las capas populares. De entonces acá es muy largo el camino andado por el pueblo en su accidentada marcha hacia las formas del moderno Estado Democrático. Del voto limitado a las clases pudientes del comienzo de la República al voto universal aún no conquistado en muchas naciones cultas, hay una historia llena de muertes, de revoluciones, de guerras internacionales, de estallidos y convulsiones sociales.

La lucha por los derechos políticos y por el derecho a ejercer la política casi podría identificarse con la historia de la humanidad.

De ahí que la negación del ejercicio de la política sea también negación de la Democracia. Es esta una penosa y trágica lección que el mundo no podrá olvidar. Una empecinada campaña contra el hombre político presentándolo como un profesional

de la deshonestidad y contra la actividad política como una desviación de las masas, condujo al establecimiento de los gobiernos fascistas y nacistas, y en América a las sanguinarias dictaduras militaristas.

Contra el político y contra los pueblos políticos ha surgido la espada feroz de los caudillos y el asalto a los poderes constituidos por el voto popular. Tras el mentado "apolítico" se esconde la ambición venenosa; nuestros dictadores han enarbolado el estandarte engañoso del apoliticismo para debilitar al pueblo, confundirlo y poder así segar impunemente las libertades.

En esta Revista, pues, defenderemos la política como ciencia, y el derecho al ejercicio político como un derecho que compete y alcanza a todos los miembros de la sociedad y trataremos de contribuir con elementos de juicio que hagan más consciente e informado el ejercicio de ese derecho.

Al iniciar estas labores nos preocupan grandes problemas nacionales y americanos. Creemos que es imperiosa la necesidad de encontrar una doctrina que abrevie el camino de estos pueblos latinoamericanos que durante siglo y medio han marchado al azar, como a merced del viento. Hay numerosas circunstancias que nos identifican y que, al mismo tiempo nos diferencian de los intereses que orientan la conducta de las grandes potencias mundiales. Podemos formar una entidad con sus propias características, no para oponerla o enfrentarla a aquellas desde posiciones de fuerza, sino para proteger la autonomía política y económica de estas naciones y para defender la tradición y la cultura hispanoamericanas, en lo que ellas tienen de positivo. De este conjunto de coincidencias debe surgir una expresión política de todos los hombres de América.

Para formular esa tesis o teoría, o por lo menos, para fijar una posición equilibrada, es preciso comenzar la discusión de los más importantes problemas que afectan nuestra vida social, nuestra cien-

cia, nuestro arte y nuestra literatura, como columnas que son de la política.

Cuando nos referimos al arte y a la literatura en función política, y lo haremos muy repetidamente, no pensamos en esas manifestaciones interesadas que llevan el sello de una filiación, sino en el arte y la literatura cualesquiera que sean sus intenciones y los principios que los animen, pues entendemos que como suprema expresión estética cumplen un papel de primer orden en la formación y consolidación del espíritu nacional. Aun en sus formas más puras el Arte es factor principal en la Política y en la Historia. Rodó, Darío, Bello o Villalobos han contribuido por lo menos tanto como los héroes militares a la integración del sentido de la nacionalidad.

A través del pasado, desde nuestros más arcaicos orígenes hasta el presente incierto erizado de fronteras, estos países hispanoamericanos están unidos por vínculos de diferente orden difíciles de quebrar por el olvido o por la anarquía ideológica. Estamos obligados a buscar un camino común.

Este propósito no es una utopía ni un pasatiempo alegre como esas mesas redondas del panamericanismo, sino una necesidad y una meta, aunque elevada, accesible. Partiendo de realidades y de una prudente conjugación de intereses, puede llegarse a la teoría y al ejercicio de una política hispanoamericana, integral y objetiva.

la historia y la libertad de pensamiento

CON DOS ANECDOTAS más o menos bien difundidas, más o menos bien adornadas, suele comenzar la historia republicana y moderna de los países bolivarianos en el Nuevo Mundo. Ambas son como capitulares miniadas, pero encendidas por bellas luces románticas, y tienen como personajes a dos muy famosos Simones. O, para expresarse en términos más precisos, tienen como protagonista a un Simón de rancia cepa aristocrática, y por deuteragonista a un Simón demócrata de ideas.

El protagonista de la primera anécdota es un niño nacido de ilustre cuna, perteneciente a los *mantuanos* de más firme prestigio venezolano y de rancio solar español, un pequeño y vivacísimo vástago de la estirpe de los Bolívar, vieja casta eúskara, radicada de muy antaño en tierra caraqueña. El segundo actor es un pedagogo, persona rara y movediza, formada en las ideas dieciochescas, muy difundidas en el Nuevo Mundo español, a pesar de las fulminantes prohibiciones disparadas contra ciertos libros, por la corte borbónica, liberal y afrancesada, que regía desde la península sobre unos hombres y unos pueblos organizados ecuménicamente por los grandes Austrias.

El protagonista iba a ser el campo de experimentación de las ideas asimiladas por el deuteragonista, en cierto libro de J. J. Rousseau, intitulado *El Emilio*, libro en el cual se contenían los *ábrete sésamos* de la nueva ciencia de enseñar. Hasta entonces, se afirmaba, el niño había sido deformado por los defectos de la sociedad y del jugo de la civilización que ésta extrae de la convivencia urbana, jugo muy malo en sí y destinado a labrar la ruina de los educandos; mas, ahora, gracias al humanísimo, sentimental y romántico ginebrino, dichos seres indefensos liberados del mal social, se entregarían con absoluta independencia a

beber las enseñanzas transparentes y auténticas en el libro inmenso de la naturaleza. Esta última frase es cursi, muy cursi, quién lo duda, pero la tomo de un libro que apareció con el nombre de *El Maestro del Libertador*.¹

La nueva manera de educar Simón deuteragonista a Simón protagonista, dio como resultado que el Libertador se desarrollara en ambiente de libertad, de independencia, de odio a la tiranía y al despotismo, tendientes a romper lo que más tarde se diría, que en ese tiempo nadie lo dijo, la oprobiosa oscuridad colonial. El romántico Rousseau —no catalogado con toda precisión entre los literatos del movimiento francés, pero sí perteneciente al mismo por sus ideas—, el romántico Rousseau, repito, bien pudo adjudicarse el más serio triunfo indirecto, al haber creado por interpuesta persona, un discípulo amado, predilecto, único e impar en eso de haber ido, de manera naturalísima del *Emilio* al *Contrato Social*, meta la más alta a la que podía aspirar la pedagogía rousseauiana.

La otra anécdota tiene por personajes al mismo elenco de Simones. Sólo que el protagonista de antes se torna en el deuteragonista de ahora. El escenario del relato se sitúa en Roma y el mentor ideológico no es un ginebrino, sino un griego que todo lo conoció, menos Roma y el latín. Me refiero a ese anticipado romántico del helenismo tardío, que se llamó Plutarco, y cuyas *Vidas Paralelas* hallaron la extraña suerte de ver reencarnados a sus personajes en políticos, oradores y caudillos, cuando los hombres del siglo XVIII moribundo y los del naciente siglo XIX asumieron proporciones heroicas impulsados por el hálito del romanticismo liberal que sacudió por igual, a la mayoría de los revolucionarios del 79 y al Primer Cónsul devenido Emperador de los franceses. También impulsó este hálito a los Napoleones que siguieron las huellas del auténtico, sea dentro de Europa o sea fuera de ella.

La anécdota referida años después por el Simón de las ideas democráticas, dice que éste llevó una dura tarde veraniega al Simón de aristocrático nacimiento, nada menos que a la cumbre del Monte Sacro —al mamelón de dicho monte, reza el pedantesco vocablo de Rodríguez—, cumbre desde la que los dos miraron el panorama de la urbe gigantesca. Muy rousseauianamente el pedagogo determinó al discípulo a pronun-

1. F. Lozano y Lozano, "El Maestro del Libertador", pág. 42. Cit. por Marius André, en "Bolívar et la Democratie".

ciar una arenga sobre la vieja historia romana. La arenga, de modo también muy natural, tuvo por epílogo un juramento sagrado del joven orador y se comprometió ante las nubes y ante Rodríguez, a no dar punto de reposo al ánimo hasta libertar al Nuevo Mundo de la odiosa coyunda que le oprimía.

Lo asombroso de la anécdota, para nosotros los modernos lectores de cosas históricas antiguas, finca en la estructura plutarquiana del discurso de Simón Bolívar. Discurso lleno de grandes epítetos, de formidables impulsos retóricos y de errores y falsas apreciaciones críticas, tal como uno cualquiera de los que se hallan en las declamatorias páginas del decadente Plutarco. A todas luces, el tal discurso es apócrifo o se lo escribió después. Pero se lo narra, escribe, repite y admira, por ser emanado del labio sibilino de Rodríguez. Sobre todo constituyó uno de los motivos de mayor gusto literario de nuestros románticos abuelos, por eso lo recuerdo dándole por vivo y pronunciado en el consabido lugar.¹ Sin que cometa una exageración, sin que ofenda al criterio respetabilísimo de los historiadores románticos, me atrevo a asegurar que en estas dos anécdotas se halla prefigurada la estructura ideológica de la Historia americana que se escribió en el siglo XIX y de la que aún sigue escribiéndose en gran parte del siglo XX. De un lado, la filosofía dieciochesca, racionalista, individualista, empeñada por comprender los hechos colectivos de un conjunto de pueblos que nunca fueron totalmente penetrados por el espíritu francés, sea el del monarca borbón que reinaba en España, o sea el del turista que venía a América. Y de otro lado, el afán de convertir las cosas de la Historia en lección declamada y retórica, en gran epíteto, en *beau geste*, para lo cual ningún antecedente más acorde que el modelo plutarquiano.

Y ya que he mentado el gesto bello, recuerde el lector que el arte helénístico final halló máxima expresión en el Altar de Pérgamo, uno de cuyos gloriosos restos es el Laoconte, asimismo figura plutarquiana, por lo declamatoria y dramática. Ahora bien, tal como esta formidable escultura inspiró los apasionados sonos de la estética del romanticismo naciente en Alemania, las *Vidas Paralelas* inspiraron la actividad de los prohombres y de los héroes románticos, y la ideología político-filosófica de los historiadores europeos y americanos en el siglo pasado.

Pero dejaré aparte esta reminiscencia que un crítico bien podría redar-

1. Manuel Uribe Angel, "El Libertador, su Ayo y su Capellán". Libro del Centenario de Bolívar. Bogotá, 1884.

guirme de romántica, y permítame el lector buscar el tercer lado de la figura mental de la Historia americana moderna. Este tercer lado se encuentra bien descrito en la célebre proclama de Pablo Viscardo, jesuita de la diáspora, primer teórico de la emancipación, doctrinario y convincente predicador de los motivos que, sin réplica adecuada, se adujeron para desatar la campaña del Nuevo Mundo contra la Metrópoli. Las palabras que enseñó Viscardo sin hallar legítimo opositor, llegaron a tener eco en los sucesos y justificación en los éxitos.

La célebre *Carta dirigida a los Españoles Americanos* por el mentado proscrito, a quien no sólo arrebataron la tierra sino los bienes cuantiosos de sus padres difuntos, puso en juego términos simples, simplicísimos, como han sido los que han desatado las tormentas políticas o históricas. Las máquinas simples son de efectos arrebatadores en la vida humana colectiva. Y tales máquinas simples fueron estas cuatro palabras: *Ingratitud, Injusticia, Servidumbre y Desolación*, términos que el jesuita explica larga, apasionada y convulsivamente. Dichos términos, levemente modificados en su sonido pero no en su contenido, los hallamos después sirviendo de eje en torno del cual giró toda la época independista. Las voces-clave de Viscardo, mezcladas con los gestos plutarquianos y con los conceptos simples que edifican el Contrato Social, sea en su prístina expresión o modificados según las circunstancias, vitalizaron y consagraron cualquier discurso ideológico, cualquier proclama militar, cualquier institución naciente, desde las palabras de Viscardo hasta las Constituciones escritas por Bolívar.

La carta aludida y su tremenda carga explosiva y dramática, la pasión de Viscardo que pudo justificarse como móvil político y hasta como *catharsis* espiritual, ayudó a configurar el criterio histórico de ideólogos y escritores decimonónicos. Un documento político puede generalizar los hechos, porque se propone obtener resultados prácticos. Pero un historiador no puede aceptar esas generalizaciones, porque su tarea es obtener resultados críticos. Es decir resultados que satisfagan, juntamente, a la verdad y a los modos legítimos de alcanzarla. Esta diferencia, tan pequeña, no la hicieron los historiadores, ni la hacen muchos todavía; por eso dije que el tercer lado del triángulo doctrinario de la Historia americana, fue trazado por el famoso *abate* Viscardo.¹

1. Miguel Baillori, "El Abate Viscardo". En el apéndice reproduce facsimilmente la Carta. Edit. el I.P.G.H., Caracas.

El siglo XIX: fecundo y limitado.

APENAS HAY, ENTRE los más recientes de la Historia, un siglo tan lleno de dramatismo, de intensidad histórica, de carga mental, como el siglo XIX. Sin el ecumenismo del siglo XVI, pero intelectualmente de igual o mayor capacidad para universalizar, el siglo romántico es un gran plantel de nuevas ciencias, de nuevas técnicas, de nuevas ideas, de nuevas posibilidades, de nuevas emociones. En aquel seno temporal se opera el cambio más profundo de la vida de Occidente; pues el hallazgo del Nuevo Mundo, no obstante ser el hecho más importante después de la Creación, como decía López de Gómara, y no obstante representar un insuperable ensanchamiento de la Historia, no significó un cambio tan hondo como el operado en el siglo XIX.

La humanidad adquiere, sin duda, una nueva tónica en las aguas espirituales de esta centuria, que nada descuidó y labró con entusiasmo inusitado otras categorías históricas, para sumarlas ufanamente a las conquistas del hombre. Un optimismo detonante se desborda de la política, de la economía, del arte, de la industria, y hasta de la ciencia. Esta que siempre debe ser mesurada y poco abierta a la confianza, en aquellos años perdió la sensatez y se echó en brazos del ensueño, hasta superar la magia. El pensamiento abstracto, en tanto, va de un extremo a otro, con pasmosa facilidad, quizás con el objeto de enseñar que nada es tan firme y, asimismo, tan cambiante. La filosofía del siglo XIX asienta su firmeza en el cambio: del idealismo al positivismo, de lo abstracto a lo concreto, de la inteligencia a la voluntad, del espíritu a la economía. . .

En la política, lo mismo. Del Estado de arbitrio al Estado de Derecho. Del Derecho divino de los reyes, al Derecho soberano de los pueblos. Del legislador y juez supremo, al parlamento y a los derechos individuales. Una suma de contrastes y de transformaciones que, en otras épocas, se *habrían* operado en varios siglos. Y por lo que toca al arte, a la emoción, a los gustos dominantes, el cambio es más vertiginoso: desde el neoclasicismo hacia el romanticismo; y de aquí, luego de este primer gran paso, al impresionismo y a la larga serie de transformaciones a cual más dinámica, a cual más novedosa, a cual más declamatoria, a cual más instantánea.

La Historia, la sesuda, la comedida hermana mayor del pensamiento filosófico y de las artes, la que guardaba con tanto empeño el redil de los hombres y de las ideas, la del inmenso seno jamás agotado y siempre

creciente y promisorio, asimismo tampoco se contuvo en los aposentos que el racionalismo le otorgó con tan serias pretensiones de adecuados y definitivos. También perdió la cabeza y echó a andar, en pos de eso mismo que persiguen la política, la filosofía, las artes, y hasta el dinero entusiasmado con los avances de la industria. En otras palabras: como todo lo demás, la Historia se contagia con el entusiasmo individualista, es decir, se vuelve romántica.

En torno de la historia aparece un enjambre de ciencias nuevas, entusiastas y convencidas de su capacidad para liquidar el enigma del pasado. Pensaban en que en adelante no habría rincón alguno donde el ojo de alguna de ellas no penetrara alumbrador y definitivo. Por lo menos así pensaban los padres de tales ciencias que, a ritmo del cientifismo también romántico, suponían que gracias al concurso de aquéllas la Historia, al fin, se volvería ciencia positiva. Sin embargo, el siglo de la arqueología, de la filosofía, de la paleontología y demás técnicas de la prehistoria, era el mismo siglo de Lamartine, de Guizot, de Thiers, de Michelet y de Cantú, empecinados soñadores y empecinados plutarquianos.

Lo que hacía Lamartine o Carlyle en sus *construcciones* históricas, cumplidamente lo repetían Delacroix o Gericault. El culto a los héroes, la sublimación de la subjetividad emotivamente comprendida, el paisaje humano interpretado por las más altas cumbres, la visión del futuro tomada desde estos vértices ejemplares: en total, un nuevo culto de la humanidad excelsa y del hombre tomado como individuo lleno de derechos y de pretensiones. Una abstracción como cualquier otra, a pesar del empeño de positividad o del deseo de ahondar en la hondura personal. Sin embargo, este siglo XIX, tan lleno de novedad, tan espectacular y fecundo, tan repleto de sucesos descollantes y de sucesos minúsculos, fue un siglo colmado de limitaciones mentales y de autolimitaciones subjetivas. Sería paradójal el enunciado si no dijera, a renglón seguido, por qué fue limitado, a pesar de la enorme fuerza para universalizar que llevó permanentemente. Y creo que fue limitado, porque el especialismo —primera vez que cuenta con fuerza impositiva esta palabra— clave de la modernidad, se apoderó de la mente científica y le obligó a ahondar en pequeñas parcelas mentales, a costa del horizonte lógico y de la conexión universal y filosófica de todos los conocimientos.

Los ejemplos fluyen de por sí: después de la inmensa fuerza universalizadora de Goethe, de Humboldt, de Hegel, cada hombre de ciencia logró encerrarse en su profundidad y, como Fausto, quería dominar todo

lo cognoscible y todo lo cósmico, desde el fondo de su antrillo de meditación o de experimentos. Sin que el pensamiento en sí perdiera su poder de universalización, sin que le faltaran oportunidades para ejercitar la mirada filosófica, el pensar científico fue constreñido a ocuparse a fondo dentro de los espacios cada vez más pequeños, de saber limitado, cuya creciente hondura traía paradójicamente luz y oscuridad, progreso en el sentido vertical y estancamiento en el total panorámico.

Por eso vemos multiplicarse hasta el exceso las *interpretaciones* particularistas, que tienen el arrogante empeño de sustituir a lo universal. La interpretación biológica del mundo hace entrada en escena, escoltada por la interpretación sociológica del Derecho y por la interpretación económica de la Historia. El biólogo rivaliza con el sociólogo o con el economista por hallar una piedra filosofal que todo lo convirtiera en luz o en explicación simplificada del complejo mundo. Y hay más: el sociólogo pretende que su saber es el supremo, que asume el histórico y el filosófico, dos tipos de conocimiento menesterosos de positividad y necesitados de entrar en vereda. En el enorme latifundio de la sociología se pretende *compilar* todo lo pertinente al mundo y a la vida, al hombre y al universo.

Con ilusión de pan-ciencias aparecen en el horizonte intelectual equívocas *sumas*, más equívocas y menos sumas que los *Espejos del Mundo* que solían redactarse en la Edad Media, tratando de imponerse en medio de la desorientación general o en la emotividad nunca satisfecha de novedades. La primera de ellas, la proto-suma, fue la famosa Enciclopedia escrita por los racionalistas e individualistas filósofos franceses de finales del siglo XVIII, en muchos aspectos tan románticos como sus colegas del siglo XIX. Luego después asomaron las *enciclopedias* decimonónicas, algunas de ellas con dimensiones de ciencia especial, como la *Enciclopedia Jurídica*, muy del gusto de los catedráticos alemanes.

Mas, a pesar de todas estas enciclopedias tan *sui géneris*, el pensamiento se autolimitaba dentro de ámbitos preconcebidos, ganando en finura y perdiendo en perspectiva, logrando profundidades y dejando a un lado las conexiones, especializando a los adeptos y esfumando los contornos de los distantes países que se dejaban intactos, recortando siluetas muy determinadas y echando a pique enormes continentes desdeñados. En conjunto, como simple adición mecánica el monto científico del siglo XIX es uno de los más importantes de la historia humana; pero orgánicamente ese monto artificial delata una inmensa fecundidad limitada por un afán de especialismo a todo trance, que ha motivado, con

toda justicia, la vuelta a la sensata ordenación declarada por los libros tan espectaculares y de tan largos alcances como son *Ciencia Cultural y Ciencia Natural*, de Rickert, e *Introducción a las Ciencias del Espíritu*, de Dilthey, por no citar sino dos de los más divulgados y autorizados. La Historia romántica se autolimitó a sí misma. No podía situarse al margen y dejar que el torrente pasara sin arrastrarle. A más de especializarse en aspectos recortados del acontecer humano, tales como historia de las Religiones, historia del Derecho, etc.; acudió ella también, al método comparativo y no trepidó en asomar en traje de historia del Derecho comparado, o cualquier otra especialidad como ésta. Los tiempos daban para ello, y mucho más.

Pero la más grave autolimitación que se impuso la Historia fue de tipo doctrinario. Los racionalistas habían tentado hallar la razón suficiente de los derechos humanos y, sin querer, abierto la puerta para la explicación extrahistórica de la realidad intrahistórica. Los románticos, del mismo modo que los materialistas, que los positivistas de cualquier matiz, o que los políticos de tal o cual partido, por igual, ejercitaron una vista acrítica y ahistórica de la Historia: la miraban desde fuera y para comprenderla dictaminaban desde fuera.

Como desventuradamente el material humano abunda en situaciones amorfas o en posiciones no bien separadas, con la Historia se puede elaborar todo tipo de pruebas contundentes. Por eso, a par de la teoría romántica de la Historia, coexistiendo junto a ella, codo con codo, y hasta sin incomodarle, asoma la interpretación económica o sociológica de la misma. La Historia es tela donde todo el mundo puede cortar, por la sencilla razón de que es tela tejida por todo el mundo. Pero cortar la tela, no es hacer Historia ni entender desde dentro la Historia.

En fuerza de tal tipo de autolimitación, surgen las palabras de orden en el mundo del acontecer humano. Hasta entonces tales palabras eran símbolos o ímpetus explicativos del movimiento de los hombres y pueblos: San Agustín y Joaquín de Floris, Juan Bautista Vico y Hegel, habían tratado de describir las curvas o de medir las cotas del camino temporal de la vida colectiva. Pero, a partir de Comte, comienza a tener la Historia voces de mando, palabras-clave, siglas, como antaño tenían solamente los ejércitos o las mesnadas de combatientes, y hoy las tienen los partidos políticos.

Una interpretación económica de la Historia o una Historia liberal-romántica, necesitan signos peculiares y distintivos. Como ha dejado de hacerse Historia pura, explicada desde la propia entraña y cimentada en

la propia lógica, hay el peligro de confusión. Entonces pide la sensatez anticiparse a violaciones y equívocos. Por eso se colocan banderines y rótulos indicativos de lo que pretende cada modo de historiar o cada escuela de historiadores. Unos querían demostrar que la superestructura social está fatalmente determinada por la infraestructura económica; otros pretendían convencer que la sociedad humana sigue un camino que va de lo teológico a lo metafísico y de éste a lo positivo; otros que la vida es el predominio de los más aptos y que constituye una constante lucha por ese predominio, etc., etc.

Los románticos, mientras tanto, empapados de sus ideas de libertad, de nación, de espíritu nacional, de heroísmo ejemplar, no querían ver sino lo que encajaba dentro de tan deslumbradores y atractivos apartados. La Historia es la más sublime emoción y el gesto moral más digno de imitarse: de allí el culto de los héroes. La Historia es la expresión del espíritu popular: de allí la tendencia nacional aun en las llamadas historias universales. La Historia es el desenvolvimiento del hombre hacia la libertad: de allí el culto de la democracia y del liberalismo, la negación de lo que no fuera esto y la ceguera crítica para cuanto quedara en los siglos pasados y no entrara por tal ojo de aguja.

La idea y el culto del héroe, fueron, sin duda, los que más influyeron en la concepción histórica del romanticismo europeo, que tantos seguidores tuvo en el flamante Nuevo Mundo libertado o independizado o, más propiamente, emancipado. Sobre el hombro de los héroes se hizo descansar el prestigio, la utilidad, la magnificencia y el futuro de la obra realizada en servicio de la libertad. Si la etimología lo permitiera, pues se refiere exclusivamente a muchachas, se podría decir que los héroes son en la historia romántica de los nuevos Estados americanos, como las cariátides del célebre templo griego.

Así nació, por imitación de Lamartine, de Chateaubriand, de Carlyle y de algunos otros historiadores europeos, a cual más romántico y atractivo, un tipo de Historia del que me ocuparé en seguida, que ha cubierto diez o quince décadas de la vida literaria y mental de Hispanoamérica, sobre todo; y que ha servido para robustecer una nueva suerte de idolatrías y, al mismo tiempo, debilitar la fe de las gentes jóvenes de hoy en la veracidad y en la justicia de la Historia.

La Historia como sentimiento.

QUIZAS LLEVADOS por la moda, los críticos han visto sólo las ideas-fuerza, pero han olvidado de reparar en las ideas-emoción, que forman

el más grueso lote de piedras fundamentales del romanticismo. Subrepticamente, como un prestidigitador muy diestro, ante la embobada atención de los adoradores de héroes, la historiografía del siglo XIX transformó la condición de los materiales con que la inteligencia elabora aquel producto, que no por elaborado deja de ser humano: la Historia. Poco a poco, los conceptos fueron trocados por sentimientos, y lo que durante siglos —a partir de Herodoto— había sido del dominio del conocimiento, pasó a integrar el haber de la emoción.

Cuando entre las décadas séptima y octava del siglo anterior, escritores de filosofía e historiólogos de la calidad de Burckhardt, de Nietzsche o de Dilthey trataron de comprender con exactitud qué es lo histórico, descubrieron que la esencia de ello se había volatilizado en aladas palabras o en danzarinas actitudes. Y, además, descubrieron que en contra de la costumbre generalizada, pocos historiadores habían resistido y, en pos de dar firmeza a lo histórico, en lugar de acercarse al fondo sentimental donde la mayoría buscaba sus interpretaciones bellas, caminaron por la dura senda de lo filológico y documental, con apasionada prescindencia de todo el resto.

El espectáculo era doble: la una vertiente de la montaña se precipitaba hacia el tonel sin fondo del sentimiento y de la pasión; la otra se derrumbaba por los riscos áridos de la erudición a toda prueba, áspera, reseca de meollo y de humanidad, aunque rica de detalles y de documentos. Mientras tanto, el acontecer colectivo, el real, el auténtico, ese mismo que ni sólo es pasión ni sólo es razón, permanecía sin forma propia entre esas dos vertientes exclusivas y opuestas.

Hallaron, asimismo, que la historia-sentimiento, que no es la auténtica Historia, campeaba, casi, como señora y dueña, además de los espíritus, materialmente como dueña de las bibliotecas destinadas a recibir las interminables colecciones de tomos de inmensas obras históricas; y hallaron, finalmente, que tal forma de historiar campeaba, sobre todo, en la conciencia renovada de la burguesía feliz u optimista que, en las declaraciones constitucionales y en los principios liberal-románticos pensaba encontrar la más duradera de las prosperidades.

Entonces a nadie debía parecer extraño, y menos aún puede parecerlo al historiador actual, que los pueblos americanos del norte, del centro o del sur, amanecidos a la aurora moderna de su flamante historia en el regazo del liberalismo doctrinario, se decidieran en favor de una Historia escrita con sones liberal-románticos. Y era tan fácil, de otro lado, escribir o sentir o parcializarse por este género de relato sugestivo, adoctrinador

y elocuente. Los grandes gestos, pasan; los graves dichos, aleccionan; los formidables discursos, arrebatan; los generosos principios, sobre todo ellos, esos principios que endulzaron el paladar de los moradores del siglo XIX, esos principios de libertad, de igualdad, de fraternidad que levantaron de la nada —según se decía— una veintena de repúblicas, no eran para desoídos o menospreciados. Qué inagotable ingrediente histórico, este del sentimentalismo. . .

Y, sobre todo, qué notable programa historiográfico, y qué natural y propia doctrina historiológica. Parecían inventados para decir las cosas del resucitado Nuevo Mundo; hasta podría pensarse que tales doctrinas fueron moldeadas sobre el cuerpo de los sucesos independentistas y sobre la talla de los héroes y de los genios de la emancipación americana, brotados a millares ante el mundo atónito, como dice la canción patria ecuatoriana, escrita por un poeta nacionalista y romántico:

Dios miró y aceptó el holocausto,
y esa sangre fue el germen fecundo
de otros héroes que, atónito, el mundo
vio en su torno a millares surgir.¹

Taña proliferación de héroes no debió dejar impasibles a nuestros abuelos y a los historiadores que entre ellos se dedicaron a la gran tarea de ensalzar las grandezas nacionales. El mismo Juan León Mera, poeta a quien acabo de citar, dedicó toda su obra literaria, que fue variada, copiosa y de enorme alcance popular, a la faena noble, por cierto, de construir poema a poema, verso a verso, libro a libro, relato a relato, leyenda a leyenda, el nacionalismo literario ecuatoriano. Nacionalismo romántico, al estilo del predicado por los bellos sueños de Chateaubriand e imitado en casi todos los nuevos países de América.²

Cito dicho nacionalismo no porque hiciera Historia o crítica de la misma, sino por su fuerza creadora de un estado mental patriótico firme aún y arraigado en leyendas de poca o ninguna autenticidad. Bellas leyendas, que merecen vivir por este mérito; pero desviadoras del criterio histórico, pues desparramadas en forma sugestiva y copiosa, han servido

1. Juan León Mera, "Himno Nacional del Ecuador". Segunda estrofa.
2. Las producciones de Mera, en prosa y en verso, constituyen un hito imprescindible en la literatura ecuatoriana. Su novela "Cumandá", su poema "La Virgen del Sol", sus afares folklóricos que comenzaron por la decidida atención a la poesía prehispánica, hasta entonces olvidada, son documentos indispensables para comprender la historia-sentimiento en el Ecuador.

para que la mayoría se configure falsas relaciones o falsas proporciones de la realidad pretérita humana. Y en este sentido, las letras románticas son todavía el tremendo obstáculo para el avance de la Historia crítica. En la forma más deslumbradora de su prosa, Juan Montalvo esculpió también la efigie de los héroes y de los genios americanos que nos dieron patria, según el donairoso decir. Las Letras americanas conocen los archicélebres *Siete Tratados*, libro en el que, bajo una extraordinaria forma castiza, rival de la de los Fray Luises del Siglo de Oro, o rival de la del Padre Mariana del mismo siglo, se hace la apología del genio de la Libertad, Bolívar, en uno de los ensayos que el autor intitula: *Los Héroes de la Emancipación de la Raza Hispanoamericana*.

Al pasar observaré que este título, un tanto contradictorio, al fin, con el contenido del ensayo, enuncia algo despampanante: la emancipación de la raza. Pero, ¿de qué raza? Los indigenistas de hoy deberían condenar a Montalvo al fuego eterno, pues habla de raza hispanoamericana, como merecedora de la emancipación. Montalvo buen hablista y buen entendedor de lo que escribía, no usó el término Indoamérica, por ejemplo, tautológico y tan del gusto de sociólogos e indigenistas modernos. Pues bien, decía que Montalvo, en la forma alta y contundente que acostumbra, a golpe de diamantinos epítetos, labró una estatua de Bolívar. Una de las mejores esculpidas, hay que reconocer. Pero, asimismo, una de las más románticas y perturbadoras del criterio histórico general. Con la diferencia de que esta altísima creación montalvina, al contrario de las populares de Mera, anda encajada en la mente de los eruditos, de los cultos, de los *aristos* de la inteligencia o del gay decir o del bien pensar.

Dentro de la complicada estructura de composición que es el tratado de *Los Héroes*, como en un gran retablo Montalvo labró también otras tallas de magníficas proporciones, por ejemplo, la de Bonaparte, puesto allí a modo de contraste y para servir de punto de absoluta referencia, a fin de proporcionar con nobleza las dimensiones de Bolívar, según hacen los buenos artistas de taller, cuando componen. La talla de Napoleón es también gigantesca y, aunque el autor quiera situar al Libertador en la parte central del retablo, la escultura del caudillo francés realizada con materiales históricos más amplios que la de Bolívar, nos demuestra la recóndita y rendida admiración de Montalvo, clásico y todo, por el sentimentalismo decimonónico con opulencia en tiempo de este emperador, el más europeo y romántico del siglo XIX.

No le privaré al lector de la satisfacción de comprobarlo por sí mismo,

al propio tiempo le dejaré saborear este sabio estilo que fue paradigma de las letras ecuatorianas del siglo anterior:

"Estos dos hombres (Napoleón y Bolívar) son, sin duda, los más notables de nuestros tiempos en lo que mira a la guerra y a la política, unos en el genio, diferentes en los fines, cuyo paralelo no podemos hacer sino por disparidad. Napoleón salió del seno de la tempestad, se apoderó de ella, y revistiéndose con su fuerza le dio tal sacudida al mundo, que hasta ahora lo tiene estremecido. Dios ha hecho el hombre, fue omnipotente; pero como su encargo no era la redención sino la servidumbre, Napoleón fue el Dios de los abismos que corrió la tierra deslumbrando con sus siniestros resplandores... En Napoleón hay algo más que en los otros, algo más que en todos: un sentido, una rueda en la máquina del entendimiento, una fibra en el corazón, un espacio en el seno, ¿qué demás hay en esta naturaleza rara y admirable? "Mortal, demonio o ángel", se le mira con uno como terror supersticioso, terror dulcificado por una admiración gratísima, tomada el alma de ese efecto inexplicable que causa lo extraordinario. Comparece en medio de un trastorno cual nunca se había visto otro; le echa mano a la revolución, la arroja a sus pies; y se tira sobre el carro de la guerra, y vuela por el mundo, desde los Apeninos hasta las columnas de Hércules, desde las pirámides de Egipto hasta los hielos de Moscovia..."¹

Pero, a más de ese tipo de liberalismo, hay en el Ecuador otro más circunscrito a la Historia, más interesante aquí por lo mismo. Y uno de los grandes historiadores del país, Pedro Fermín Cevallos, representa la máxima altura de dicho tipo de liberalismo. Publicó en seis nutridos volúmenes lo que él llamó, con rara modestia, *Resumen de la Historia del Ecuador*², libro en el que expresa de manera acabada su doctrina histórica, su concepción política y sus experiencias literarias de maestro, de escritor y de militante de una bandería.

La primera fase de las doctrinas liberales en la república integrada ya, se abre con el *Quiteño Libre*, sociedad que agrupa en torno suyo un discípulo de Jeremías Bentham, el coronel Hall, cargado con las emociones peculiares de su tiempo. Esta etapa ideológica, llena de contradicciones y quebrantos, indujo a muchos a producir literariamente obras en las que se marcaba el signo de la época. Pues bien, el *Resumen* de Cevallos, aunque aparecido en época posterior, fue elaborado en este clima y representa la voz más alta del romanticismo liberal.

A Cevallos le interesa sobremanera la trama heroica, según es natural

1. Juan Montalvo, "Siete Tratados", tomo II. *Los Héroes de la Emancipación de la Raza Hispanoamericana*. Besanzón, 1882.
2. Pedro Fermín Cevallos, "Resumen de la Historia del Ecuador desde su origen hasta 1845". Lima, 1868. Seg. edic., Guayaquil, 1886, seis vols.

y, por eso, de los seis volúmenes, si descontamos el último que corresponde a la geografía del Ecuador, hay dos, que son casi la mitad de la obra, destinados a ordenar el relato de los sucesos independistas. Dichos dos tomos son lo mejor del *Resumen*, sea por la calidad del estilo, sea por la lucidez de los conceptos, sea por las reflexiones que en ellos menudean, sea por la técnica de su estructura metódica y mental. He aquí alguna muestra:

"El principal y mayor de los embarazos que encontraban los patriotas genuinos para el desempeño y consolidación de su proyecto, era la ignorancia de los pueblos, a los cuales convenía hablarles en nombre de Fernando, *el amado, el idolatrado, el justo*, como le calificaban en España y en América juntamente, por causa de sus persecuciones y desgracias. Era, pues, necesario introducir de grado en grado e ingeniosamente en el ánimo del pueblo algunas ideas de independencia y libertad, si no para aficionarles a ésta, a lo menos para que no se decidieran a combatirla con enojo. Los pueblos aceptan pocas veces sus derechos políticos por comprensión y convicción, y hay que darles con prudente maña"¹.

Esto de la prudente maña y aquello de que los pueblos no aceptan de grado sus derechos, es pura sentimentalidad contraria, en todo, a los enfáticos teoremas de Locke y de Rousseau. Paso por alto la ilogía, impropia de veras en un liberal, aunque disimulable en un escritor romántico, para llamar la atención del lector sobre un asunto de fondo: los pueblos no aceptaban, así como así, los dogmas de la libertad política, y era preciso edulcorarlos, como el farmacólogo edulcora la píldora para que el paciente trague la quinina. La confesión de tan tremenda realidad debió ser muy dura y dolorosa, si se toma en cuenta el apasionado sentimentalismo del historiador.

Alabo la honestidad con que Cevallos la hace, pero no dejo pasar la pieza sin cobrarla: esta idolatría de la libertad, que tan generalizada se quiere mostrárnosla, fue en el Ecuador, lo mismo que en otros países americanos, canción exótica, lejano canto de sirena que *los pueblos* no la oían o no la entendían. Los oídos del grupo selecto o del de los hombres educados por la marcha del racionalismo francés o por la marcha de los marseleses, eran, acaso los únicos en escucharla. Pero los pueblos —y vuelvo a usar la palabra en plural, con igual fruición con que lo hacían los románticos del siglo pasado— educados en sus dogmas reli-

1. Pedro Fermín Cevallos, "Resumen de la Historia del Ecuador desde su origen hasta 1845". Tomo III, pág. 16. Edic. Guayaquil.

giosos, preferían aceptar, como lógica y natural, la libertad ética y el insustituible principio del libre albedrío.

Dejaré a un lado este tema y me ocuparé de otro más del agrado de nuestros antecesores: el de los héroes. Con respecto de ellos, he aquí algunas frases de Cevallos:

"Tiempo es ya de que hagamos conocer a un gran hombre, intencionalmente reservado para un capítulo especial, a un hombre cuya vida e historia son la vida e historia de cinco pueblos soberanos, a un hombre cuya frente vino a ceñir la guirnalda de cuantos laureles recogió la independencia americana, a *Simón Bolívar*. En Méjico, Perú, Bolivia, Chile, Buenos Aires y principalmente Yapeyú, pueblo corto de las misiones del Paraguay, que dio a San Martín, brotaron héroes sobre héroes en los tiempos de esa larga y sangrienta lucha que combatía por la esclavitud o la libertad... Pero esos héroes, vivos e históricos monumentos que embellecen el territorio de sus pueblos, quedan enanos al lado del coloso, sin cuya aparición y genio para la guerra se habrían sepultado tal vez los nombres y glorias de todos ellos".¹

23

El lector podrá apreciar en las líneas anteriores el proceso de fabulación típico de la historia-sentimiento: los héroes acaban por identificarse totalmente con los pueblos. Un héroe cuya vida es la vida de su pueblo. Un héroe cuya historia es la historia de su pueblo. Doble proceso de integración y de entrega: la colectividad a su hombre simbólico y el hombre simbólico a la colectividad. Solamente que el símbolo no es tal, porque hay en el fondo del proceso un acto de entrega que se expresa en el detonante pronombre posesivo *su*. Se habla de libertad, de liberación, de guerra a la esclavitud, a la opresión, al despotismo y, en seguida, aparece el posesivo predominante: el héroe tiene *su pueblo*. ¿Los pueblos son de los héroes, por la misma razón que los pueblos son de los déspotas? El romántico se erguirá indignado contra la pregunta, pero nunca nos dirá por qué los pueblos son de propiedad de los héroes, o por qué, refiriéndome a la afirmación de Pedro Fermín Cevallos, la biografía de Bolívar se identifica con la historia de cinco pueblos soberanos.

Esto último denuncia otra fase del romanticismo adueñado de la vida colectiva: crece el héroe hasta alcanzar la medida de los pueblos y, en justa réplica, éstos crecen hasta ser tan grandes como aquéllos. Comprendemos, a la distancia, que esas no eran simples metáforas o modos

1. *Pedro Fermín Cevallos, "Resumen de la Historia del Ecuador desde su origen hasta 1845". Tomo III, págs. 253-254, edic. cit.*

de decir cosas, tal como ahora sucedería. Para un sentimentalista de la Historia aquélla era la única verdad, y él y los lectores embelesados, no daban un punto a torcer en su opinión, muy libre por cierto, pero también desmedida e injusta. Un hombre es sólo un hombre y su destino podrá conjugarse con el destino de una sociedad; pero nunca la existencia de un ser humano singular podrá ser la vida de un grupo y, menos, la existencia histórica de este pueblo o del otro. No se diga de cinco. . .

Al comienzo de estas líneas hablé de la resurrección de Plutarco, de sus héroes, de su sentimentalidad desbordante y del modo cómo se imitó al decadente historiador griego. Luego después recordé el afán montalvino de comparar a Bolívar con Napoleón. Me olvidé de hacer constar que en el mismo tratado de *Los Héroes* hay otros paralelos, pero sostenido y multifásico, tal como el de los dos caudillos prenombrados, hay éste: el de Bolívar con Washington. Cevallos tampoco resistió al atractivo plutarquiano de comparar. Era hijo de su tiempo. Y de las muchas estampas paralelas que hace, de los varios retratos dúplices que existen en el *Resumen*, me permito destacar el que sigue:

"Guayaquil fue, pues, la ciudad en que vinieron a conocerse y a conferenciar aquellos dos hombres, los mayores capitanes de nuestro continente. . . Venidos ambos por distintos y aun contrarios rumbos de las orillas del Atlántico, llegaron a sentarse juntos en las playas del Pacífico: San Martín afianzando la redención de su patria, libertando a Chile y protegiendo al Perú; Bolívar, emancipando igualmente a la suya, en camino para auxiliar también al Perú, y predestinado a fundar un pueblo nuevo que debía inscribirse en el registro de las naciones.

"Los grandes hombres se comprenden a largas distancias, y Bolívar y San Martín quisieron verse y entenderse, estrechándose y confundiendo sus laureles para arreglar y llevar adelante la obra de la redención americana. Como si se hubieran mancomunado desde la cuna para dejarse dominar por un solo pensamiento y perseguir un solo objeto, sus vidas habían corrido paralelas, y aunque el destino les reservaba para después caminos distintos, no por eso dejó de perfeccionarse y completarse la grandeza de ambos héroes".¹

La última etopeya de Bolívar trazada por Cevallos, al final del tomo cuarto del *Resumen*, es como la clarinada heroica, y la repetición circular de la misma nota fundamental; se halla en toda la obra del historiador ecuatoriano, pero se *destaca* en este punto, para mostrarnos mejor al

1. Pedro Fermín Cevallos, "Resumen de la Historia del Ecuador desde su origen hasta 1845". Tomo IV, pág. 4, *edic cit.*

romántico incapaz de extrañarse en algo, siquiera en algo, a los dictados de su tiempo. Dictados imperativos, irresistibles como toda moda, dignos de atento estudio por una doble valencia que llevaron en su seno: la confianza en el hombre y la exaltación ditirámica de su grandeza. En este sentido, nada más opuesto al existencialismo del siglo XX que el romanticismo del siglo XIX. La etopeya es la siguiente:

“...Predominaban en su índole la actividad, la inquietud, la fortaleza y la perseverancia llevada hasta el capricho; sus concepciones eran rápidas, los pensamientos elevados, poéticos, volcánicos; el alma por demás viva, sensible, apasionada, ardorosa; y su lenguaje, oral o por escrito, aunque alguna vez descuidado, era persuasivo, elocuente, irresistible, de esos con que se doma a los hombres más tercos y obstinados.

...La historia de su vida pública puede calificarse así. Vivió en un tiempo de cerrazones, tempestades y ruina, luchando contra la naturaleza, la mendacidad, las ingraticudes, las derrotas, las traiciones y la opinión de sus mismos conciudadanos; pero luchando con premeditación y fe, con dignidad y resignación, con ardor y ecuanimidad, y luchando como soldado, filósofo, legislador y juez. Bolívar, en quien a la postre vinieron a parar todas las glorias de la independencia americana, sin reservar la de Washington contra el cual sólo se conmovieron las pasiones y los enconos poco profundos de un pueblo ya educado y culto; Bolívar, reparador del nombre defraudado al que redondeó la tierra con el descubrimiento del nuevo continente, fue el reflejo más cabal de ese Colón, uno de los mayores ingenios que admira el mundo”.¹

De propósito he tomado al mayor de los héroes para recordar en torno del mismo la creciente ola ditirámica, rotunda y general, persistente y, como todo cuanto acaece a la emoción, afinada en la hondura de los sentimientos. Y largamente he recordado esta guisa de comprender a los hombres representativos, porque me parece aleccionadora y, como dije, opuesta a la que hoy empleamos impelidos por la moda —siempre la moda— existencialista. Y porque es necesario destacar, con todo énfasis, que tal guisa de contemplación, de manera muy lamentable, al prolongarse este tiempo, perturba el criterio y la mirada.

Así fijados los héroes, como rarísimos y bellos lepidópteros, con el pincho de oro de una literatura deslumbrante, y guardados en la caja de cristal de una historia-sentimiento, me interrogo: ¿qué papel les toca desempeñar a los lectores de documentos y a los analistas de la hondura humana, tan donosamente cubierta por el torrente arrebatador de las bellas expresiones románticas? Porque es hora, y hartos larga, de pensar

1. Pedro Fermín Cevallos, *Resumen de la Historia del Ecuador desde su origen hasta 1845*. Tomo IV, págs. 470-471, *edic. cit.*

en una vuelta a la sencilla verdad o a la sencillez de la verdad, nuda, escueta, subsistente por sí, sustantiva, libre de adjetivos, fija en la entraña del humano acontecer y en la intimidad de la conciencia crítica.

La Historia con programa.

ASI COMO APARECIO una música, apareció también una historia determinada a realizar este propósito o el otro: una Historia con banderines, endomingada con las galas del partido político o con frases hechas de tal o cual doctrina pretendidamente historiológica. O, simplemente, redactada sobre el plan de tal o cual pasión o de tal o cual ambición. Es decir, se puso de moda una Historia con programa, llamada no a dar cabal cuenta de la verdad o de la auténtica fisonomía del acto humano, sino destinada a exaltar o a hundir, a apologizar o a afrentar, a llevar la bajeza hasta la altura, o a hundir lo valioso en la sentina de la injuria o en la sima del odio.

Si no me acuerdo mal, Michelet decía que la Historia es, entre otras cosas, la vida de la pasión humana. Pero no creo que nadie haya practicado antes del romanticismo la costumbre de vilipendiar a título de historia. Salvada la manía antiespañola del conocido P. de Las Casas, por ejemplo, muy pocos han pensado que la Historia merezca tener los pies hundidos en el pantano de la falsía o de la falsificación de la palabra. Y el mismo Las Casas se excedió como simple hombre de lucha y no como historiador.

Sin embargo, existe el empeño de conformar la Historia al son, al color o a la figura que se ha predeterminado en una supuesta ideología histórica previa. Digo supuesta porque, si bien se considera, todo tipo de dictamen de esa naturaleza es una imposición desde fuera, es una interpretación extrahistórica de la Historia, una orden imperativa con la cual se manda a ésta a decir lo que a aquélla le interesa. Hoy, cuando sobrepasados los límites del historicismo decimonónico, nos damos cuenta cabal de que una interpretación histórica acreedora al nombre de tal ha de nacer desde dentro, estamos en la necesidad lógica de asegurar que no hay otro tipo de doctrinas que rijan en el campo de la Historia, sino las intrahistóricas.

Pero el siglo pasado dijo otras sentencias y a ellas voy a referirme con brevedad y en lo que atañe a la índole de estas líneas. Y comenzaré por recordar la idolatría de la libertad. Idolatría que, como toda adoración o todo culto desordenado, no mide la exacta dimensión del adorador

y de la cosa venerada. En las idolatrías o se han disminuido los dioses o se han disminuido las dimensiones de los hombres; pero, de todos modos, existe en ellas una irreverente desproporción. Veamos cómo acaeció esto en el culto romántico de la libertad.

La *pasión* de la libertad, no pudo estar mejor calificada, así, de pasión, ni definido su contorno de manera más precisa que como se halla dentro del marco indispensable del constitucionalismo político. La pasión romántica de la libertad, precisamente por ser sentimentalismo o mera pasión, logró amputar aquella dosis de inteligencia que había puesto la naturaleza al fondo del acto humano. Hubo un truncamiento para convertir el libre albedrío en pasión de la libertad. Y dicho truncamiento se hizo posible merced a un equívoco que consistió en cometer un tropo muy fraudulento —del que no se dieron cuenta, sin duda, los inventores del culto—, de un tropo que redujo la explicación del todo a la interpretación muy subjetivista de una parte. Quiero decir que tal figura o licencia, trasladada de la literatura a la filosofía teórica, redujo la libertad, toda la compleja libertad, a la parcela de la libertad política. La filosofía siempre había considerado el asunto capital de los actos humanos como uno de los más complejos de la ética y de la metafísica. Sin embargo, en contra de aquella realidad, la solución romántica fue simplista y muy simplemente acogida, quizás debido a esta falsificación. Y, como todo lo falsificado, corrió con notable facilidad, imponiéndose con solidez envidiable, como sucede con todas las fórmulas o recetas de fácil ingestión.

Pero, ¿en qué consistió esta manera de falsificar el tremendo problema de la libertad? Recordaré algo muy elemental de la historia de las ideas. Tradicionalmente, se había dicho que la libertad era, a la vez, muchas cosas, pero de manera especial dos: antítesis del determinismo físico y antítesis de la coacción moral. La primera miraba al funcionamiento interno del arbitrio humano, la segunda a la aplicación externa del mismo. El tropo consistió en esto: en hacer de la libertad una mera antítesis de la coacción física o material, externa y exteriorizable en el orden de las relaciones políticas.

El orden político era el último término de la cuestión, porque todo el racionalismo tuvo un desaguadero común: la política no sólo como teoría sino como finalidad de toda la existencia. La libertad como antítesis de la coacción moral, convertida, de preferencia, en antítesis de la coacción física, es la mayor lección que ha dejado el racionalismo al siglo romántico y aun al siglo existencialista, que mira impasible los atentados

al orden íntimo de la persona —narcoanálisis, tortura moral, suplicios psíquicos de toda índole—, con tal de que el principio político salga triunfante. Esta enseñanza, además, ha quedado tan ahondada en la mente de los *intelectuales*, que nada basta a sacarles de la cabeza tan extraño y monstruoso prejuicio. Cualquier demagogo que vocifera en favor de la libertad, al ser preguntado si cree en el libre arbitrio, contestará que no, porque es partidario del determinismo, sobre todo del económico. . . .

Pero volveré al asunto capital. Como la filosofía de los racionalistas desembocó tan al unísono en la política, el problema de la libertad humana siguió el cauce y no se atrevió a constituir excepción o minoría: fue también a engrosar el caudal de las ideas políticas. Y con fuerza tal, y de manera tan resuelta que de puro libre, allí la tenemos clavada, clavada en el corazón de muchas voces humanas, la voz histórica entre ellas. Salvando la gigantesca concepción de Hegel, para quien el proceso histórico no es sino el desenvolvimiento de la Idea para la realización de la libertad; fuera de ésta, las demás concepciones historiológicas afectas de liberalismo romántico, no han medido la real calidad de esa fuerza modeladora de la persona, que se llama el arbitrio libre.

El desconocimiento, la posposición o el menosprecio de la esencia de la libertad ha hecho incurrir a los historiadores en atroces faltas de lógica y buen sentido. No necesito apelar a todos los que escribieron sobre temas históricos en el siglo pasado, ni puedo citar todos los capítulos de su obra. Me basta con recordar algunos juicios que les eran usuales y comunes. Por ejemplo: aquella actitud segmentada y ciega hacia el pasado hispánico: no hay casi uno solo de los historiadores decimonónicos, entusiasmados adoradores de la libertad romántica, en cuyos libros no hallemos la espantosa, la injusta, la programada prescindencia de los tres siglos de nuestra edad media, a la que se encierra en tres o cuatro frases hechas, como entre paredes de bronce, antes de pasar adelante. Se dice: edad del obraje, tiempo de la mita, época de la encomienda. Y se sigue con desdén, en pos de las gloriosas gestas emancipadoras¹.

1. *El caso de A. Bello es por lo demás ilustrativo de este estado de alma. El gran jurista al hablar del Derecho Indiano trató de no comprenderlo, llevado por esta posición acrítica adoptada por el sentimentalismo anti-español, explicable en la lucha, pero no aceptable cuando un maestro escribe en condición de defimido intelectual. Remito al lector al prólogo puesto por Natalicio González en la edición argentina de la Colección de Viajes de Fernández de Navarrete. Buenos Aires. Edit. Guaranía, 1945.*

El iluso optimismo de los liberales románticos del siglo pasado, creía como dogma de fe, incuestionable e inconcuso, que en el seno de la emoción populista había nacido el Derecho, se había forjado espontánea y juvenil la justicia, y donosamente afirmaba que antes de esta era del pueblo soberano, ni el orden justo ni la verdad humana habían sido posibles. Y lo creía con la misma ingenua fe que un joven comunista de hoy piensa en la fuerza salvadora de su flamante dialéctica, flamante por la fe que él le presta, pero vieja como tantas vejezes humanas.

Tal ilusión pretendía que sólo en el área del populismo hay legítima historia, y daba las espaldas a muchas raíces más hondas, auténticas y profundas de nuestra vida colectiva. El banderín de la libertad, de la mutilada libertad impuesta en la política, por la política y para la política, flameó a todo viento, sin que contara con legítimos o con ilegítimos contradictores, y creyó ganada la lucha, el terreno y la conciencia de los hombres.

La Historia como simple verdad histórica

SIN RELATIVISMO de ninguna clase, pero con una visión clara de la realidad, tengo que asegurar mi punto de vista: así como hay una verdad matemática y otra física, existe una verdad histórica, peculiar del acto humano colectivo fijado temporalmente.

Y así como una verdad matemática es evidente por sí misma y sin apoyo de la verdad fisiológica o de la verdad psicológica, la verdad histórica nace y crece de la propia entraña de la Historia, de la intrahistoria, y no exige o demanda el auxilio de ningún tipo de soportes, por ejemplo los políticos o los sentimentales, para ser en su realidad plena y desenvolverse con su lógica particular. Lo cual no excluye la existencia de un fondo o pantalla común donde todo tipo de verdad hace su apareamiento o adquiere posibilidad. Porque es innegable que los diversos tipos de verdades se concatenan sobre la vida humana. Y, por eso, porque la Historia coincide con la vida humana, vemos que sobre la Historia se hace mucho de lo llamado ciencia pura, y esto es más claro que lo otro, o sea, que la pretensión de dictar a la Historia órdenes desde fuera. Pero esto no viene al caso.

Lo pertinente aquí es destacar la urgente necesidad en que nos hallamos, al promediar el siglo XX, tiempo donde todo ha cambiado, de mantener una forma de interpretación de los sucesos humanos, desde el fondo de los mismos, limpiándolos de la ganga romántica, de los dictados de

bandería o de las imposiciones extrahistóricas decretadas con falsa dialéctica sobre aquéllos. Necesitamos una concepción histórica de la Historia, y nada más. Concepción muy difícil de tener en pueblos jóvenes, donde los hechos capitales de la nacionalidad no adquieren todavía la suficiente solera o el necesario reposo; donde las luchas conformativas del grupo social no han perdido todavía la agresividad de sus aristas, como las rocas nuevas y no erosionadas por la lluvia y por el viento; donde la falta de hechos se trata de suplir con el número de personajes; donde lo heroico llena el primer plano de todos los conocimientos.

Para comprender bien esta situación juvenil, ruego al lector imaginarse a un italiano enfurecido por las sucesivas y numerosas invasiones que sobrellevó la península itálica, o a un español resentido con los godos, con los árabes o con otros invasores igualmente fuertes y dominantes que llegaron sobre el territorio ibérico y desplazaron lo antes allí establecido o imperante. La situación es, simplemente, ridícula debido a la distancia con que un español o un italiano considera o recuerda tales hechos. No los siente ya, pero los lleva en su ser connaturalizados y no tiene la idea de enfurecerse contra ellos, porque es enfurecerse contra sí mismo.

Pero en América, sobre todo en Iberoamérica, sucede de manera contraria. Los hechos no se sobrellevan con la necesaria conformidad todavía, pues la proyección temporal de los mismos no lo permite a la generalidad de los habitantes de cada país. Para citar un ejemplo, recordaré al lector lo que pasa con el llamado indigenismo, que no es, al fin, sino un simple resentimiento histórico, sostenido algunas veces por móviles políticos, y que se funda en el hecho real de que, al cabo de cuatro siglos y sobresaturado por el romanticismo decimonónico, aún hay un *sentimiento*, en ciertas gentes demasiado sensibileras, un dolor racial propio de víctimas de un mestizaje todavía en su primera generación.

Y ruego, asimismo, al lector que considere otro hecho: la proliferación casi fantástica de biografías, de ensayos, de tesis, de monografías y de todas las otras formas de ensalzar a los héroes, que parece muy propio de los pueblos americanos, algunos de ellos con signo muy moderno y muy siglo XX. ¿Qué significa dicha proliferación ritual de alabanzas pensadas e impresas? Simplemente, que no hay mayor número de asuntos que tratar en tan corta historia como es la de todos estos pueblos. Esta afirmación no significa ningún ataque o posición negativa alguna, pero me permito someterla al criterio de las personas que piensan con detenimiento sobre las cosas del Nuevo Mundo, para rogarles que in-

tenten hallar otra explicación al hecho laudatorio copioso y al coro de alabanzas que seguimos escuchando en torno de los héroes y de los padres de la patria.

He aquí algunos motivos para desesperar de una manera de concebir históricamente la Historia americana. El historiador o quienquiera se dedique a estudiar el pasado, tiene cerradas muchas puertas por donde traer al presente la verdad que encuentra en los tiempos viejos. Las puertas usuales tienen calibrada la dimensión para la mercancía histórica, y no puede pasar por ellas sino tal o cual tamaño de sucesos vistos de tal o cual manera. Quien quiera hacer más grande o más verídica a la verdad histórica, tiene que romper tales puertas o derribar los muros sacrosantos del templo augusto donde, idolátricamente, reposa en plena gloria inactiva, la momia del grande hombre. Porque memoria inactiva se traduce en personalidad histórica momificada. O, por lo menos, estereotipada.

En torno de los grandes hombres americanos, para concebir esta nueva forma de historia que se nos ha vuelto imperiosa, hay que librar rudas contiendas. Contiendas por la verdad, por la crítica justa, por la renovación de puntos de vista, por nuevos enfoques panorámicos, por el logro de perspectivas fecundas. A ningún hombre que sea de veras grande le ha hecho daño el escándalo levantado en su contorno o junto a su memoria. La grandeza no sucumbe con las palabras de los hombres. Pero éstas tampoco pueden crear grandezas verdaderas, pues, a la postre, la palabra falsa es viento y se va en el viento.

Y conquistemos, primero, la libertad de pensar

ADORMECIDOS con el canto liberal de los derechos del hombre y convencidos que éstos son reales por figurar escritos en las cartas políticas, los historiadores que, por definición, deben ser desconfiados, hasta no hallar la prueba de lo que se dice, no han cuidado de volver efectiva la libertad de pensamiento histórico.

Nadie tiene el criterio menos libre que el historiador en los países americanos. Nos complacemos en mirar los sucesos con los ojos de otro prójimo, y esto ha determinado el hecho decepcionante de que la propia vista se halle, de pronto, enturbiada por centenares de límites y cortinas, verbales, críticas, políticas, sociales, religiosas. Sí, hasta religiosas: mejor dicho, pseudo-religiosas. Por eso lamentamos y levantamos el grito contra los dictadores que se mandan a confeccionar con los sastres de la

historiografía un traje a la medida, y no vemos que nosotros hacemos el mismo papel, metiendo tijera y disminuyendo las medidas de la tela histórica, hasta volverla del tamaño de las convenciones que, desde el fondo, nos rigen con inapelable y muy disimulada maestría.

Por patriotismo, por nacionalismo, por tradicionalismo, por honestidad de criterio, por consecuencia con el pasado, por amor a la verdad, por cariño nativo, por santa veneración a la memoria de los próceres, por gratitud a los padres de la patria: por todo esto y por mucho más, limitamos pobremente nuestro criterio y perdemos la libre expresión de nuestras opiniones que forman la base de la doctrina histórica personal. A todo lo cual se debe añadir: el romanticismo con la dorada herencia, que se nos ha vuelto un hábito o, peor, una estereotipia; el liberalismo a cuyo amparo viven las instituciones estatales, aun en aquellos países donde hay dictadores —curiosa paradoja—; la ideología política presente siempre en nuestros actos de ciudadanía que, sin notarlo, trasladamos a nuestra vida mental; la costumbre, la feroz costumbre que convierte la verdad y la falsedad, por igual, en cosas rutinarias; la autoridad de los lugares comunes, de las frases célebres, de las *enseñanzas sabias* y, en fin, de toda esa enorme fuente de torceduras y de enturbiamientos de la conciencia moral y del criterio, que han venido sucediéndose ya por tres generaciones en los países americanos.

Una forma histórica de comprender la Historia parece entonces irónica, mientras el historiador no goce de relativa libertad mental. Y dicho sea de paso: las peores restricciones que sufre el historiador no son las legales o las ilegales, las dictatoriales o las despóticas —la naturaleza miserable de éstas no es fija ni duradera—; sino las del lugar común, las de la tácita aceptación de lo hecho o de lo dicho, las de la fácil repetición de palabras gastadas y usadas. En otros términos: los peores enemigos del historiador americano son el *tabú*, el temor reverencial, la consigna política de bandería.

Necesitamos conquistar a cualquier precio, así sea al precio del desdén, un área de libertad, no de esa libertad que es una mera antítesis de la coacción tradicional que se ejerce sobre los historiadores mediante el vilipendio, la negación o el abandono. Necesitamos un área de libre desenvolvimiento crítico, un ancho campo donde la Historia pueda volverse con comodidad sobre sí misma. Un campo lo suficientemente murado al imperativo de órdenes exteriores, donde sea posible desmontar la Historia, pieza a pieza, para comprenderla, por dentro, rehacerla desde dentro y organizarla con la lógica interna que toda ciencia necesita, que

a ninguna ciencia se le discute y que sólo a la Historia se le regatea, en nombre de principios, de sentimientos y de falsos métodos.

Debemos comprender, sobre todo, que cada época necesita hacerse su propia Historia, entenderla a su medida y criterio. Porque historiar no es sólo internarse en el pasado, sino traerlo hacia nosotros, para ver cómo vive en el presente. Cada presente es, sin embargo, diverso. Por eso, cada Historia o la Historia que se escribe en cada época necesita diversificarse en medida de ese presente variable y nunca terminado o perfecto. La Historia, como la vida, es actualidad que se reedita a cada instante y en cada nuevo ser. Es falso que ella sea la mera compilación de recuerdos más o menos duraderos, más o menos afectivos. La Historia no es una mecánica desventurada, sino un aventurero organismo que, desde atrás, se hace hacia el futuro. Si no entendemos la Historia como parte constitutiva de nuestra cabal existencia, tenemos que confesar la más completa ignorancia de lo que somos y de cómo existimos en el tiempo. Porque la Historia es la única manera que tiene el hombre de no morir.

rómulo gallegos: su obra y su actitud

MUCHOS SE HAN forjado un concepto errado acerca del intelectual. Le creen expresión de cabal conformismo, alejado de toda actividad material trascendente. Para estas personas, el intelectual es solamente el artista que busca labrar en paz las paredes de su castillo interior, aislándose del mundo. Olvidan que el pensamiento es ya una forma de energía vital que encarna en el mensaje que nos ofrece el escritor, en la lección que dicta, consecuencia inmediata de su mismo pensamiento. Bien lo expresó Gallegos, sin adornos retóricos, en su discurso del 30 de abril de 1937, ante la Cámara de Diputados:

"Soy un hombre con una ideología, claro está, pero sobre todo un hombre que procura el bien de su país, porque he demostrado en mi obra literaria y en mi conducta que lo amo y deseo su engrandecimiento".

Este modo de ser de Gallegos aparece en todos los instantes de su vida, tanto en aquellos en los cuales ha afirmado su personalidad cívica, como en los momentos en que consumada una creación literaria condensaba en ella una lección de venezolanidad. Por eso él ha afirmado redondamente:

"Yo escribí mis libros con el oído puesto sobre las palpitaciones de la angustia venezolana".

En Gallegos sus obras y sus actitudes tienden hacia una misma e idéntica finalidad: la enseñanza de su pueblo. Desde el instante mismo en que se entrega a la literatura intuye su misión docente y ambas actividades se complementan estrechamente para entregarnos una lección

de dignidad. De esta voluntad de ser como guía nos deja el propio maestro un elocuente testimonio. En la plaza de Santa Ana, en Barquisimeto, a finales de marzo de 1941 y al exponer los lineamientos de un posible programa de gobierno, inició su intervención con estas palabras:

“¿Qué ha hecho ese hombre —se preguntarán muchos por allá—, para que otros llenen así la plaza pública, en torno a él, de pie, como dispuestos a seguirlo, en silencio, cual si de sus palabras fuesen a tomar lección provechosa? Nada, señores. Nada que muchos otros ya no hayan hecho sobradas veces y con mejor calidad de ejemplo. Apenas lo que todos estamos obligados a hacer, lo que no es posible que se desatienda o se traicione sin perder desde ese mismo momento lo esencial de la condición humana: la dignidad”.

Esta dignidad es una de sus mejores lecciones. Este señalamiento del deber ciudadano es algo más que una manifestación de ética personal; es una manifestación del compromiso íntimo y permanente que debe ligar al hombre y a su pueblo; es coordinar, hacia una finalidad, el pensamiento y la acción.

Gallegos nos da un recio ejemplo de responsabilidad ciudadana y de responsabilidad artística. Sin escarbar en el pasado histórico encontramos en su vida las horas fecundas que marcan momentos definitivos y señalan rumbos. Su pura actividad pedagógica contiene los mejores ejemplos y las más altas y puras lecciones. La afición a las matemáticas que muestra en los bancos del “Colegio Sucre” no permitirán descubrir su vocación literaria; pero, sí dejan entrever en sus ambiciones de esos días cierta apetencia ductora y el deseo de rendir en las disciplinas pedagógicas lo mejor de su voluntad. Cuando estudiaba bachillerato se encarga de la subdirección de la escuelita que funcionaba anexa al Colegio con el propósito de reunir los fondos necesarios para obtener el título de agrimensor y para sufragar los estudios de derecho, que no coronó; aceptó la jefatura de la Estación del Ferrocarril Central, primero; después, se dedicó a la contabilidad y llevaba los libros de la firma Lander y Wannoni o de la hacienda “Valle Abajo”, de Enrique Soubllette.

Apenas ocurre la reacción contra Cipriano Castro le encontramos entregado a tareas periodísticas. Unido a Enrique Soubllette, Julio Planchart, Julio Horacio Rosales y Salustio González edita una revista, “La Alborada”, cuyo primer número aparece el 30 de enero de 1909. Aquí expondrá sus teorías pedagógicas y procura explicar el fenómeno político que vive el país a través de pesimistas cristales. Parte de este modo de ver las cosas se filtra todavía, años después, en las páginas de “El último Solar”. En esos días iniciales declara: “Ya podemos pensar alto y debemos

ser sinceros". Y esto será como un lema permanente en su vida. Enfoca temas que le serán siempre gratos: la psicología de nuestro pueblo; los problemas educativos del país; la carencia de valores culturales; las fallas de que adolecen los partidos políticos tradicionales; la tragedia del personalismo; la importancia de una prensa libre y democrática, reiterando constantemente la misión que se ha de cumplir:

"Hablemos alto y hasta que nuestra voz penetre en el alma de las masas tardías y despierte los ojos a la luz".

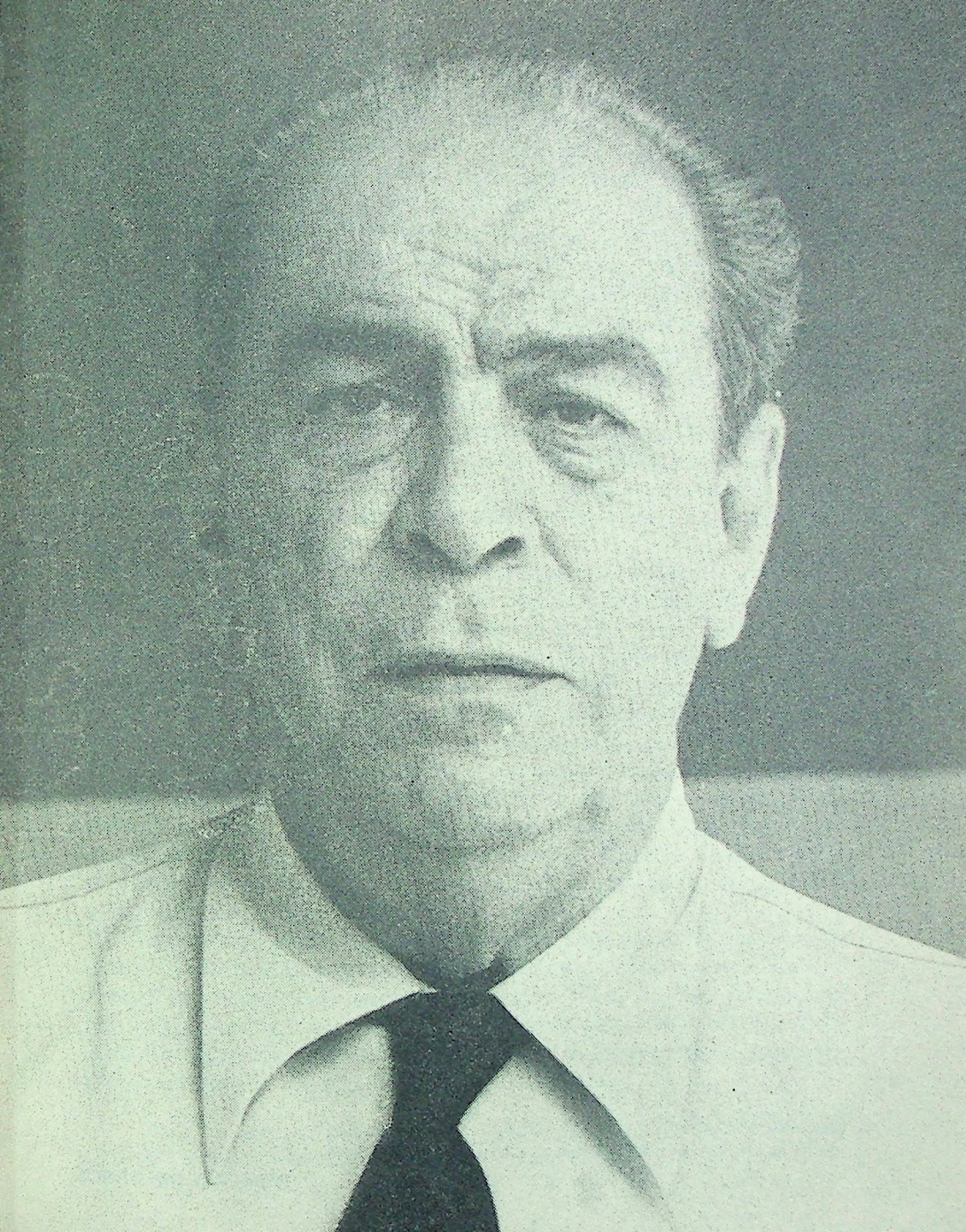
El faro que intenta mantener "La Alborada" se apaga como se apaga casi bajo la férrea dictadura la misma esperanza. Gallegos se repliega, entonces, hacia las labores educativas.

En febrero de 1912 le encontramos de Director del Colegio Federal de Barcelona y halla que ese plantel es tal como la escuelita que pintara en el número 3 de "La Alborada". En nuestra escuela

"el educador es el cómplice del tirano. Tratándose de nuestra solidaridad, la escuela es el primer foco disociador; de nuestra disciplina, el primer factor de desmoralización; de nuestro progreso, la primera valla, el más poderoso de todos los elementos de retroceso... Corregir nuestro sistema de educación es hacer la primera enmienda, la más trascendental, sin duda, y la más fecunda en resultados positivos...".

Sus propósitos renovadores no encuentran eco y en mayo regresa a Caracas con los borradores de su primera novela: "El forastero". Obtiene entonces, por concurso, la cátedra de Psicología en la Escuela Normal. Más tarde, será subdirector del Colegio Federal, raíz del Liceo "Caracas". En 1921 pasa a la Escuela Normal, donde entre sus alumnos figuran Pedro Arnal y el capitán Alvarado. Después, en 1923, regresará a la dirección del Liceo "Caracas".

Aquí cuajará su obra educativa, pues que adecuía al tiempo la teoría y la práctica, estancadas bajo la regencia del inolvidable don Luis Espelozín. El liceo será para Gallegos el taller insustituible donde modelará para la Patria la voluntad y el pensamiento de los estudiantes. Bajo su dirección se forjará una generación combativa, cuyos nombres permanecerán en las páginas de nuestros anales porque casi todos sus componentes han hecho historia. Recordemos algunos: Rómulo Betancourt, Edmundo Fernández, Simón Gómez Malaret, Carlos Irazábal, J. T. Jiménez Arráiz, Raúl Leoni, Felipe Massiani, Miguel Otero Silva, Carlos



ROMULO GALLEGOS

Pérez de la Cova, Isaac J. Pardo, Luis B. Prieto, Ricardo Razetti, Elías Toro, Jóvito Villalba, Armando Zuloaga Blanco...

En el Liceo "Caracas" maduran sus condiciones de novelista. Ya en 1913 publicó un volumen de cuentos: "Los aventureros". En 1915, sobre el motivo de uno de los cuentos, escribe un drama: "El milagro del año". Los borradores de "El forastero" quedarán archivados. En 1920 publicó "El último Solar". Después, en 1922, nos dará dos cuentos: "La rebelión" y "Los inmigrantes". En 1925, "La Trepadora" y en abril de 1927 comienza a elaborar "La Coronela", que al fin se publicará en septiembre de 1929 bajo el título de "Doña Bárbara", cuya historia la ha dejado el propio Gallegos en el prólogo a la edición que de esta obra hizo el Fondo de Cultura Económica, de México.

En 1931 se le designa Senador por Apure. Salió, entonces, del país y desde Nueva York, el 24 de junio de ese año, se dirigió al presidente de la Cámara del Senado renunciando la investidura y protestando, al mismo tiempo, de las reformas que se proyectaban realizar en la carta fundamental de la República.

Asumía así, públicamente, el maestro su responsabilidad cívica. Su nombre, para usar una expresión que él mismo labró, pasó en préstamo de la literatura a la política. Desde este momento será el maestro venezolano por excelencia en nuestro siglo. Su labor salió del campo de la escuela, saltó el marco de la literatura, para señalar caminos en todos los horizontes venezolanos. Dejó textos y aulas para enseñar a nuestro pueblo la mejor forma de luchar por la reconquista de sus derechos.

Por esta unidad que existe entre el pensamiento y la acción en Gallegos es por lo que sus obras son como diagnóstico de las cosas nuestras; por esa unidad, la Patria adquiere en Gallegos conciencia de lucha para lograr en ella la justicia; por esa conciencia vital que existe en Gallegos entre el pensamiento y la acción es por lo que el maestro asume su definitiva y fundamental actitud de 1941.

El maestro tiene plena conciencia del valor de su ejemplar conducta cívica y esa conciencia procura comunicarla a otros, darle vivencia. En este sentido se recuerda una anécdota del Liceo "Caracas". Del interior del país llegó al plantel un estudiante y mientras permaneció en el establecimiento celosamente conservó un revólver de su propiedad. Al finalizar los estudios se dirigió a Gallegos y le manifestó:

"Yo deseo antes de irme hacerle un obsequio, bachiller. Quiero regalarle una cosa que estimaba mucho y he aprendido a desestimar con Ud. Aquí le entrego mi revólver".

1941, es, como dijo uno de nuestros escritores, año de decisión. Finalizaba el período presidencial del general Eleazar López Contreras y era preciso designarle un sucesor. El 6 de febrero de 1941 un grupo de vecinos de San Fernando de Apure postuló la candidatura presidencial de Gallegos. Al poco tiempo, desde el alto llano de Cojedes se lanzó la del general Isaías Medina Angarita. Algunos grupos acariciaban propósitos continuistas, a los cuales salió al paso el propio general López Contreras. Gallegos aceptó la postulación pese a la circunstancia de que el sistema electoral vigente para la época no le daba oportunidades de triunfo. La aceptó como una especie de "candidatura simbólica" y con el fin inequívoco de remover la adormecida conciencia cívica del pueblo venezolano. El 28 de marzo de ese año 1941 la municipalidad del Distrito Federal procedió a la elección de diputados y estos sirvieron para iniciar la constitución del llamado bloque democrático de abril, el cual sostendría posteriormente en el Congreso Nacional la candidatura del maestro. Una gran parte del país se movilizó en torno al nombre de Gallegos. Y en medio del silencio de los políticos de aquellos días recorrió Gallegos nuestros asoleados caminos expresando las modalidades programáticas de un gobierno democrático. Cumplía así la función docente que iniciara con los ensayos de "La Alborada" y tan óptimos frutos le permitiera cosechar al frente del Liceo "Caracas".

Sus discursos electorales de marzo en Barquisimeto, del 5, 12 y 13 de abril en Caracas, Valencia y Maracaibo expresaron claramente los anhelos del país. No salió electo. Pero, su ejemplar actitud cívica facilitó la formación de colectividades políticas modernas, transformándose su nombre en bandera, en estandarte de reivindicaciones populares en la "tierra ancha y tendida, toda horizontes como la esperanza, toda caminos como la voluntad".

Su constante labor docente, su macerada labor literaria, su labor política, representan en nuestro país el más fecundo esfuerzo para determinar y buscarle solución a los problemas políticos y humanos del hombre venezolano. Implica toda su obra un mensaje de renovación y de fe y afirma la responsabilidad que debe asumir todo intelectual, responsabilidad que ya exigía en 1912 desde las páginas de "El Cojo Ilustrado". Responsabilidad que le hace proclamar el 5 de abril de 1941, en un discurso en el Nuevo Circo, con encendida confianza en la alta misión que le ha tocado desempeñar:

"... de la honradez de mi anterior docencia pueden dar fe quienes, habiendo sido discípulos míos, no salieron de allá ni corrompidos ni desorientados".

Ya en una conferencia dictada en La Habana y publicada en la revista "Lyceum" en marzo de 1949 confirma su noble función de maestro y guía:

"Porque no soy un escritor de novelas ni para solazarme en humanas miserias, ni para evadirme de la realidad; sino antes bien, para captar y fijar en obra estimuladora de algún interés los rasgos característicos de la vida cotidiana, sobre los cuales debemos poner la atención; pero, tampoco un realista, de posición asumida dentro de un encastillamiento exclusivamente artístico que se limite a copiar y a exponer lo que observó y comprobó, sino que, por obra de costumbre docente... aspiro a que mi mundo de ficción le retribuya al de la realidad sus préstamos con algo edificante".

R. J. V.

siembra al relente de la noche*

SE INCORPORO de pronto con una determinación que ya era haber encontrado algo en una de las gavetas vacías de su intimidad y volviendo al despacho de su padre, se sentó por delante de él y le dijo:

—Te confieso, papá, que oí la proposición que hace poco te hizo Santiago Argimírez.

—¿Sí? ¿Con que todavía te aplicas a escuchar lo que no se te invita a oír?

—Lo hice porque... porque ya me había caído gordo Santiago Argimírez y porque temía que hubiera venido a tener un choque contigo, por la madera que estaba robándote. Si tú me hubieras dicho que...

—Tienes razón —accedió Don Nacho, ya frenado el ímpetu colérico—. Debí participarte que Argimírez vino aquí porque yo le había ordenado que viniera a verme. Lo de la madera ya es... negocio concertado y concluido: no caerá un pino más en mis pinares bajo las hachas de los Argimírez. En cuanto a lo que le escuchaste proponerme, de comunidades agrarias simuladas para burlar la afección de la... ley, es asunto en el cual tengo puesto mi saber y entender, mejor que el tuyo, desde luego. De modo que...

Felicianito buscó palabras para pedir excusas y por fin se le ocurrió decir:

—Como usted me dijo que lo ayudara, y creo que lo necesita para no seguir ese mal consejo que le ha dado Argimírez...

Soltó una risotada Don Nacho, entre colérico y desdénoso y luego repuso:

* Capítulo de la novela inédita "La brasa en el pico del cuervo".

—¡Ayúdarme tú! Bueno estaría yo si de tus consejos necesitara. Anda a tu cama a que se te pasen esos mareos.

Corrido y maltratado, Felicianito volvió a su habitación. El no había tenido nunca una noción exacta de la diferencia de derechos que su padre y él tuviesen para hacer o no hacer determinadas cosas y así una vez, castigado por aquél a causa de sus largas escapadas de la casa, cuando Valentina le dijo:

—Ya te ha dicho papá que nunca salgas de aquí sin pedirle permiso. O por lo menos sin decirle para dónde vas.

El le había replicado, sin malicias:

—Papá no dice para dónde va, cuando sale de aquí.

¿Por qué —se preguntaba ahora— le negaba su padre el derecho de darle consejos? Algo más, mal distribuido también en el mundo que lo rodeaba. Y al pensar así no había propiamente rebeldía, sino aquel modo de estar siempre en los linderos de la irresponsabilidad, de la inconsciencia lúcida.

Por lo cual aun la traviesa Valentina le había dicho varias veces:

—¡Cómo eres, Felicianito! Parece que no te dieras cuenta de las cosas. Pero aquella mañana volvió a sus diálogos a solas de este modo:

—Bien. Ya cumpliste el deber de hijo; ahora puedes cumplir el otro. Y el interlocutor, en plena fiesta íntima, se restregó las manos, exclamando:

—¡Qué bueno! ¡Qué bueno! Lo que dirá mañana en la hacienda, todo el mundo: ¡El duende del Calpuleque!

Pero Don Nacho se había quedado con el temor de aquel mareo de Felicianito y momentos después fue a verlo. Lo encontró acostado en su cama, con la vista fija en el techo, sonriendo.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó—. ¿Se te pasó el mareo?

—¿Cuál mareo? ¡Ah! Sí, ya se me quitó.

Y el señor de *El Encinar*, que había sufrido quebrantos de personalidad a causa del trágico fin de Chano Gracián y por momentos otro Ignacio Orozco parecía querer sustituirlo, tomó asiento frente a la cama del hijo, diciendo:

—Me causó gracia y me agradó que tú pretendieras y quisieras ayudarme, pues aún te faltan años para tamaña empresa. Pero convéncete, Chano. Distribuir la propiedad de la tierra entre la peonada ignorante, perezosa e irresponsable sería arruinar a México. Ya te lo dije. Yo no niego que para mí no sería apetecible la vida si dejara de ser dueño, amo, de todo *El Encinar* de los Orozcos, pues al ver dividida esta ha-

cienda, de la cual yo soy como un pedazo de ella, la vería arruinada. Sacrificios me ha costado mantenerla tal como quiero que me la hereden ustedes. Vigilando el trabajo que ella exige desde el canto de los gallos antes del amanecer, hasta el silbo de las huilotas, cuando pardea la tarde. Pero en eso entraba en la recámara Valentina y al oírle el pulido final de la plástica, soltó risa y luego dijo:

—Te quedó eso muy bonito, papá. ¡Desde el canto de los gallos hasta el silbo de las huilotas!

Y fue como si a empellones obligaran al posible Ignacio Orozco nuevo y diferente, a refugiarse otra vez dentro del habitual iracundo señor de *El Encinar*.

—¿Esas tenemos? ¿Burlas en mis barbas? Se acabaron ya las vacaciones. Para el internado cada cual, desde mañana.

Y abandonó el aposento, murmurando entre dientes:

—Que vuelva a decirme Chano Gracián que los padres deben darles explicaciones de sus actos a sus hijos.

Llegó la hora del silbo de las huilotas, se extendió la noche sobre los campos, con luna alta en el claro cielo y bajo la lámpara del comedor se sentaron a la mesa en silencio Don Nacho y sus hijos y sin cruzarse palabras tomaron la merienda.

Pero cuando ya él se había quitado de los bigotes las mojaduras del chocolate y se disponía a abandonar el asiento, Valentina se le echó encima, sentándosele en las piernas y preguntándole:

—¿Enojado todavía conmigo? No, papá. No fueron burlas sino cariños. Y lo abrazó y lo besó varias veces.

—Bien —dijo él—. Esta siquiera sabe hacerse perdonar.

Y se retiró del comedor llevándose la consiga, abrazada.

Felicianito permaneció en su asiento, con algo de amargura en la sonrisa dirigida al interlocutor recóndito.

Su propósito de prestarle su cuerpo al duende de la conseja de las apariciones de Emiliano Zapata le había surgido de la impresión que en su naturaleza fantaseadora tuvieron que causarle las palabras de la visionaria Merregelda y no fue, al principio, sino una de las acostumbradas aplicaciones de su intimidad a recrearse con fantasmas; pero después de lo escuchado tras del despacho de su padre y convencido luego de que él iba a convenir en lo que allí le aconsejó Santiago Argimírez, ahora no se proponía sino rescatar a aquél de la mala influencia, ayudarlo a que reaccionara contra ella. En *El Encinar* estaba el caballo de aquel hombre odioso —blanco como el de la conseja y único de ese pelo por

allí— y cuando entre los peones de la hacienda corriese el rumor de la aparición del duende del Calpuleque, animadora de resolución a reclamar las tierras prometidas por el agrarismo revolucionario, Don Nacho no podría sino atribuirle al mismo Argimírez la maniobra soliviantadora, y quitándose de entendimientos con él lo echaría de allí.

Pero había que preparar ambiente, sin pérdida de tiempo y Chano Orozco —algo diferente ya del Felicianito fantaseador— se dispuso a ponerlo por obra en seguida.

Noche de resplandeciente luna en el limpio cielo, sereno el empinamiento de los montes en las iluminadas lejanías, quieto el sueño de la tierra laboriosa con tiernos trigales todavía en el regazo.

Cerca de los jacales habitados por los peones un grupo de éstos, al abrigo de sus capotes oscuros y de sus sombreros de petate, forman corrillo silencioso. Pero al advertir que se les acerca el hijo del amo:

—Ahí viene ya don Felicianito —murmura el viejo Doroteo.

Y otro agrega:

—Como de costumbre, a acercarle el oído a lo que estemos platicando.

Y Fortunato Peña, que tiene la cabeza descubierta y sólo se abriga con una chamarra de lana a cuadros negros y blancos, con cicatrices todavía sensibles de penitencia en pecho y espaldas, agrega:

—A ver si escucha algo que al padre le convenga que vaya luego a soplárselo. Contimás hoy a propósito del güesped de la casa de los Organos. Que ya sabemos que para nada bueno para nosotros estará allí Macario Roncoso.

—Cállate, Fortunato. Que ya don Felicianito viene cerca.

No fue nunca costumbre suya escuchar para denunciar, sino para asomarse al misterio del alma rústica de aquella gente, que podía vivir entre privaciones de todo bien con una naturalidad impresionante para él; tal vez sólo para aprender a ponerle habla de humildad y sencillez a los interlocutores de sus soliloquios dialogados que tuviesen que ser campesinos.

—Buenas noches, don Felicianito. Trae usted poco abrigo y está muy fresco el relente de la noche.

—De luna llena. ¿Verdad, señor Doroteo?

—No. Todavía no. Y quíteme el señor, que le queda grande a mi humildad. Contimás de boca de usted. Luna llena será dentro de dos días, si la vista no me engaña.

—Pero seguramente ya estará la vieja Meregelda, allá en su joya del pinar de La Rencosa, esperando la aparición del duende del Calpuleque, al filo de la medianoche. Me refiero al duende del General Emiliano Zapata, el agrarista, que según ella se pasea todas las noches por las tierras de los hombres dormidos.

A lo que repuso Doroteo, mientras los demás se cruzaban miradas de extrañeza:

—Tiempo hacía que no escuchaba yo mentar esas apariciones del duende de Miliano Zapata. No en los campos del estado de Michoacán, tampoco, sino en los del estado de Morelos, a raíz de la muerte del... ¿Cómo fue que mencionó usted al mentado difunto, don Felicianito?

—Calpuleque. Que así era llamado quien en la organización social indígena se encargaba de distribuir las tierras que debieran cultivarse entre las distintas familias que en ellas habitaran. Y como el General Zapata luchó y murió por el reparto de las tierras entre los verdaderos trabajadores de ellas, pues...

Hizo una pausa para aliviarse de la opresora emoción que sus palabras le habían producido y para esperar el efecto que hubieran causado en sus oyentes y fue Fortunato Peña quien rompió el silencio:

—Entons calpuleque se puede llamar también al difunto Chano Gracián.

—Que en paz descanse —corearon los demás.

Y Fortunato Peña agregó:

—Está bueno eso de la vieja Meregelda: las tierras de los hombres dormidos.

—¿Pos no? —replica Doroteo—. En los campos y más a medianoche, toda la gente está dormida.

—Menos los desvelados —rebate Fortunato—. Los que por no tener dentro del jacalito ni el nixtamal para las tortillas del día siguiente, ni modo de que se puedan entregar al sueño. Siendo quizás labradores de tierras donde se den buenas milpas y de donde también se pueda alzar harto trigo, en los entretiempos del maíz. Trigo, que es pan sembrado por quien no se lo ha de comer.

Y dijo esto último mirando hacia los trigales que alfombraban el campo circundante y sobre los cuales pasaban soplos de brisa.

Pero aún Fortunato no había dicho todo lo que necesitaba decir y agregó:

—Tierras de hombres dormidos aunque parezcan despiertos.

—Cállate, Fortunato —díjole uno.

Y como en el corrillo de encapotados se produjo un rumor, el viejo Doroteo se apresuró a intervenir:

—Está usted tiritando, don Felicianito. Andese a su casa otra vez, no vaya a agarrar un resfrío.

Pero era como de fiebre aquel temblor que le sacudía todo el cuerpo. Se regresó a la Casa Grande y en seguida se metió en su cuarto y se tendió en la cama, sin desvestirse.

Lo de la prima noche —la siembra al relente de la luna— ya estaba bien hecho. En Fortunato Peña, por lo menos, había ya un brote.

juicios y prejuicios sobre la política y sobre los políticos

LA POLÍTICA y los políticos son objeto de estudio inmemorial. Ya los sofistas se ocupaban de la formación de los políticos y dirigentes de los negocios públicos, en una época en que todavía el Estado era una incipiente organización. Platón y Aristóteles consagraron a la actividad política varios tratados que han servido de orientación a los posteriores teoristas de la materia. Muchos se inspiran en la expresión del estagirita: "El hombre es un animal político", con lo cual significa este filósofo que la sociedad es el ambiente natural del hombre, porque éste no vive nunca aislado sino en comunidad. Sin embargo esta afirmación tradicional en la filosofía política fue negada en los individualistas siglos XVII y XVIII y en las ideas de Hobbes y Rousseau. Para el primero el primitivo estado natural supone hostilidad permanente que hace del hombre lobo para el hombre. Rousseau afirmó que el estado primitivo fue de libertad absoluta y que la sociedad es la resultante de un contrato en el cual los hombres libremente consintieron en renunciar a una parte de su libertad. Pero la naturaleza del contrato presupone la sociedad. La sociedad es previa a todo intento de contrato. Este es un producto social. Pero el análisis científico de la política, no obstante las influencias metafísicas de una época precientífica, lo realiza Maquiavelo en su discutida obra "El Príncipe" y en otros múltiples tratados, en los que se propone elevar la política a la categoría de una ciencia, cuyos resultados son previsibles si el Príncipe adapta su conducta a las normas que se le fijan para su actividad gubernativa.

Sobre la obra de Maquiavelo han caído denueros y alabanzas, más de aquéllos que de éstas, porque los consejos endilgados al Príncipe muestran un cínico espíritu realista sin consideración alguna de normas éticas.

Para Maquiavelo y sus seguidores, la moral y la política no tienen punto de convergencia. Es político y bueno todo lo que es útil para el Príncipe.

Acaso porque se contraponen las normas éticas a las normas políticas, según el pensamiento de Maquiavelo, la política y los políticos son el blanco de las más enconadas críticas, infundadas muchas veces, porque se juzga la política, no como una ciencia o como un arte de dirigir los negocios del Estado, sino como una suerte de actividad para el lucro o beneficio de los políticos. Por esta razón James Burnham, un confeso maquiavelista contemporáneo, siguiendo la tesis de su maestro, declara que la política persigue como objetivo fundamental "liberarse de las necesidades", que en términos modernos equivale a la salvación eterna, porque para este autor "los hombres son seres con necesidades y sólo la muerte puede librarlos de esas necesidades". "En definitiva, dice, el análisis político se transforma, lo mismo que otros sueños en la expresión del deseo humano o la admisión del fracaso en el terreno de la práctica." No es de extrañar que para Burnham "Las palabras de alta jerarquía espiritual correspondientes al significado formal sólo sirven para despertar la pasión, el prejuicio y el sentimiento en favor de los propósitos reales disfrazados".¹

A pesar de los maquiavelistas, la política tiene una raigambre histórica y social y un contenido ético. Como ciencia de la dirección de los negocios del Estado está íntimamente ligada al ejercicio del poder. Se refiere a las luchas libradas para controlar los órganos del Estado, pero comprende los programas, las orientaciones ideológicas que implican responsabilidades inherentes a las funciones del gobierno. No podría explicarse hoy una política que no tuviese su base y orientación en una ideología, en un programa en el cual encuentren adecuada satisfacción las aspiraciones populares. Si el político aspira a gobernar es para realizar algo que no puede ser sólo su egoísta deseo de satisfacciones materiales. Ortega y Gasset, brillante siempre pero lleno de contradicciones, cuando de analizar la actividad política se trata, en su luminoso ensayo sobre Mirabeau asienta que al político, al grande hombre no puede calificársele de egoísta en sus acciones porque en ellos "el ego está ocupado casi totalmente por obras impersonales, mejor dicho, transpersonales. La oposición entre egoísmo y altruismo pierde sentido referido al grande

1. —James Burnham. "Los Maquiavelistas", págs. 33 y 35. Emecé Editores, Buenos Aires, 1953.

hombre (al político), porque su "yo" está lleno hasta los bordes con "lo otro": su *ego* es un *alter* —la obra—. Preocuparse de sí mismo es preocuparse del universo".¹

En este ocuparse constantemente de la obra por hacer, en esta capacidad creadora de realizaciones concretas encontraba el propio Ortega y Gasset la diferencia entre políticos e intelectuales. Hay dos clases de hombres, decía: "los ocupados y los preocupados: políticos e intelectuales. Pensar es ocuparse antes de ocuparse; es preocuparse de las cosas; es interponer ideas ante el deseo y el ejecutar".²

En esta diferenciación entre políticos e intelectuales formulada por Ortega y Gasset se ve de inmediato la necesidad de ubicarse en un campo diferente, pues confiesa que no tiene predilección por la política porque pertenece a un tipo humano diferente. Pero ello conduce a situar al político en una categoría de hombre, en los cuales el pensamiento, las ideas no tienen función ni juegan papel preponderante.³

El análisis tipológico realizado por los psicólogos tiende a crear arquetipos que no existen en la realidad. El político es un intelectual cuya inteligencia está vuelta a una determinada forma de pensamiento. Así como el pintor y el arquitecto expresan en colores y en formas sus concepciones el político las trastrueca en acciones. "Política es tener una idea clara de lo que se debe hacer desde el Estado", afirmaba Ortega. Pero no se trata sólo de tener la idea clara de lo que se debe hacer, sino tener la energía y la capacidad de realizarla, que es lo que caracteriza al político. Intelectualmente el economista, el técnico pueden tener ideas claras de lo que se debe hacer para resolver un problema o para alcanzar un

1.—Ortega y Gasset. "Mirabeau o el Político, Tríptico", págs. 20 y 23. Colección Austral N° 181. Espasa Calpe Argentina S. A., Buenos Aires, 1952.

2.—*Ibid*, pág. 40.

3.—Ortega y Gasset en el prólogo de "La Rebelión de las Masas", escribió en 1937, diez años después del admirable ensayo sobre Mirabeau, en el que ensalza las cualidades de éste como el tipo representativo del político, que "la misión del llamado 'intelectual' es, en cierto modo, opuesta a la del político. La obra intelectual aspira, con frecuencia, en vano, a aclarar un poco las cosas mientras que la del político suele, por el contrario, consistir en confundirlas más de lo que estaban. Ser de la izquierda es, como ser de la derecha, una de las infinitas maneras que el hombre puede elegir para ser un imbécil: ambas, en efecto, son formas de la hemiplejía moral". (Ortega y Gasset, "La Rebelión de las Masas", pág. 36, Revista de Occidente, Madrid, 1945).

determinado objetivo, pero carecen de la capacidad de decisión para seleccionar el medio y conducir la ejecución. Alejandro, frente al Nudo Gordiano que planteaba una situación política, decidirá el conflicto con un tajo de sable, es decir, con una acción política.

No es, como afirma Ortega, que "el hombre de acción no ha menester de gran vigor intelectual para descubrir lo que hay que descubrir", sino que su inteligencia es de un tipo que encuentra en el hacer su modo de expresión.

El político puro y el intelectual puro no existen como tales. Así lo reconoce Spranger, después de analizar sus seis formas de vida. Para este psicólogo lo que caracteriza al político puro es "el sentirse a sí mismo como poder, considerando que sólo así cumple su peculiar misión vital". En este caso dicha misión aparece "como impulso vital primario, como actitud racional encaminado a un fin". "El hombre político pone al servicio de su voluntad de poder todas las esferas de valor de la vida". "Domina sobre los demás por medio de una técnica social... Fija su actividad en los puntos desde los que puede mover al hombre. Su conocimiento del hombre es una especie de conocimiento de su manejo mecánico, no un mero establecer conceptos técnicos".¹

Después de su análisis ideal del tipo político puro, esa especie de monstruo superespecializado, Spranger concluye diciendo: "que raramente se observa en la realidad este tipo puro de hombre político. El poder supremo aparece siempre como poder *colectivo*. Esto presupone que los hombres se sienten en primer término solidarios y que viven los unos para los otros. Aquí está dado un vínculo social. Quien quiera llegar a ser vehículo y brazo de este poder colectivo ha de incorporarse algo del espíritu de la comunidad. Al ejercer dominio actúa en favor de los demás... El político individualista y simple es opresor, señor absoluto. Se cree el único que cuenta y que puede disponer de los demás. Mas, quien tiene en sus manos un poder basado en *fundamentos sociales* es siempre caudillo al mismo tiempo; pretende al gobernar, sembrar la felicidad y estimular y mejorar. Pero necesita reconocimiento... Su poder descansa sobre la unidad y comunidad de los gobernados".²

Es baladí la diferenciación entre políticos e intelectuales, porque no es cierto que corresponda al intelectual, como tal, función dentro de la

1.—Spranger. "Formas de Vida", págs. 226-228.

2.—*Ibid*, pág. 335.

sociedad, sin ligamen con el quehacer de los demás. El pensamiento deja de tener valor si no está condicionado por un medio social, por una época, si no tiene su raíz afincada en un mundo conmovido donde la pasión es el eje de la acción y la idea está teñida con la angustia que aprisiona a la sociedad contemporánea. Carlos Marx enseñó que el pensamiento es una superestructura ligada a los intereses de una situación social determinada. Ideologías y utopías, que son creaciones intelectuales del pensamiento político, tienen en la raíz que se afinca en una historia de siglos, motivaciones sociales, que generalmente vienen de un origen inconsciente, razón por la cual el análisis freudiano, complemento obligado del marxismo, ha contribuido a desentrañar el arcano de muchos pensamientos y de muchas acciones de supuesta ascendencia inmaculada y desprendida en los cuales se tropieza con un resentimiento adormecido, con un complejo de frustración que hace detestar lo que se aspiró a ser sin alcanzarlo. Con malignidad que ha costado caro a la ciencia de la psicología profunda, Freud enseñó que las actividades humanas fundamentales, ya provengan de la llamada esfera intelectual o de la pura actividad en que se quema la pasión del político, tiene su origen en zonas infraconscientes del ser humano; que las explicaciones que damos a los otros y que nos damos a nosotros mismos para justificar los actos que realizamos, más que explicaciones racionales son racionalizaciones a menudo erróneas o artificios con que pretendemos explicar procesos que nos son incomprensibles. Según Freud, la razón, que ha sido considerada como el instrumento de penetración y análisis de que dispone el hombre para la actividad científica y filosófica, no es la que gobierna nuestras acciones sino que, sin que lo podamos evitar, nos sirve para disfrazar las fuerzas ocultas que en realidad nos dirigen desde el fondo arcaico, de que habló Jung, de nuestro inconsciente primitivo.

Pensamiento y acción son las expresiones de una común preocupación. El uno no puede actuar sin la otra. La acción sin pensamiento, sin finalidad preconcebida es inquieto remolinear de ardillas, de que nos habla la fábula, que no guarda relación con la actividad auténtica del político. Ya lo decía Mirabeau: "La actividad, que lo puede todo y sin la cual nada se puede, tórnase turbulencia cuando carece de empleo y de objeto".¹ De otra parte, el pensamiento que no sea capaz de conducir a una acción,

1.—Cita de Ortega y Gasset. "Mirabeau o el Político, Tríptico", pág. 39.

que no "mueva molinos", está condenado al desván de las cosas inútiles.¹ El artepurismo no es otra cosa que una excrecencia social, de igual manera que lo es el pretendido apoliticismo de los intelectuales, que se parapetan tras un burladero para gozar sin responsabilidad la lidia encarnizada entre las fuerzas sociales que buscan la justicia y pugnan por resolver los males de la humanidad, en cuyo centro trabaja arduosamente el dirigente político, y las fuerzas reaccionarias que han hecho tradicional la explotación, convirtiendo al hombre de criatura humana en una bestia de carga.

Las peores agresiones contra la política y contra los políticos vienen de la zona de los moralistas. Ya expresamos que se pretende ver en la política una actividad en la que no interviene la ética, según el pensamiento de Maquiavelo. Se afirma que el político que concibe un fin no se detiene en la calidad de los medios para alcanzarlo. "El fin justifica los medios". El magnicidio o crimen político, llegó a ser propalado y defendido por teólogos, políticos doblados de defensores de la fe, porque en ello iba la salud y la estabilidad de la Iglesia. Torquemada utiliza el martirio como medio eficaz contra la herejía, sin detenerse en su contenido moral. Y es porque en el político y en la política resolver un problema de trascendencia para alcanzar la libertad o la justicia, para resolver la miseria popular, para exaltar al hombre a su altísima condición de ser humano, la guillotina que cercena las cabezas reales y de los grandes oligarcas de Francia y de Europa no sirve para realizar una venganza ni un asesinato sino para apartar del camino del pueblo una rémora para su ascenso, para destruir un obstáculo, así como para permitir el libre tránsito de las aguas que irán a regar los sembradíos, la dinamita derriba montañas. Compartimos la afirmación de Aldous Huxley: los buenos fines sólo pueden ser logrados usando los medios adecuados, por la sencilla razón de que los medios empleados determinan la naturaleza de los fines obtenidos.

1.—*En la fronda de las contradicciones orteguianas se encuentra corroborada la inutilidad de la dicotomía entre políticos e intelectuales. Así nos dice Ortega: "No se puede excluir del político la teoría; la visión puramente intelectual. A la acción tiene en él que preceder una prodigiosa contemplación; sólo así será una fuerza dirigida y no un estúpido torrente que bate dañino los fondos del valle. Lindamente lo dijo hace cinco siglos, el maestro Leonardo: "La teoría é il capitano e la prattica sono i soldati." (Ortega y Gasset, Ob. cit., pág. 63).*

nidos.¹ Y más todavía, por tajantes y ajustadas a su objetivo las palabras del gran político francés León Blum y porque están más dentro de la tónica de nuestro pensamiento: "Toda democracia, decía Blum, supone actividad libre y, en consecuencia, posibilidad de lucha; pero no es cierto que todo esté permitido en la lucha cívica, que todos los medios sean buenos y que el fin los justifique, ya se trate de los partidos, los grupos sociales, la prensa o los individuos; ninguna ventaja, ni aun siquiera una necesidad, justifican la mentira desleal, el abuso de la fuerza, la traición a los compromisos contraídos o a las palabras dadas".² No obstante, fueron los mismos políticos que levantaron las guillotinas que hicieron rodar las cabezas de Luis XVI y de María Antonieta, los que consagraron los derechos del hombre y del ciudadano, dieron asiento permanente a la justicia en tribunales naturales y en leyes preestablecidas para conocer de las acciones de los hombres y juzgarlas. Gracias a esos hombres, Mirabeau entre ellos, víctimas muchas veces de la justicia que buscaban y de la injusticia que sembraron, creció la democracia en el mundo occidental. Ortega y Gasset, ante los que discutían la grandeza de Mirabeau, argumentando que "no hay grande hombre sin virtud", habla de las grandes y de las pequeñas virtudes. Estas son las que modelan la vida sin horizontes del hombre común, incapaz de aventurar la crítica ajena porque es brizna que se quiebra al menor soplo de viento. Las grandes virtudes no caben en el alma de los pequeños, porque aquéllas están hechas para las grandes almas. Son esos focos rutilantes capaces de quemar todas las impurezas, por ello, cuando Rodó exalta la grandeza de Bolívar habla de una grandeza capaz de magnificar la parte impura que cabe en el alma de los grandes. El oro se cría en el cuarzo sin rebajar sus quilates. Sarmiento, para apostrofar a sus enemigos que le atacaban en la Cámara por los supuestos pecados que le manchaban las manos, levantando un vaso de agua cristalina, en palabras más o menos parecidas, exclamó: "Puros y limpios como el agua, pero como el agua insípidos. Yo he tenido que ensuciarme las manos para construir la patria Argentina, pero puedo lavarme las manchas". Los que le criticaban no tenían manchas, pero tampoco tenían obras. Mirabeau, con gran espíritu de tolerancia, acaso con cinismo, y con una certera visión

1.—Aldous Huxley, "El fin y los medios", pág. 15. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1950.

2.—León Blum. "Con Sentido Humano", págs. 180 y 181. Javier Morata Editores. Madrid, 1946.

de los hombres y de las cosas en cuanto sirven para realizar obra de provecho, decía: "yo no puedo excomulgar a nadie. En verdad, todo me parece bien: los sucesos, los hombres, las cosas, las opiniones; todo tiene un asa, una agarradera". Es decir, toda oportunidad, toda circunstancia puede servir para el fin político de creación que se persigue y no hay que dejarla pasar sino tomarla por la agarradera, que los otros no ven o no tienen manos suficientemente ágiles y fuertes para tomarlas en su hora y punto.

En concordancia con la afirmación de Mirabeau, decía Lenín, a más de cien años de distancia: "No hay situación para lo que no haya en absoluto alguna salida". Pero es al político a quien corresponde buscar y mostrar esa salida. Los críticos, que son observadores colocados al margen de la responsabilidad de los acontecimientos, argumentarán a posteriori sobre cuál es la mejor salida o cuál hubiera sido la aconsejable. La irresponsabilidad del observador le permite ser objetivo para la crítica, tanto más si ésta se refiere a un acontecimiento histórico. El político es actor y su función es realizar una parte del drama, que el pueblo aplaudirá o pitará de acuerdo con los resultados de su desempeño.

Al político se le pide actuar y quien actúa corre el riesgo de equivocarse, de perder el camino. Los que no actúan no corren esos riesgos, nunca se equivocan. ¡Qué triste destino! Lo importante para el político no es que acierte siempre, sino que cuando cometa yerros, los reconozca y sepa rectificarlos a tiempo. Así se demostrará la buena fe. "Los errores a veces son susceptibles de enmienda mientras que las omisiones producen un estancamiento irreparable en la mayoría de los casos y tienen como consecuencia una paralización general, una pasividad y una desmoralización".¹ El asa de que hablaba Mirabeau, puede ser timón para cambiar a tiempo el rumbo incierto, para encontrar de nuevo el camino. Lo que no se perdona a un político es que deje de actuar cuando debe hacerlo. "Hacer las cosas, malas, pero hacerlas", pedía Sarmiento en esta América nuestra atacada de parálisis en siglos de inercia colonial. Pero ese loco hacer de malas cosas, por hombres sin orientación ética y sin clara finalidad de un plan orgánico, sin la sincera vocación de servicio y esclarecida calidad moral de Sarmiento, produjo el monumentalismo de cemento armado con que los dictadorcillos que hemos padecido creyeron levantarse un prestigio de relumbrón y plenaron las

1.—Hans Von Eckardt. "Fundamentos de la Política". Colección Labor, Nº 310. Editorial Labor S. A., Barcelona, 1932.

cárceles, persiguieron, robaron y mataron, no como políticos, porque no lo eran, sino como vulgares asesinos; pero esas obras, sin asidero en necesidad de pueblo, sin ligamen con fundamentales urgencias colectivas son la perpetuación de la arrogante petulancia de seudopolíticos, que por encima de los intereses de todos situaron sus particulares intereses de megalómanos.

Los seudopolíticos, son una categoría parasitaria de la organización del Estado, suerte de testaferros de la malechuría, alcahuetes del deshonor de la República, hombres sin conciencia de responsabilidad de ciudadanos y sin honestidad personal ni responsabilidad pública. Pero del hecho de que entre los rebaños los lobos se disfracen de ovejas para satisfacer mejor sus apetitos, no puede ser causa para denigrar de las virtudes de las ovejas, ni para despreciar las excelencias de su lana, ni el suave y delicioso gusto de su carne.

El político de casta, el dirigente de pueblos, el conductor de los destinos de una nación, es un hombre consustanciado con los ideales y aspiraciones del grupo humano que dirige. En él la multitud, mejor, el pueblo, se siente realizado. No tiene intereses personales, fuera de los de la dirección, que no sean parte de los intereses de su grupo y cuando actúa, más que a satisfacer ambiciones y deseos propios, procura realizar el bien de todos, dentro de los cuales su personal interés recibe compensación como un miembro de la comunidad.

El desinterés es la virtud cardinal del político auténtico. Su ambición suprema es el servicio y mientras lo presta en la mejor calidad y con la mayor extensión se siente más satisfecho, más dueño de sí, más dueño de la opinión, que al bien recibido responde confirmándole en el respeto, adhesión y consideración a su actividad ductora.

La pasión de dirigir y comandar, la vanagloria de aparecer en el primer plano de la opinión en el verdadero político van aparejadas a un propósito de bien público, que desde el poder aspira a realizar. El político es el hombre de la Nación. El afán de servicio merma en él todo propósito de lucro, porque éste, más que a exaltar la personalidad rectora tiende a rebajarla, haciendo descender al dirigente al mezquino menester de las cosas propias, con olvido de los hombres y de sus conciencias que son el terreno donde actúa y se realiza íntegramente la misión conductora.

Para ser político no basta desempeñar un cargo. En la vida colonial americana muchos cargos se vendían en almoneda. Los cargos electi-

vos del Foro en Roma los adquirirían Patricios con dinero y vanidad pero sin las condiciones de estadista. Observa Von Eckardt, que en el caso romano "la adquisición de los codiciados puestos era posible, pero no el ejercicio de una influencia profunda sobre el pueblo. Los así nombrados podían prevaricar y enriquecerse, pero no eran capaces de influir en ningún sentido decisivo sobre la historia del Imperio Romano. Antes bien, tales personajes desaparecen de la escena tan pronto como se inicia un resurgir político o una nueva acción política"¹.

Nuestra accidentada vida política ha tenido que padecer a esta laya de hombres. El Marqués de Casas León, sirviendo alternativamente a la Colonia o a la República, estuvo siempre cerca de los caudales públicos enriqueciéndose. Sin interés por el pueblo, del cual no aspiró nunca a hacerse caudillo ni intentó influenciarlo directamente, en los cargos administrativos no actuó como estadista creador, sino que con la maña del llamado por Hobbes *hombre económico*, puso siempre su interés por encima de los intereses de la República, a la que pierde maliciosamente, cuando los destinos de ésta estuvieron en contraposición con sus caudales. A los hombres de esta categoría no les seducen los honores ni la gloria, porque éstos no producen dividendos. Para ellos la frase de Bolívar, "La gloria está en ser grande y en ser útil", carece de sentido. Ellos insinuaban al gobernante: "No me dé Ud. nada, yo no le pido, póngame donde haya". Su ambición no es comandar, dirigir, crear, organizar. La apetencia material de bienes es su guía y luego de enriquecidos desaparecen por el foro, sin pena ni gloria, porque su única ambición se cifra entonces en que se les olvide en el retiro cómodo donde disfrutaban los gajes de su paso por el poder. Ahora aspiran a que no se les recuerde, temerosos de que los sancione la Junta de Responsabilidad Civil y Administrativa, que persigue el peculado.

El auténtico político, de quien tan admirablemente habla Luis Barthu, el Primer Ministro de Francia asesinado en un atentado perpetrado contra el Rey Alejandro de Yugoslavia, no conoce la tenebrosa senda del retiro. Para éste el "*lasciate ogni speranza*" de Dante no existe, porque el político nunca pierde la esperanza, por eso nunca se retira. Su ambiente natural es el combate por el poder en el cual se realiza y por medio del cual realiza un destino de pueblo.

1.—Hans Von Eckardt, *ob. cit.*, pág. 47.

ENTRE LAS CRITICAS que se formulan a los políticos se destaca la capacidad para mentir y la facilidad para ocultar la verdad. "Por lo que hace a los políticos, decía Spinoza, se les cree más ocupados en tender lazos a los hombres que en dirigirles hacia el bien, y se les considera más bien hábiles que prudentes". La observación de Spinoza viene ligada a una crítica sobre los teóricos o filosóficos que han concebido una naturaleza humana distinta de como es y cómo ellos querrían que fuese, creando para dirigirla una teoría que difiere de la práctica política, haciéndola, por tanto, inaplicable. Esta circunstancia le hace afirmar que "no hay hombres a los que se juzgue menos adecuados para gobernar un Estado que los teóricos, es decir, los filósofos", porque éstos, apartándose de la realidad, querrían que los hombres fueran dirigidos no conforme a lo que son sino a como se les supone que deberían ser y critican a los políticos que han aprendido en la práctica. A éstos, dice Spinoza, "la experiencia les ha enseñado que habrá vicios mientras haya hombres, en consecuencia se dedican a anticiparse a la malicia humana, y ello por medios cuya eficacia se conoce en virtud de una larga experiencia, y que hombres movidos más bien por el temor que guiados por la razón, tienen costumbre de aplicar; obran éstos de manera que parece contraria a la religión y sobre todo a los teólogos. Según estos últimos, el soberano debería regir los negocios públicos de conformidad con las reglas morales que los particulares deben observar. Sin embargo, no hay duda de que los políticos han escrito sobre materia política con acierto mucho mayor que los filósofos; como han tenido por maestro a la experiencia, no han aprendido nada que no fuese aplicable".¹

Para los críticos los programas, las promesas, los ideales, son vanas palabras de que el político se vale para alcanzar el poder.

Un programa político es siempre un enunciado general con base en el análisis de los problemas reales que presenta una nación. Contiene una promesa, que se torna compromiso para el político y para la organización que lo postula. Pero los programas en su realización, van adaptándose a la realidad política y social que cambia y se complica a medida que en ella se interviene. Por ello hay partes de los programas que se tornan irrealizables, por lo menos dentro de un determinado período. No todo cuanto el programa promete puede realizarse o para realizarse

1.—Spinoza. Cita de A. D. Lindsay. "El Estado Democrático Moderno", págs. 53 y 54. Fondo de Cultura Económica. México, 1945.

requiere previas transformaciones. Peca de impaciente o mal intencionado quien moteja de falso y mentiroso al político que modifica el programa o que para posibilitar su realización lo aplaza esperando circunstancias favorables que él mismo ha de propiciar.

El político de casta no tiene interés en engañar ni en mentir, porque dados los medios modernos de difusión de que disponen sus enemigos, las mentiras pueden ser propaladas con el fin de hacerle perder la confianza popular. En la lucha por el poder, los políticos que mienten por sistema se desacreditan. La mentira puede ser recurso de *camouflage*, para confundir al contrario que no juega limpio. Es el cambio de color del camaleón perseguido, el mimetismo salvador para los derrotados. En el político que triunfa la verdad es una gran arma de combate, que en la obra cumplida tiene cabal explicación. Sin embargo, existe la mentira piadosa, que crea esperanzas en quien no puede tenerlas, semejante a la del médico que busca reavivar las energías propias al enfermo que no quiere vivir o que no debe morir. Estas mentiras del político antes que daño hacen bien. La política democrática moderna tiene una gran base de sinceridad. Sólo en los regímenes totalitarios, donde la crítica no dispone de medios de difusión pueden sufrir ocultamientos los engaños del gobernante. El nazismo utilizó la mentira como medio para desacreditar a los enemigos inhabilitados para defenderse y hacerse oír de las masas. Minar con la mentira y la calumnia repitiéndolas, pensando que de ella algo queda, es una infamante manera de agresión, es un procedimiento irresponsable que usan ciertos grupos como respiradero del rencor. Dentro de la actividad política hay cuestiones cuya divulgación antes que aprovechar daña los intereses de la nación. No se trata solamente de los llamados secretos de Estado, que están generalmente ligados a la defensa y cuya divulgación prohíbe la ley, sino del diario hacer práctico. En estos casos la discreción señala el tino y el buen sentido del político. No se trata de decir mentiras sino de no propalar la verdad que se considera inoportuna.

En la actual democracia de masas éstas se sienten partícipes del poder y quieren estar informadas, de allí la importancia que cobra en los gobiernos contemporáneos un departamento de relaciones públicas y de informaciones, no para propalar mentiras como Goebels, sino para llevar a todos la verdad sobre la obra del gobierno. Ahora no se trata de gobiernos enclaustrados, sino de gobiernos en contacto con el pueblo, que no acepta la mentira y reclama las verdades.

Ortega y Gasset, tantas veces citado, habla de la verdad propalada por el intelectual una vez que la descubre. "Su existencia, la del intelectual, dice Ortega, radica en el esfuerzo continuo por pensar la verdad y una vez pensada, decirla sea como sea, aunque le despedace". Esto parecería indicar que al intelectual le interesa la verdad por lo que es, mientras que al político le interesa por sus efectos. Que la verdad sea dicha aunque el mundo se venga abajo sería la consecuencia. Al intelectual le interesa la verdad, al político le interesa el mundo, la sociedad, sin los cuales la verdad no tiene sentido ni realiza función alguna.

Además, no es cierto que los intelectuales, como tales, tengan interés por la verdad, sobre todo si ésta se liga al sufrimiento y a la libertad de los pueblos bajo el terror. Testimonio de esa cobardía frente a la verdad silenciada es el libro de Jules Benda, "La traición de los intelectuales". Y aun cuando nos duela expresarlo, Ortega murió en Madrid, silenciando la verdad de su pueblo escarnecido y humillado por la dictadura fascista, mientras los políticos españoles republicanos propalan la verdad desde el exilio y mueren por ella, mirando desde un pueblo fronterizo de Francia, en su imagen desmirriada y agonizante, la España de sus desvelos.

José Ingenieros, con la vehemencia que le era característica, rubricaba la cobardía de los intelectuales frente a la verdad que silenciaron por temor o por conveniencia. "Una docena de grandes filósofos, dice Ingenieros, intentó seguir los caminos que creía convergentes a la verdad; pero fue siempre tan grande la coacción del pasado, unas veces como persecución oficial y otras como resistencia de seculares rutinas, que los más transigieron con ciertas mentiras vitales que las supersticiones reinantes hacían considerar necesarias para el mantenimiento del orden social. En vano gimió alguno su irrevocable *¡E pur si move!*; en vano escribió algún otro su *Reivindicación de la libertad de pensar*; el principio de autoridad —político, religioso, social, universitario—, puso un candado en las bocas heréticas y casi todos los grandes filósofos callaron las "verdades peligrosas" o las renegaron defiriendo a las creencias vulgares.¹

Por otra parte, los criterios sobre la verdad varían con el tiempo y con las circunstancias. Las verdades de ayer son las mentiras de hoy o vice-

1. —José Ingenieros. "Proposiciones Relativas al Porvenir de la Filosofía", pág. 17. Editorial Losada. Buenos Aires, 1947.

versa. Se necesitó el coraje de políticos interesados en el cambio social para imponer verdades que hoy son corrientes en la ciencia política como las de la igualdad de hombres y de pueblos, que aún siguen discutiendo filósofos trasnochados para negar oportunidades a los oprimidos y a los desheredados, sin que dejen de participar en esa mentira políticos, que con ello defienden intereses y formas de poderío.

El hombre es él y sus circunstancias, afirma Ortega, y esas circunstancias determinan sus verdades. Lo que para unos es bueno y útil para otros resulta reprobable. El político, el gobernante, tiene que buscar la mayor utilidad para el mayor número y en esa forma convertirá en verdad lo que negarán con encono los que en el mayor bienestar se sientan afectados. "Todo se ve del color del cristal con que se mira", afirmaba el poeta, y un ilustre tratadista del Derecho Político decía: "las nuevas prescripciones de bondad y las nuevas posibilidades de vida común no se inician en la sociedad como un todo. Las ven primero unos pocos y no siempre las reciben con agrado las mayorías. En cualquier caso se tarda algún tiempo antes de que la visión de esos pocos se acepte de modo tan general que pueda convertirse en una norma social y ser reconocida por el Estado. La distinción de contenido entre la pauta moral mínima reconocida por los derechos que mantiene el sistema jurídico y la vida moral libre vivida bajo la protección de esos derechos no es algo fijo. Llega un momento en que las tumbas de los profetas se construyen en los muros de la sociedad."¹

Entre los pocos a que se refiere Lindsay, que intuyen la verdad, la propagan y llegan a imponerla se encuentran políticos, y esas verdades, que parecían mentiras para muchos han costado sacrificios y esfuerzos, ardorosa fe en los destinos de la humanidad, en los cuales se afianza, cuando es auténtico, el deseo de poder, la ambición de dirigir, a fin de hacer posible la verdad que se intuye y que es pasión desbordante en el político verdadero.

Característica de toda sociedad organizada es que unos manden y otros obedezcan, es decir, que haya gobernantes y gobernados, dirigentes y dirigidos.

El político verdadero es, por definición, el que ejerce el poder, o lucha por alcanzarlo y para cuyas funciones ha de entenderse que tiene ade-

1.—A. D. Lindsay, *ob. cit.*, pág. 136.

cuada preparación. El poder, la función política, dentro de los regímenes dictatoriales, los ejerce el dirigente en su propio nombre. El impone la norma y la hace ejecutar. La discusión de lo que debe hacerse y el cómo hacerlo es fijado en forma autoritaria, en las órdenes que imparte. Se da por descontada la aceptación de los gobernados, que no tienen oportunidad de disentir. La expresión de Luis XIV: "El Estado soy yo" define en forma gráfica la naturaleza política de esa clase de poder y de dirección.

En los regímenes democráticos, los poderes políticos del dirigente emanan de los dirigidos, que en él se sienten representados. El reúne la voluntad de todos y la expresa en un acto de poder, en el cual da satisfacción a las aspiraciones, deseos y necesidades del pueblo gobernado. Estas dos maneras de gobernar señalan las diferencias entre autocracia y democracia, pero no indican diferencias en la naturaleza del poder ejercido por el dirigente político. Tanto en el dirigente autocrático como en el dirigente democrático la voluntad de mando y dirección emanan de un impulso interno avasallador o deseo de ejercer el poder. Pero no el deseo en su forma imprecisa, que puede no llegar a materializarse en un hecho real, sino de la naturaleza de la vocación, que es dirección del espíritu hacia un objetivo, en cuya realización y sólo en ella encuentra sosiego el ánimo batallador del político. Pero la vocación, el impulso absorbente, el inquebrantable esfuerzo por alcanzar el poder y ejercerlo, por realizar la función política de dirección, no se queda tampoco en la pura vocación. Esta debe ir acompañada de la aptitud para el comando. Así se confirma la recia personalidad del líder, entera en la resolución, hábil en la determinación de los objetivos y en la selección de los medios para lograrlo. Sigue su impulso, pero lo condiciona al cumplimiento de una misión en la cual están presentes los grandes valores en que su espíritu vive inmerso. Sin sometimiento a una escala de valores, sin la adhesión a los requerimientos de la comunidad que vive dentro de determinados marcos valorativos, tampoco puede darse dirigente político auténtico.

Ya lo expresaba Spranger en significativas frases: "Sólo quien obediéndose a sí mismo se somete en la propia intimidad al requerimiento del sumo valor, posee las cualidades necesarias para guiar convenientemente a los demás y someterlos al influjo de la propia orientación valorativa".¹

1.—*Spranger. Ob. cit.,* pág. 242.

Podría pensarse que ese sometimiento a los valores que modulan la vida de una sociedad inhabilitaría al dirigente para promover y realizar los cambios que la constante movilidad del mundo y de la sociedad consideran necesarios. De ninguna manera. Para proponer el cambio el político ha de considerarlo primero como necesario y sentirlo él como tal. Para hacer cambiar a otros que están bajo nuestra dirección es necesario que ya antes se haya operado en nuestro espíritu una transformación en el sentido que propiciamos y haga promover en los dirigidos no sólo una actitud de aceptación sino un movimiento dentro del cual el cambio aparezca como reflejo del propio querer, que el líder no hace otra cosa que acoger y propagar.

En las funciones de comandar y obedecer se produce una interpenetración estrecha y permanente y el dirigente lo es en la medida en que, sin dejarse arrastrar, pueda aprovechar lo que de los gobernados viene para incorporarlo como forma expresiva de su propia obra de dirección. Así, dejándose influir, influye. Ha de saber obedecer, porque sólo así podrá regular el efecto y alcances de sus disposiciones y en la ley, que es un lazo anterior a él, o que viniendo de él le obliga, igual que a los gobernados, deberá encontrar siempre el instrumento de realización de su destino de orientador. Otra vez las palabras de Spranger sirven para expresar este pensamiento. "El que ha de educarse para mandar ha de aprender, en *primer término*, a reconocer una ley y a obedecerla. El camino hacia el dominio sólo pasa por la obediencia y el camino hacia la obediencia propia en el desarrollo del espíritu individual pasa por la obediencia de otros". Esta obediencia es el precio que ha de pagarse por hacer obedecer a los demás. "Nadie acaba más preso en la dependencia que quien aspira a situarse a la cabeza y se lanza a la lucha por el poder".¹ En un libro nuestro, "El Concepto del Líder", conocido poco en Venezuela, analizamos la personalidad del líder, en cuyas características no podemos insistir sin alargar demasiado este trabajo. Sin embargo, diremos que el político es una clase de líder, colocado en el tope de la escala de dirección del Estado. No debe confundírsele con el funcionario público, simple ejecutor técnico de las determinaciones políticas del gobernante. Cuando los funcionarios asumen actividades de dirección política, dado que aspiran a llevar su visión recortada de especialistas a las funciones del Estado, la política se convierte en menester sin proyecciones y sin altura. La burocracia es buena si realiza eficientemente sus

1.—*Spranger. Ob. cit., págs. 236 y 241.*

funciones administrativas y se hace acreedora a respeto y consideración mientras mejor interprete los programas, los planes, las orientaciones fijadas por los políticos que dirigen desde los cargos de comando del Estado. Su ineficacia, muchas veces entorpece la labor creadora del político y sus vicios se reflejan en la administración, salpicando las vestiduras de aquél. Pero, así como no se puede prescindir de los engranajes que mueven una máquina, el político tiene que contar con la burocracia, que a menudo es una pesada carga, lastre en el fondo del barco, que puede servir para mantenerlo a flote o para producir su hundimiento. Allí también se revelará el juicioso criterio del político de casta. Seleccionar sus colaboradores entre los más capaces y entre los mejor compenetrados de sus planes y de sus ideas será siempre ideal. Pero en los países en los que la burocracia forma una clase con escalafón y estabilidad, cuando más podrá lograrse agilizar el trabajo desde los cargos de comando, donde actuarán como espuelas, hombres que por la obra política empeñarán su honor y están dispuestos a realizarla, defenderla y exaltarla.

Mantener la política a la altura de la idea, liberándolo de la acción de los segundones desprovistos de iniciativas y carentes de ideales, apetitos solamente o mediocre consagración a un menester rutinario, es labor de exaltación del noble espíritu que lleva al político hasta la dirección, no para el beneficio, sino para el servicio esclarecido de una causa, la causa del pueblo.

La acción del político no es pastoreo de fantasmas sino dura labor de realidades. Don Quijote peleará contra los molinos de viento. El poeta, con ciego entusiasmo se bate "contra la gigantesca sombra de los caminos". En la ruta del político acechan injusticias reales, la miseria y el hambre populares, la incultura de una masa que sufre abandono y busca amparo. Aspas que mueve el viento de una pasión desenfrenada de apropiación y de despojos son enemigos ciertos, contra los cuales ha de convocar el gobernante las potencias todas de un encendido espíritu de lucha. Desde el poder el político puede realizar el bien que anhela y evitar el mal que detesta, si se pone por encima de sus miserias instintivas y alza la acción de gobernar más allá del menester cotidiano, para entrar en la historia. Desde la oposición el político puede y debe, sin la arteria y la mentira, que rebajan y envilecen a quien las usa como medios de lucha, orientar la acción del gobernante e impedir que se desvíe del noble objetivo concebido en los programas. Oponerse es también responsabilidad de gobierno, si se ejerce con espíritu levantado. Sólo una miope concep-

ción de la política, puede convertir la oposición del que aspira a gobernar también en un respiradero de calumnias. "La vileza y la deslealtad, afirmaba Von Eckardt, siempre serán un error en la política, puesto que el éxito no se conseguirá sin el asentimiento de la opinión pública procedente de la masa".¹

Quien predica el desastre y lo propicia no merece gobernar, porque sobre el desastre no puede construirse. Cato Paúl, convocando la anarquía como furia devoradora para conquistar la libertad de la patria en 1811, en hermosa frase demostraba una demagógica actitud, distante de la certera previsión del político, que asomaba ya en Bolívar, de su misma generación, quien pedía eliminar vacilaciones y poner sin temor "la piedra fundamental de la libertad americana" que, ese mismo día 5 de julio de 1811, colocó el Primer Congreso de Venezuela al declarar la Independencia.

Hacer la política implica vivirla en todos sus peligrosos contratiempos y en todas sus hermosas perspectivas, mirando al porvenir, pero afincado en las realidades del presente. Contra la acción del político se concitan ocultas fuerzas. Los pequeños no le perdonan su encumbramiento, los otros le discuten la oportunidad. Sólo el pueblo sabe medirlo en su justa dimensión. El político sincero buscará en esta medida y sólo en ésta la estatura cabal de su destino.

1.—*Von Eckardt. Ob. cit., pág. 160.*

las edades y la convivencia

ENTRE LOS HECHOS que más hondamente están modificando la estructura de la vida en nuestro tiempo se cuenta éste: la duración normal de la vida humana ha aumentado en unos quince años. Adviértase que no digo la duración "media". Esta ha aumentado mucho más, en gran parte a causa de la enorme disminución de la mortalidad infantil y de la victoria conseguida por la medicina y la cirugía recientes sobre tantas graves enfermedades. La vida "media" es, por eso, una noción engañosa, en todo caso distinta de la que aquí me interesa: la longevidad media del hombre adulto, es decir, la duración normal de la trayectoria vital completa, esto es, la de los que no mueren "antes de tiempo".

Hasta hace poco tiempo, hasta finales del siglo pasado, el horizonte de la vida se cerraba hacia los sesenta años. Pocos hombres pasaban de esa edad, y esas excepciones en estado de cierto "deterioro" físico que daba connotaciones deprimentes a la palabra "sexagenario". En muchos casos, la legislación lo reconocía así: en España, al menos hasta hace pocos años, los hijos de "padre sexagenario", como los hijos de viuda, estaban exentos del servicio militar. Hoy, la expresión "un anciano de sesenta años" no nos suena enteramente mal, porque es habitual, pero nunca se nos ocurre ver como anciano a un hombre de esa edad, y si se lo llamásemos a alguno, acaso nos probaría de manera contundente que no lo era. El horizonte de la vida se ha prolongado hasta los setenta y cinco años cuando menos; y los que rebasan en plena forma esa edad no son, ni mucho menos, excepciones aisladas, aunque no lleguen a constituir *todavía* un "grupo de edad" existente y actuante en la sociedad de nuestro tiempo.

Todavía no sabemos bien cuáles van a ser las consecuencias de esta nueva situación. No me refiero a la totalidad de las consecuencias prácticas y de hecho, sino, antes que a esto, a las consecuencias que podríamos llamar "estructurales". La trayectoria vital es ahora considerablemente más larga, y por ello más "tendida", tiene una figura diferente. ¿Cuál es, cuál va a ser su articulación, es decir, el esquema de sus *edades*, y por tanto de las generaciones, y por consiguiente de la convivencia? En mi libro *La estructura social* (2ª ed., Buenos Aires, 1958) he intentado iniciar el planteamiento de este problema. Normalmente estaban en presencia activa tres generaciones simultáneas, definidas por otras tantas "zonas de fechas" de quince años. Al prolongarse la duración de la vida, ¿aumentará la de las generaciones, aproximándose a los veinte años, y alterando de este modo el *tempo* de la historia? ¿O bien se conservará el intervalo anterior, pero estarán *en presencia* cuatro generaciones activas en lugar de tres? Esto introduciría un "personaje" más en el escenario histórico, y modificaría sustancialmente el "argumento" del drama que es la vida colectiva.

Ambas posibilidades son reales, y creo muy difícil por no decir imposible, decidir *a priori* cuál va a ser la forma que adquiera en el futuro próximo el esquema de las generaciones y su interacción. Sólo la observación empírica podrá mostrarlo, cuando un tiempo considerable de longevidad estadística consolide la nueva situación y la convierta en factor de la *estructura* de la vida colectiva. Pero puede uno preguntarse "hacia dónde se va", cuáles son las tendencias incoadas, cuáles son los fenómenos conexos que empiezan a hacerse visibles en algunas sociedades (y acaso no en otras), cuáles son los riesgos que ciertos de entre ellos envuelven, qué posibilidades nuevas nos descubren.

Para empezar por algunas de éstas, hay que señalar un período más largo de madurez y utilización de las experiencias acumuladas, incluso la más importante de todas, la *experiencia de la vida*. El hombre invierte mucho tiempo en su desarrollo, en la adquisición de destrezas vitales, en la información acerca del mundo. La brevedad de la vida ha hecho durante la mayor parte de la historia conocida que el tiempo disponible para la utilización de todos esos saberes sea sumamente corto, una exigua fracción de la totalidad, y además insuficiente para empresas de largo aliento. Se podría esperar que desde ahora las cosas no fuesen así, que el "rendimiento" humano fuese mayor y, por añadidura, cualitativamente distinto y superior. Una consecuencia inmediata de esto

—a menos que estuviese compensado por otros factores— sería una *aceleración del tempo* de la variación histórica, y con ello un incremento de su carácter creador e innovador. Es decir, que —paradójicamente— la innovación *histórica* sería más cosa de viejos que de jóvenes, porque consistiría principalmente en la “maduración” de ciertas posibilidades que sólo la longevidad de amplias promociones lleva a su plenitud y cumplimiento. La “cosecha” —si vale la expresión— de esas posibilidades históricas se malogra usualmente por falta de tiempo para extraer las consecuencias de lo que se inicia lentamente en la primera parte de la trayectoria biográfica.

Por otra parte, la longevidad media, al mostrar en presencia un número mucho mayor que antes de hombres de edad avanzada, y lo que es más, de distintos “niveles” de edad o generaciones, enriquece la experiencia del joven y suple en él, anticipándola virtualmente, la que personalmente aún no ha podido adquirir. Esto, si no estuviera contrarrestado por otros factores, llevaría a un aumento de precocidad, que sería otro motivo de aceleración del ritmo de la historia.

Pero esos factores pueden existir. De hecho, aunque no en todas las dimensiones, la adolescencia y la juventud se prolongan de muy diversas maneras, según las diferentes sociedades. Por ejemplo, es frecuente en algunos países que el joven se instale largos años en una dependencia económica respecto a sus padres: la condición de “hijo de familia” dura más allá de lo que podría pensarse, más de lo que en otros tiempos se consideraría justificado y hasta “digno”. En algunos casos esto lleva al matrimonio tardío, a la vinculación prolongada a la casa paterna en forma pasiva; en otros, a la dependencia del matrimonio joven respecto de los padres, al menos durante una primera fase que puede ser bastante larga.

Paralelamente, la conciencia muy acusada de juventud lleva al hombre a sentirse disculpado de no hacer en muchos años obra intelectual, literaria, artística que pueda considerarse madura, “adulta”, es decir valiosa aparte de toda consideración de edad. Se multiplican las revistas “de jóvenes”, los movimientos juveniles, etc., cuyos participantes frecuentemente han cumplido los treinta años, y acaso los cuarenta. Con frecuencia se olvida que lo normal ha sido una relativa precocidad; es decir, que a los treinta años, quizá antes, la mayoría de los intelectuales o artistas creadores han dado, si no su medida, por lo menos una primera medida “adulta”, no una mera promesa, sino una realidad su-

ficiente y que ha solido "quedar". En disciplinas que toleran la precocidad, como la matemática, la música o la poesía, desde luego; pero incluso en aquellas otras que parecen reclamar mayor madurez, como la filosofía, la novela o las artes plásticas, a los treinta o treinta y cinco años han solido dar alguna obra maestra los que habían de ser capaces de hacerlo alguna vez. Las excepciones no son más que eso, excepciones. Hoy, con frecuencia nos sentimos inclinados a juzgar con estimación y benevolencia una producción intelectual o literaria, pero ese juicio se vuelve problemático e inseguro tan pronto como caemos en la cuenta de que el autor no tiene veinte años promisorios, sino treinta y cinco, que deberían ser cumplidores.

Este fenómeno coexiste con otro que aparentemente es de carácter opuesto, pero que si se mira bien tiene profunda afinidad con él. Me refiero a la frecuencia con que el joven, tan pronto como produce una obra relativamente lograda, capaz de entrar en circulación efectiva y "cotizarse" en lo que podríamos llamar el mercado abierto, se considera —y es considerado por los demás— como una *realidad suficiente*, como alguien que ha "llegado". Podríamos decir que, mientras tarda mucho tiempo en "darse de alta" *individualmente* —respecto a la exigencia interna de cantidad y calidad de producción—, se da de alta *socialmente* tan pronto como ha alcanzado lo que podríamos llamar el "umbral" de la existencia pública. Y si lo primero lo llevó a sentirse durante muchos años en franquía para "ensayar" y prometer, lo segundo lo hace contentarse con ese primer nivel alcanzado y, en muchos casos, quedarse definitivamente en él. Recuérdese cuántas son, en los últimos veinte años, las figuras intelectuales o literarias que han sido saludadas con fácil elogio desde su primera salida, y que al cabo de poco tiempo han vuelto a ingresar en el desconocimiento y la indiferencia, porque no han podido hacer efectivo el crédito que se les concedió desde el primer momento. (Un fenómeno análogo al de la mayoría de los *best-sellers*, que después de venderse fabulosamente durante unos meses o un año, pasan a no ser vendidos ni leídos por casi nadie, y no se incorporan al grupo de los libros que permanecen vivos durante muchos años o acaso siglos).

Estos dos peligros me parecen considerables y nada ficticios. Ambos, conjugados, están comprometiendo el porvenir intelectual de un par de generaciones —cada generación tiene sus virtudes, sus tentaciones, que sería urgente conocer y filiar con precisión—. Intentaré explicar sus

raíces y, por otra parte, mostrar cómo influyen en la convivencia y en las formas de la vida colectiva.

Una pista para comprender estos fenómenos es el hecho de que son mucho más visibles en los países cuyas sociedades han estado afectadas por discontinuidad e inseguridad, y permanente o al menos frecuente privación de libertad. En ellos se ha suspendido o se ha perturbado el mecanismo normal de la transmisión, y no menos el de la estimación pública. En muchos casos, grandes porciones del cuerpo intelectual han quedado excluidas o, si no tanto, relegadas a las "tinieblas exteriores"; a la inversa, se han fabricado "prestigios", a veces improvisados con urgencia, para apoyar a un partido, un grupo social o incluso para levantar la moral del país, quebrantada por recientes descalabros y fallos históricos. En la *Introducción a la Filosofía* me ocupé hace doce años largamente de este tema de los prestigios, y de la jerarquía estimativa, que me parecía particularmente importante y hoy me lo parece todavía más.

Los prestigios "improvisados" tratan de afirmarse defensivamente; no están seguros de sí mismos; no se han afianzado *a posteriori*, acaso penosamente, haciendo sus pruebas, conquistando paso a paso y no sin lucha la estimación pública. Gozan de un crédito *a priori*, y evitan toda comparación; por eso propenden a cancelar el pasado, a introducir la discontinuidad, a "empezar en cero". Por eso está en crisis en tantas partes lo que suelo llamar el *sistema de la filiación intelectual*.

Frecuentemente los "consagrados", que en circunstancias normales ejercen una función de crítica, exigencia y aliento para el esfuerzo, por inseguridad, por espíritu de adulación, por el afán de conseguir "clientelas", por el temor a una presión política —por "conformismo": con el poder o con la oposición—, invierten su papel. Y prodigan irresponsablemente elogios que son, literalmente, corruptores para los jóvenes. Cuando de un joven novelista se dice que *es* Dostoiewski o Stendhal, se compromete gravemente que llegue a serlo nunca. Hace diez o doce años, un muchacho español hizo una exposición de pintura —a mi juicio poco esperanzadora— en París; un crítico famosísimo, *grand Manitou* de los medios artísticos franceses, en la presentación, venía a decir esto: España es un país de sorpresas y revelaciones inauditas; un día es Velázquez; otro día es Goya; después es Picasso; finalmente, el nombre de aquel muchacho del que no he vuelto a oír hablar, quizá a causa de esto precisamente.

Es muy improbable que un joven —a menos que tenga una vocación intelectual o artística a toda prueba— haga los *enormes* esfuerzos que su labor requiere después de haber gustado, casi “gratis”, la expresión de estimación pública prácticamente insuperable. Y cuando, por falta de interés en ello, esa actitud no se prolonga, cuando es sustituido en el favor por otros recién llegados y se siente abandonado a la indiferencia, en un tanto por ciento de los casos muy elevado, lo invade el desaliento y se acoge a ocupaciones utilitarias, acaso aprovechando los restos o los ecos de aquel favor primerizo.

LA REPERCUSION sobre la convivencia que estos fenómenos tienen es considerable, y muchas veces perturbadora. El efecto más importante sería lo que podríamos llamar una identificación del tiempo del joven con el tiempo presente. Me explicaré. Cuando el joven —no tan joven como hemos visto— alcanza el “umbral” de la existencia pública y se da socialmente de alta, tiende a considerar que *él es el presente*, y que, por tanto, *todo lo anterior es el pasado*. La actitud consecuente es el intento de hacer almoneda de todo lo que había en su sociedad antes de que llegara, darlo por inexistente y persuadirse de que está inaugurando una época, de que empieza en “cero”. Con esto se dispensa además de conocer lo que existe, salvo una ocasional utilización táctica.

Se dirá que esto es lo normal, que se trata de la perpetua “rebeldía” de los jóvenes contra los viejos. Creo que es algo bien distinto y de signo casi contrario. Los jóvenes han sido siempre rebeldes —quizá hoy menos que lo normal, dicho sea de paso—; han polemizado con las generaciones anteriores, incluso en el caso de que hayan adherido a su *empresa*, de que hayan sido generaciones “cumulativas”, pues han afirmado, hasta agresivamente, su modalidad, su matiz peculiar, su pretensión propia e irreductible. Pero todo eso, rebeldía y lucha, supone el reconocimiento de *aquello con lo que se lucha*. Los jóvenes rebeldes no han creído nunca que eran el presente; han creído, por el contrario, que eran el *futuro*; el presente eran los otros, mayores, que estaban ahí, como estímulo, desafío, *challenge*; como “lo existente”, lo vigente, que servía de resistencia, patrón de medida, enseñanza y término de comparación. Los jóvenes nunca creían que “habían llegado”; se sentían en marcha, con un largo camino por delante, obligados si acaso a *desplazar* del escenario público —se entiende, “en su día”— a los mayores, y a superarlos *cuando llegase su hora*. Cuando los escritores mozos de

la generación del 98 polemizaban contra los realistas y Echegaray, ni por un momento se les ocurría que éstos hubiesen "pasado" —si así hubiera sido, ¿para qué combatirlos?—; estaban persuadidos de que eran el presente, la actualidad, y acaso iban a seguir siéndolo bastante tiempo; ellos contaban con el porvenir.

En el fondo, hay un equívoco en estas expresiones. Si se entiende *presente* como *vigente*, es claro que los jóvenes no son sino el futuro, y el presente son los maduros y los que se acercan a la vejez. En rigor, el intelectual responsable y con confianza en sí mismo, aun mayor de cuarenta años, incluso al filo de los cincuenta, se siente como perteneciente *principalmente al futuro*, se ve a sí mismo como un "todavía no", sabe que por fortuna no ha "llegado", sino que está *in via*. Dicho con otras palabras, que desde el punto de vista histórico-social es "joven". Pero, por otro lado, todo lo que actúa *es*, quiero decir, es *presente*, y el joven que lucha y se esfuerza, rebelde o no —esto es secundario—, pertenece íntegramente a la actualidad. Porque ésta es *múltiple*; el presente histórico está constituido por la coexistencia e imbricación de varios *niveles* —por eso es *histórico* y *móvil*—, en tensión dinámica. La negación de uno o varios de ellos, el intento de relegar al "pasado" precisamente lo que es plenamente actual, es decir, *vigente*, no puede hacer más que provocar un estancamiento, hasta donde la historia misma lo tolera, y en definitiva la esterilización de las generaciones que lo intentan. Estos son algunos de los factores que compensan negativamente la aceleración del *tempo* de la historia, consecuencia del aumento de la longevidad normal. Mientras la marcha de las cosas promete introducir *un personaje más* en cada presente, en cada "hoy", y hacerlo cuádruple en lugar de triple, estas propensiones que he tratado de caracterizar amenazan con su mutilación y simplificación, con hacerlo doble o acaso simple.

Buena parte de los movimientos políticos de los últimos decenios han sido (y como supervivencia son aún) *juvenilistas*. A esa actitud responden también otros fenómenos distantes de la política, en la convivencia, en la vida intelectual. El diagnóstico usual es que se trata de "tiempos de jóvenes". Estoy muy lejos de pensar en eso. Más cerca estoy de la opinión contraria. En otro lugar he dicho que los jóvenes no pueden ser *juvenilistas*, como nunca lo fueron, sino al revés, los juveniles románticos, que solían hacerlo todo antes de los treinta años. Lo propio del joven es la juventud, no el *ismo* que la sustituye; y si acaso,

ponerse años, enamorarse de la mujer madura, y, en lugar de cantar *Giovinetza*, emplearla en cantar el otoño y las hojas del árbol caídas. El horizonte de la vida histórica, a pesar de los fieros males que nos amenazan, me parece, y por razones *estructurales*, sumamente esperanzador. Para que estas promesas se realicen hace falta una condición que en algunos países se cumple, que en otros se echa de menos: el comportamiento juvenil —generoso, luchador, rebelde, afirmativo, esforzado, futurista— de los jóvenes.

observaciones sobre la educación del campesino americano

EL MAESTRO de la ciudad desea educar al campesino americano. Es decir, moldearlo a su imagen y semejanza, como Dios hizo al hombre. Esa es una empresa noble, pero de gran responsabilidad.

El campesino constituye la mayor parte de nuestro pueblo continental, y nuestro pueblo necesita integrarse. No podemos seguir divididos entre minorías intelectuales, clases medias culturales, y mayorías analfabetas. Mientras el esfuerzo de los educadores se dirija sólo a enseñar el silabario, no puede haber discusión; el campesino gana mucho y nada pierde con aprender a leer.

Pero "leer" es verbo transitivo. ¿Leer qué? ¿Leer para qué? Leer es un medio de educarse, igual que comer es un medio de nutrirse. La educación, como la nutrición, puede ser adecuada a las necesidades, inocua, o hasta nociva.

Cuando el hombre derriba la selva milenaria para convertirla en finca, no introduce necesariamente "la cultura". La selva es en sí misma una cultura. Una cultura limitada, pero estable y probada. Una cultura que "produce poco": unas cuantas flores que la adornan, y unos cuantos frutos que alimentan unos cuantos monos.

Esa es una cultura "ineficiente", de "baja productividad". Cuando se tumba el bosque se puede utilizar todo el árbol, recogiendo de una vez la cosecha de una vida; como cuando se hace cautivo al hombre primitivo, y se le utiliza sometándolo al rigor del trabajo cotidiano. "No ha costado nada" producir aquel árbol, o aquel hombre. Pero después de la voltea suelen venir solamente el fuego y la siembra. La "agricultura" del hombre imprevisor. En lugar de la selva crece una milpa. Y en los

años siguientes otra milpa y otra milpa, y pronto la erosión, y finalmente el abandono.

De momento la milpa "produce más" que el bosque, porque alimenta muchos hombres en vez de pocos monos. Pero la milpa es una cultura que no mantiene sus propias raíces, y se esfuma. En cambio la selva es una cultura que se perpetúa.

Vamos a enseñar a leer al campesino americano. Por segunda vez tendrá un hacha nueva: mientras usó el hacha de piedra, casi no pudo hacer el daño de tumbar el bosque; cuando adquirió el hacha de acero comenzó a suicidarse arrasando la cultura selvática sin introducir una cultura estable; ¿qué hará luego el campesino con el hacha de tinta y papel?

SI VAMOS a educar al campesino americano, será para que se incorpore a la vida de medio siglo veinte. Debemos comenzar por entender qué es esa vida.

Es fácil engañarse creyendo que la lucha por levantar el nivel económico de los pueblos es antigua y permanente, y que se proyecta sin fin hacia el futuro. Es difícil ver que la revolución económica de hoy es sólo una etapa de la historia universal. Un período que tuvo su comienzo y que tendrá su fin.

Los hombres de hoy nacimos en el ambiente de la revolución económica, y no pensamos más que en la abundancia material; como un niño romano que nació en la época de expansión del Imperio, y no oyó hablar más que de conquistas militares; o como el hijo de un cruzado medieval que nació cuando casi no había en su mundo más preocupación que la de liberar el Santo Sepulcro, marchando a Jerusalén.

Pero ni el esfuerzo de las Cruzadas cristianas, ni el avance del Imperio romano, ni la presente lucha por generalizar el bienestar de los pueblos, constituye en sí la historia de la humanidad. Cada movimiento vive su hora, y pasa.

Por milenios antes del Imperio, a ningún espíritu inflamó la gloria de Roma. Por milenios después, esa gloria estará en los museos y en los anales de los hechos pasados. Antes y después de las Cruzadas, la fe cristiana no ha consistido fundamentalmente en marchar hacia Jerusalén.

Indudablemente la humanidad fue otra después del Imperio, y después de las Cruzadas, y será otra después de la revolución económica. Cada movimiento deja su huella en el género de vida de la sociedad humana.

Pero los grandes movimientos de las grandes épocas no son un fin en sí mismos: son el medio de transformación social de su tiempo.

Así la revolución de nuestro tiempo. Durante seis o siete mil años de civilización no se concibió la idea de levantar el nivel económico de los pueblos. Los pueblos no tenían nivel económico. Servían a sus amos y comían, como sus antecesores cazaban y comían, y como sus antecesores escalaban los árboles y comían. Comer y beber fueron las aspiraciones populares permanentes. Sólo unos pocos privilegiados disfrutaban de alguna abundancia, o de mucha.

Todavía en tiempos recientes, en época de los siervos y los artesanos gremiales y los señores feudales, ¿quién se impacientó mientras hubo comida, quién pensó en una sociedad cuyo trabajo coordinado produjera la abundancia para todos?

La lucha económica es reciente. La tecnología la hizo posible y la democracia la hizo necesaria. Tiene raíces que arrancan de épocas antiguas, pero, en su forma actual, no tiene día ni año de nacimiento. El mapa de los períodos históricos no suele mostrar fronteras precisas. Apenas podría decirse que la lucha económica emprendió su crecimiento visible, vigoroso, por entre las malezas de la tradición y la apatía, en los últimos cortísimos dos siglos.

En 1776 apareció en Inglaterra "La Riqueza de las Naciones", que fue la primera descripción de la cruda lucha económica incipiente. En 1776 se independizaron los Estados Unidos, que habría de ser el primer país donde la lucha económica llegaría a su fin .

¿Llegará a su fin la lucha económica? Sí. A los hombres de hoy, del género "homo economicus", eso nos parece imposible. Pero sucederá. En una generación más, en el último cuarto del siglo veinte, los Estados Unidos (y tal vez algún otro país) se encontrarán donde nunca se encontró la humanidad: ante la gran interrogación de qué hacer con la abundancia.

Sobre lo alcanzado hasta ahora la automatización disminuirá aún más las horas de trabajo, y aumentará las de ocio. ¿Qué hacer con el ocio? Millones de seres humanos que no han oído hablar más que de eficiencia y productividad tendrán que consultar a Sócrates o a Lin Yu Tan, y aprender a vivir una vida nueva, sin presión económica. Tendrán que educarse para adoptar una abundancia austera, culta, de superación espiritual. Será como si el soldado de acero de las falanges macedónicas hubiera tenido que guardar el escudo glorioso, y distraerse apacentando ovejas y leyendo las tragedias de Esquilo.

QUEREMOS educar al campesino americano para la vida de medio siglo veinte. Debemos adiestrarlo para la lucha económica. Pero debemos tener presente —ese es mi tema de hoy— que nuestra etapa histórica ya ha llegado a su cumbre, o ha comenzado su descenso.

Ningún pueblo de los que hoy marchan a retaguardia podrá quedarse mucho tiempo atrás. Las fuerzas de integración son cada vez más poderosas. Tampoco podrá ninguno saltar la etapa de la lucha económica. Todos tendrán que prepararse, y librarla. Tendrán que aprender las técnicas de la producción en agricultura, en mecánica, en ciencias administrativas. Tendrán que saber de eficiencia, productividad, mejoramiento del nivel de vida. Esa terminología corresponde al tren de la revolución económica, y todos los pueblos tendrán que tomar ese tren.

Nótese que las dos grandes sociedades competidoras de nuestro tiempo, la sociedad norteamericana y la soviética, en ese sentido han tomado el mismo tren: el tren de la eficiencia, la productividad, la tecnología. Se dice que Rusia ha pospuesto mucho tiempo, en su desarrollo reciente, el mejoramiento del nivel económico del pueblo. Pero Europa hizo lo mismo en su época, y luego los Estados Unidos hicieron lo mismo: la lucha social, el esfuerzo de distribución, vino cuando ya estaba avanzada la lucha económica, que es el esfuerzo de producción.

Para los países que hoy inician su desarrollo, esa es una lección dura, casi imposible de seguir, especialmente por el cauce democrático: los pueblos hoy quieren distribución inmediata, —jornales mejores, obras y servicios públicos, seguridad social— existan o no los medios de producir la abundancia.

Para nosotros la época de la acumulación pasó, sin acumular. Lo poco que produjimos lo comimos. No analicemos aquí las causas de ese fenómeno, que se originan en buena parte en la injusta relación del comercio exterior. Lo cierto es que a los países retardados de hoy nos toca librar simultáneamente la lucha económica y la lucha social. Ese milagro que no hicieron a su tiempo los países ahora avanzados, y que tal vez sólo puedan repetirlo, a un alto precio espiritual, los regímenes totalitarios, no podríamos intentarlo ahora en las naciones democráticas si no hubiera aparecido en nuestra era un factor nuevo: la posibilidad de la cooperación internacional.

La cooperación internacional —que debiera comenzar por regular los precios de intercambio entre los países ricos y pobres—, no es solamente posible, o necesaria, en nuestro tiempo: es inevitable. El mundo tiende

a integrarse. Al menos el Mundo Occidental está obligado a integrarse en nuestros días. Y no puede haber integración sin solidaridad.

La cooperación internacional hará que el desarrollo económico y social de los pueblos atrasados no necesite unos cuantos siglos sino unas cuantas décadas. La experiencia y la tecnología se difunden rápidamente. Cuando el hombre aprendió a volar, no voló sólo en un país, sino en todos. El hombre ya sabe ahora producir la abundancia, y la abundancia vendrá con la rapidez del avión para todos los pueblos.

Al campesino americano hay que educarlo para la lucha económica, que es un trecho de camino insalvable, pero a sabiendas de que es eso: un trecho de camino. El educador debe saber que hay algo más.

LOS MOVIMIENTOS educacionales tienen una gran inercia. Necesitan tiempo. No pueden hacer virajes rápidos. No pueden improvisarse cada década. Por eso el educador debe fijar la vista lejos. Si hemos de pasar en pocas generaciones de la miseria a la abundancia, necesitamos educarnos, como sociedad, para ambas situaciones. Necesitamos una cultura integral, que dé a la lucha económica la importancia que tiene, pero solamente como un medio de mejoramiento humano y social.

Por otra parte, el educador ha de ver que la cultura económica puede constituir por sí misma el enriquecimiento. Un pueblo preparado para producir es un pueblo rico. El pueblo alemán lo acaba de probar, a raíz de la destrucción de sus fábricas en la Segunda Guerra Mundial. Diez años después, Alemania está mejor que antes. La verdadera riqueza acumulada es la preparación para el trabajo. Las fábricas son de fácil reposición. Las máquinas de todas maneras deben renovarse cada cinco o diez años. El medio permanente de producción es la cultura individual, familiar, nacional.

Adiestrar mil mecánicos es una gran "inversión". La preparación de los maestros cuesta más, y vale más, que la construcción de los edificios escolares. Los empresarios y los administradores valen más que las instalaciones. Los ingenieros y los economistas constituyen una de las inversiones más reproductivas de cualquier país.

Estos son lugares comunes para algunas personas, pero no para todas. Por eso los repito. De otra parte, la educación económica como inversión de primer orden, puede objetarse filosóficamente. Pero es inevitable. La marea de nuestra civilización, para mal o para bien, no dejará tierra seca en ese campo. La esperanza está en la cultura general.

PARA LOS FINES de este artículo no me preocupa tanto el educando, el campesino americano, como el educador. El educando puede no tener visión histórica del momento en que se educa. El educador debe tenerla. El educando tal vez no alcanza a mirar por encima de la colina que va subiendo. El educador debe mirar desde arriba.

Yo quisiera que el educador americano mirara el camino de nuestro pueblo desde una cima alta. Y que viera hacia atrás las numerosas montañas que la humanidad ha ascendido, para llegar siempre a una cumbre, a una altiplanicie o a un valle. A medio siglo veinte, la vanguardia de la humanidad está llegando a la cumbre de la cuesta económica. El educador debe conocer la situación.

John Kenneth Galbraith, filósofo y economista norteamericano, de Harvard, ha prevenido a su pueblo contra el peligro de querer seguir ascendiendo ciegamente, por impulso, y sin tocar tierra, cuando ya no hay cuestas en el camino. Esa es la esencia del libro reciente, "The Affluent Society", la Sociedad Opulenta, que ha recibido en los Estados Unidos una aceptación casi increíble.

El pueblo de nuestra América se encuentra todavía al pie de la cuesta económica. Es cierto. Pero los medios de locomoción actuales son rápidos. Por lo menos los guías, los educadores, deben tener presente que esa cuesta terminará en pocas generaciones. El educador, como el navegante, debe mirar lejos: no ilusionarse con llegar a las estrellas, pero sí orientarse por ellas.

EI CLIMA de la abundancia presentará nuevos problemas. Cuando no sólo se sustituya al músculo con la máquina, sino que el cerebro se vea desplazado, en la tarea material de producir, por el computador electrónico —y esto ya ha comenzado a suceder—, el cerebro, como el músculo, necesitará nuevas tareas y nuevas luchas para no herrumbrarse por el desuso.

En todas las sociedades ha habido minorías, o al menos individuos, cuya cultura les ha permitido dignificar el ocio físico. Para tales personas el clima de la abundancia no será nuevo. Pero debemos pensar en la situación de un pueblo entero que, después de haberse ejercitado por generaciones en la refriega de la lucha económica, se encuentra en el aire enrarecido de las alturas donde unas cuantas horas de trabajo, liviano y satisfactorio, basten para satisfacer con amplitud las necesidades de toda la comunidad. Esta situación hará más útil aún el consejo del educador

latinoamericano, Dr. Luis Beltrán Prieto: "De una educación de castas a una educación de masas".

¿Que esto es una fantasía y que no hay necesidad de preocuparse? Al lector y a mí nos ha tocado ver al campesino pasar, en pocas décadas, de la carreta al avión.

Hoy más que ayer, ante la inminencia de un cambio histórico en las luchas humanas, el educador americano debe tener presente la necesidad de educar para el trabajo, y a la vez para el disfrute de la cultura. Formar a la sociedad, que tiene vida larga, y no solamente al individuo. Preparar a esa sociedad de manera que le sea menos dura la época del esfuerzo económico, que está a la vista, y menos drástica la transición de la pobreza a la abundancia, que vendrá después.

Educar al campesino americano es equiparlo para que luche por su emancipación económica, y para que llegue a la cima de la abundancia con un bagaje espiritual que le permita vivir la plenitud.

la crisis argentina

realidad social y actitudes políticas

ARGENTINA está en crisis. Es un país de abundantes riquezas naturales, con una población escasa si se considera la vasta extensión de su suelo, sin grandes problemas raciales y sin una atormentada historia que perpetúe rencores legendarios. Su paisaje es extremadamente variado; hay en él cordilleras de imponente altura y de adusta grandeza, cataratas enormes, ríos inmensos, pero, a pesar de todo, predomina en el conjunto cierta medida, como si la vasta llanura armonizara las diversas escalas dentro de un tono homogéneo y mesurado. No es un país de pasiones ni de ambiciones desatadas y parecería que la moderación es su ley. La riqueza es relativamente accesible y aun a aquellos a quienes les está vedado llegar a tenerla, les es permitido disfrutar de la esperanza de conquistarla. Es, sin duda, un país un poco retórico y formalista. Más que sensible, parecería sentimental. Por tradición, ha buscado siempre las soluciones intermedias, no sin cierta finura para la elaboración de las fórmulas. A los argentinos les ha parecido siempre que era un país destinado a alcanzar cierto tipo de equilibrio, que muchos consideraban que se confundía con la felicidad.

Y sin embargo, hace alrededor de tres decenios que Argentina está en crisis, y la tradicional imagen que los argentinos tenían de su país —cuyo rasgo predominante era la moderación y la placidez—, comienza a desvanecerse para dar paso a otra de perfil más preciso, de trazos angulosos y violentos, y con un gesto de acritud apenas disimulado en su fisonomía. Argentina está en crisis, y los argentinos —que durante mucho tiempo no quisieron creerlo— comienzan a comprender que no es posible seguir ocultándose un hecho que se impone por su propia fuerza. Con eso, la crisis empieza a ser considerada aún más grave de lo que

es en realidad, porque asoman los signos de la desilusión, que es, por sí misma, un factor desencadenante de crisis. A la placidez ha seguido el desasosiego. Y en estas circunstancias se hallan sumidos los argentinos, unánimes nada más que en su desconcierto.

Me pregunto en qué consiste la crisis y cuáles son los factores que la han producido. Como de costumbre, las primeras respuestas que han sido ofrecidas son extremadamente simplistas y consisten en considerar causas verdaderas a los simples síntomas o a los pretextos que las partes en conflicto esgrimen para defender sus comprometidas posiciones. Pero la realidad tiene pruebas de fuego para las explicaciones insuficientes, y residen en el fracaso de las soluciones que se derivan de ellas. Han fracasado las explicaciones simplistas, especialmente las que se basan exclusivamente en responsabilidades personales, o aun de una manera más general, en meros fenómenos políticos. También han fracasado las simples explicaciones económicas, así como las soluciones elaboradas en las oficinas de los banqueros. La tendencia es a buscar explicaciones más profundas y más complejas, que tomen en cuenta toda clase de factores, y que intenten medir cuidadosamente su fuerza y establecer los diagramas de los sistemas en que se combina su acción. La crisis es lo bastante urgente como para que sea imprescindible estudiar con calma sus elementos y el sentido que va adoptando a medida que se desenvuelve. Ese estudio mostrará, a mi juicio, la inadecuación de las actitudes políticas con relación a la realidad social. Pero el estudio no está hecho.

El objeto de estas páginas es solamente aproximar al lector a los términos fundamentales del problema.

Los términos de la crisis

SIN DUDA alguna, los términos más visibles de la crisis se relacionan con el orden político. Desde hace aproximadamente treinta años, Argentina no consigue estabilizar su situación institucional y política, a pesar de haberse ensayado diversos tipos de soluciones. Todo ha fracasado. Esta comprobación estimula en algunos el desaliento y en otros despierta cierto optimismo, porque si bien implica que se han frustrado ciertas posibilidades de normalidad o regularidad institucional, es evidente que no han logrado consolidarse —como en España, por ejemplo— situaciones anómalas disfrazadas de normalidad.

Ciertamente, las soluciones democráticas ensayadas, inclusive algunas que parecían tener auténtico respaldo popular, han chocado con problemas

de fondo a los que no han podido sobreponerse, y han concluido regulando el funcionamiento de las instituciones para impedir que determinados grupos sociales o determinados movimientos de opinión obraran libremente; es evidente que, al hacerlo, el mecanismo institucional se habría dislocado, como de hecho, se dislocó. La regulación de las instituciones provino unas veces del temor a las mayorías y otras veces del temor a las minorías. El hecho es concluyente como prueba de que el conjunto social que compone el país no encuentra la manera de autorregularse.

Para algunos, el hecho significó el fracaso de la democracia: así fue calificado, y partiendo de esa base, se propusieron otras soluciones políticas, que también fueron ensayadas. Se intentó establecer regímenes de facto apoyados en la fuerza militar, que utilizaron sólo aquellos mecanismos legales que ofrecieron seguridad al poder político, y que, en lo demás, operaron dictatorialmente. No sin sorpresa, las fuerzas que creían en la omnipotencia del poder militar y del Estado policial, cayeron en la cuenta de que su situación era insostenible. La opinión pública y ciertos sectores de intereses reclamaban la vigencia del estado de derecho, y ese reclamo se tornó incontrastable. La dictadura fracasó y fue necesario ensayar otras formas políticas. Pareció a quienes no querían ceder a ningún precio el control del Estado que podía intentarse una democracia regulada, basada en el fraude electoral y en la vigencia del estado de sitio. Por ese método la oligarquía creyó haber resuelto el problema, pero la solución que funcionó bien una vez, se viciaba cada vez que se reiteraba su uso. La oligarquía fracasó. Las esperanzas se depositaron otras veces en la demagogia erigida como sistema y sometida a un funcionamiento regulado también; pero los resultados no fueron favorables. Una vez más ciertos movimientos de opinión y ciertos sectores de intereses presionaron para demostrar que la solución había fracasado y que era necesario reemplazarla. Pero, ¿por qué sistema? Las soluciones ortodoxas parecían —y siguen pareciendo a muchos— agotadas y, lo que es más grave, desprestigiadas. De aquí el sentimiento de desconcierto, y sobre todo, de crisis.

El análisis de los movimientos de opinión revela la existencia de una profunda inconexión entre los grupos. Lo que se ha perdido es la comunicación, la posibilidad de coincidir. El signo visible es la crisis de los partidos políticos. En breve tiempo, todos se han dividido y muchos de ellos por razones difícilmente comprensibles, pues no se advierte la ope-

sición fundamental que separa los distintos sectores. Pero el hecho es que los partidos se dividen. Eventualmente, una campaña de resistencia o un problema concreto aglutina un vasto movimiento de opinión; pero en cuanto se intenta ponerlo en marcha se descubre que la coincidencia es ocasional y que se han yuxtapuesto en esta coincidencia sectores que discrepan en problemas fundamentales cuyo planteo implica necesariamente la disolución del conglomerado. La inmensa mayoría de la opinión pública es innegablemente democrática, pero las pocas formas concretas de realizar la democracia no agrupan en núcleos definidos y tenaces a quienes creen en ellas. Igualmente los grandes problemas del país, que no permiten sino unas pocas soluciones, no suscitan aglutinamientos de la opinión lo suficientemente vigorosos como para que sus miembros se sobrepongan a disidencias que, en otra ocasión, se hubieran considerado intrascendentes. La opinión se diversifica en matices sutilísimos y las combinaciones de esos matices no permiten sino la aparición o la subsistencia de grupos numéricamente insignificantes.

A la pérdida de la fe en los partidos políticos acompaña una pérdida de fe en los hombres. Hay una fuerte tendencia a suponer que todos han jugado sus cartas y han mostrado su juego. Pero no aparecen hombres nuevos, y los que aparecen se frustran muy pronto —o parece que se frustran— enredados en la madeja de los matices diferenciadores. Todos parecen haber perdido el sentido público, esto es, la capacidad para sobreponer a sus intereses individuales ciertos intereses fundamentales de la colectividad, que, a poco que se analizaran, se descubriría que inciden decididamente sobre los intereses individuales. Y la pérdida general del sentido público se proyecta especialmente sobre quienes se dedican activamente a la política, en quienes se sospecha que toda preocupación pública encubre o disfraza menguados intereses privados. Algunos ven en todo ello lo que llaman "una crisis moral", pero puesto que se localiza en el cuadro de las relaciones públicas, es evidente que no se trata exactamente de crisis moral sino de una crisis de los valores que se relacionan con las formas de la convivencia.

A nadie se le oculta —sin necesidad de recurrir al marxismo— que las formas de convivencia se han alterado en relación con ciertos cambios ocurridos en el área de las relaciones económicas, que son visibles hasta para los más desprevenidos observadores. Ha cambiado la distribución de la riqueza, pero sobre todo han cambiado las aspiraciones económicas de ciertos grupos numerosos, en tal medida que los bienes de consumo

están sometidos a una intensa demanda. El valor de la moneda baja, y baja la productividad, con lo cual la inflación se acentúa. La sienten preferentemente los sectores obreros, que se mueven con desusada violencia, acentuando la sensación de que el país se precipita en un conflicto profundo. El sentimiento de que éste se empobrece rápidamente sin que, al mismo tiempo, se generalice el conocimiento de un esquema eficaz de las causas del empobrecimiento y se adquiera conciencia de los diversos sistemas de soluciones. El problema urgente es salvar la economía individual, pero el escepticismo general impide que cada grupo inserte la solución de sus problemas en un plan económico que abarque las soluciones apropiadas para todos los grupos y el encauzamiento de la riqueza colectiva. Distintas escalas en el ejercicio de la especulación prueban la indiferencia general en relación con el hecho radical del empobrecimiento del país.

El cuadro general es el de una crisis de dislocamiento. Las fuerzas de homogeneización se han tornado ineficaces, y tanto la estructura económica como la estructura social han perdido vigor y fluidez. Las fisuras se han transformado en grietas profundas que alcanzan la base misma, y los movimientos que se observan parecen destinados a robustecer la posición de cada una de las partes que han quedado incomunicadas, sin que se adviertan otros movimientos destinados a reconstruir su comunicación. Los argentinos responsables, cuyo número es grande y cuya preocupación es intensa, se preguntan qué factores son los que han detenido la acción de las fuerzas de homogeneización que, hasta hace algún tiempo, obraban en la sociedad argentina creando y renovando su armazón interior. Pero no siempre se rastrea suficiente como para llegar a las raíces de la crisis. Sin este esfuerzo, difícilmente podrá encontrarse la clave de la heterogeneidad entre la realidad social y las actitudes políticas. Y es esta heterogeneidad lo que, en mi opinión, ha desencadenado la crisis y la agrava.

La realidad social

EL EXAMEN del proceso de formación de la sociedad argentina explica suficientemente el aspecto proteico que hoy presenta. Sin duda todas las sociedades son proteicas; pero el grado en que lo es la sociedad argentina de hoy parece exceder los límites de la normalidad y revela ciertas peculiaridades en el proceso de su formación que es necesario sopesar

cuidadosamente para poder establecer su verdadera naturaleza. Las diversas fisonomías que el observador descubre a poco que profundice el examen de la realidad no provienen solamente de las formas normales de agrupamiento, como suelen darse, por ejemplo, según los niveles sociales u ocupaciones; su diversidad nace de circunstancias más complejas y, naturalmente, más difíciles de precisar y describir. Responden a una heterogeneidad, en cuya determinación concurren factores de diversa índole: económicos y sociales en principio, pero principalmente culturales en el más amplio sentido del término; son estos últimos, a su vez, factores de naturaleza compleja que no pueden reducirse solamente a grado de educación sino que implican componentes muy profundos hasta llegar a las predisposiciones psicológicas, a las actitudes morales, a los ideales de realización individual y, en una palabra, a las concepciones de la vida. Entrecruzados, estos factores originan situaciones individuales que se proyectan en la situación de ciertos grupos otorgándoles una fisonomía que es, sin duda, inestable, pero que, en cada momento adquiere mucha precisión. Esa fisonomía corresponde a ciertas formas de comportamiento social y se manifiesta en ellas. Así constituidos esos grupos se yuxtaponen formando las agrupaciones mayores que corresponden a las funciones sociales clásicas. Dicho de otro modo: si se observan las agrupaciones clásicas en la sociedad argentina de hoy —una clase ocupacional, por ejemplo, como la de los agricultores o la de los empleados de comercio— se descubre que la homogeneidad que le presta su función social es insuficiente para cubrir la heterogeneidad de los grupos que la componen, de diversa fisonomía a causa de la diversidad de su comportamiento, y constituidos por una coincidencia fortuita de ciertos factores económicos sociales y culturales.

Este fenómeno se debe fundamentalmente a la formación aluvial de la sociedad argentina. La incorporación masiva de grupos inmigratorios numerosos y muy diferentes en cuanto a su origen sociocultural, produjo ciertas formas de hibridación que no podían terminar en los más simples y visibles fenómenos del primer mestizaje. Hubo muchas y muy variadas formas de hibridación. Las más fáciles de percibir fueron las originadas por el cruzamiento; pero las acompañaron otras más sutiles y profundas, nacidas de los impactos económicos, de los contactos culturales y, luego, del juego de las sucesivas generaciones, que creó una interrelación multiforme de toda suerte y factores. Así se constituyeron los grupos que componen la sociedad argentina de hoy, ines-

tables en su composición y fisonomía, apenas identificados objetivamente y sin embargo indelebles. Su variado comportamiento se opone a las fuerzas homogeneizadoras y altera el equilibrio interno de las agrupaciones mayores creadas por las funciones sociales.

Los grupos inmigratorios incidieron sobre la sociedad fuertemente estratificada. Antes de 1870 —para tomar una fecha convencional— Argentina no había sufrido cambios importantes en su estructura económicosocial. Un puerto que era a la vez la capital política del país, concentraba una pequeña burguesía de escasos horizontes económicos; el resto de las ciudades eran pequeñas aldeas de escasa significación; en el interior del país las llanuras se dividían en inmensas propiedades pobladas por ganados numerosos que constituían la principal riqueza. La estancia era la unidad económica fundamental, y los estancieros componían la clase que poseía tanto el poder económico como el poder social y —directa o indirectamente— el poder político. Tal era lo que he llamado “la Argentina criolla”¹, designación que se refiere sobre todo a los contenidos culturales de la sociedad toda, alimentada por la tradición española tal como se conservaba en las antiguas colonias americanas. Sociedad tradicional, su coherencia étnica, social y cultural era profunda y su movilidad social escasísima.

En el seno de esta sociedad, una minoría culta provista de una ideología progresista, y una clase de productores, animada por las perspectivas de incorporarse al mercado mundial de materias primas, promovieron deliberadamente en la segunda mitad del siglo XIX un cambio sustancial en la estructura económicosocial. Orientaron la economía del país hacia la producción de carne y cereales de alta calidad para colocarlos en el mercado europeo, cuya capacidad de absorción de esos productos crecía por entonces como consecuencia de los fenómenos de la concentración urbana derivados de la revolución industrial. Y paralelamente desarrollaron una gran política inmigratoria para poblar el país semi-desierto y, sobre todo, para proveerlo de mano de obra eficaz. Estas dos transformaciones introducidas en la ordenación tradicional de la vida argentina —hasta entonces ajustada al viejo esquema colonial— suscitaban innumerables fenómenos de diversa índole que empezaron a advertirse claramente en el último decenio del siglo.

Ante todo, comenzó a producirse una notable diferencia entre la zona

1. Véase José Luis Romero, “Las ideas políticas en Argentina”, Fondo de Cultura Económica, México.

litoral y las demás regiones del país. En aquélla se localizó la mayoría de la población inmigrante, italiana o española de origen, campesina o aldeana preferentemente, de modo que tanto el aspecto físico de las personas como las formas de la habitación y del trabajo cambiaron rápidamente. Sería largo analizar las consecuencias del choque entre la concepción del mundo y de la vida propia de la población inmigrada y la de la población criolla; pero basta decir que eran tan diversas que en muchos aspectos fundamentales podían considerarse como antagónicas. Se produjeron conflictos, pero no tantos como para que se crearan inhibiciones para el cruzamiento. Hubo matrimonios abundantes entre los dos grupos, de modo que la nueva generación se vio ya escindida entre hijos de dos inmigrantes e hijos de inmigrante y criollo. A partir de esa situación las siguientes se dieron de manera variada y cada vez más compleja desde el punto de vista étnico y social. Entre tanto, las zonas donde la inmigración no llegó o llegó en número muy reducido, mantuvo una fisonomía tradicional, con lo que el contraste se fue acentuando. Fue en la zona litoral donde se produjo el crecimiento acelerado de los grupos urbanos que concluyó por hacer de ella una región de caracteres inconfundibles.

Algunos de estos grupos urbanos llegaron a ser ciudades importantes, como los puertos de Rosario, La Plata y Bahía Blanca; en otros adquirieron menos significación, pero concentraron una gran actividad y promovieron intensamente la formación de la riqueza. Entre tanto Buenos Aires acogió la mayor cantidad de población inmigrada, creció desproporcionadamente y se constituyó en un centro de absorción estimulado por la ausencia de una política eficaz para lograr la radicación definitiva de los grupos campesinos y aldeanos en las zonas rurales. La actividad mercantil propia de Buenos Aires se vio acrecentada, pues, por el mecanismo de las necesidades propias de la concentración urbana, con lo que apareció la posibilidad de un gran desarrollo para las clases medias; muy abiertas y muy móviles, atrajeron éstas a los grupos inmigrados, que vieron en las actividades urbanas la manera de alcanzar un ascenso social. De ese modo la aldea se convirtió en una "gran aldea", como le llamó un novelista, que al cabo de muy poco tiempo pareció una pequeña Babel por la presencia de grupos de los más variados orígenes y de las más variadas lenguas. Hacia 1910, la población criolla, y especialmente la de la clase acomodada, creyó que el país se desvanecía ante el aluvión.

Si Buenos Aires acrecentaba su poder de atracción social era porque ofrecía posibilidades económicas inmensas y, sobre todo, alcanzables con menos esfuerzo que en las zonas rurales. Aunque parasitarias, las actividades secundarias creadas por la producción dejaban más altos márgenes de ganancia. Pero además, Buenos Aires —como los otros centros de exportación, pero en escala mucho mayor— estaba en contacto directo con los mercados internacionales y cobraba rápidamente el aspecto de una gran urbe, al menos en el plano de la actitud económica y financiera. Las formas de vida cambiaron rápidamente, se abandonaron poco a poco los viejos hábitos patriarcales propios de la aldea colonial y se los reemplazó con las maneras y modos europeos, traídos en parte por inmigrantes, pero sobre todo por los numerosos agentes comerciales y financieros que pasaban por la ciudad y por los argentinos de las clases pudientes que viajaban regularmente a Europa, vocablo con el que se designaba a las grandes capitales y especialmente a París y Londres.

Buenos Aires creó de ese modo una superestructura de civilización al modo europeo, de la que gozó, en principio y plenamente, una pequeña minoría, pero que benefició por reflejo a los grupos urbanos que se hacían la ilusión de participar en el esplendor de la vida de la oligarquía. Había, sin duda, abundancia para todos. Pero el esplendor y, sobre todo, ciertas formas de refinamiento más o menos convencional, fue solamente patrimonio de una minoría que se beneficiaba desproporcionadamente de la actividad fundamental del país, a saber, de la producción y exportación de materias primas al mercado europeo.

La escala de los beneficios dibujó el cuadro de las situaciones sociales. En términos muy generales podría decirse que ese cuadro se compuso de las siguientes categorías: primeramente, la minoría de los estancieros o propietarios de la tierra, que mantuvieron durante decenios la totalidad del poder y de los privilegios, y a cuyo lado se formó una clase dedicada a las profesiones liberales que compartió el gobierno y monopolizó el poder social en las ciudades como los estancieros lo monopolizaban en el campo; en segundo lugar, las clases medias dedicadas a las funciones derivadas de la comercialización de la riqueza, también acompañadas por una clase profesional de origen inmigratorio y en proceso de ascenso de clase; y, finalmente, los grupos dependientes, cuya distribución se hizo cada vez más compleja por la diferenciación entre las actividades del campo y las de las ciudades, y por la diferenciación entre la población de origen criollo y la de origen inmigratorio o cruzado.

Con infinidad de matices, por cierto, este cuadro presenta los elementos de la realidad argentina en su totalidad. Pero para entender su desarrollo posterior es necesario tener en cuenta otra circunstancia fundamental. Las clases dependientes, muy superiores en número, eran también muy superiores en movilidad social, en posibilidades de transformación. Si durante algún tiempo pudieron ser consideradas simplemente como clases dependientes, su crecimiento vertiginoso y sus reiterados cambios de estructura, en el programa de vida de sus diversos grupos y en los términos de sus situaciones, determinaron en poco tiempo y cada vez más, una transformación en sus relaciones con la vieja aristocracia, hasta el punto de que muchos de sus miembros lograron alto poder social al llegar a los primeros años de este siglo. Esta situación es la que desencadenó los primeros fenómenos políticos que prepararon la crisis, pues la vieja oligarquía trató de resistir la gigantesca fuerza social de los grupos en ascenso.

Las primeras consecuencias de estas luchas entre las antiguas estructuras y las que se constituyeron tras los fenómenos de cambio que hemos señalado, se manifestaron con motivo de la alteración que en los mercados internacionales produjo la primera guerra mundial. Una nueva clase media, determinada por la inserción de nuevos elementos de origen inmigratorio en las estructuras tradicionales, llegó al poder representada por el Partido Radical. Pero los fenómenos económicos derivados del conflicto internacional fueron más vigorosos que los fenómenos políticos. Hubo, en principio, auge económico durante la guerra, y luego crisis aguda de reeducación, pues ni la demanda de materias primas era tan grande ni era posible que subsistieran las pequeñas industrias creadas por el autoabastecimiento a que obligaba la retirada de la oferta extranjera. Este fenómeno culminó con la crisis mundial de 1928 y la retracción general del mercado internacional. La oligarquía agropecuaria creyó que había cedido demasiadas posiciones y consideró que debía recuperarlas. Hubo modificaciones substanciales en la economía; pero, en el orden social, lo fundamental fue el cierre de la inmigración, con lo cual comenzó entonces un proceso de involución en la sociedad argentina, hasta entonces mantenida en estado de ebullición por la constante renovación de sus ingredientes. A partir de ese momento el conglomerado social, heterogéneo y multiforme, estuvo integrado y comenzó a buscar su estabilización; pero no podía hacerlo sin lucha, sin un cotejo reiterado de las fuerzas que lo integraban y sin un

intento de cada sector de alcanzar las mayores ventajas posibles en el ajuste final. Esta circunstancia anunciaba las crisis posteriores.

Hacia 1940, aproximadamente, el país, sometido a una grave crisis política, entraba de lleno en el proceso económico insinuado veinte años antes. La era de la industrialización comenzó entonces subrepticamente y desencadenó nuevos fenómenos sociales derivados del impacto económico. Los altos salarios ofrecidos por la industria no sólo produjeron importantes cambios en la distribución ocupacional sino también en la distribución geográfica de la población. Aparecieron nutridas zonas industriales en la periferia de las ciudades, y en ellas se crearon centros de habitación de caracteres singulares y en los que coincidían los más diversos estratos sociales. El ritmo del éxodo rural se aceleró enormemente y las consecuencias fueron nuevos fenómenos de contactos sociales, cuyo fenómeno entrañaba verdaderos contactos culturales, pues lo más significativo del éxodo rural fue que se produjo en las provincias menos alteradas étnica y culturalmente por la inmigración, de modo que se volcaron sobre la zona litoral grandes contingentes de población criollamestiza en su mayoría, cuya incorporación al medio creado por el aluvión inmigratorio no podía realizarse sin alteraciones en el equilibrio total. De este modo se aglutinó —favorecido por diversas circunstancias— un proletariado urbano muy numeroso, cuya composición social y cuyos contenidos culturales eran sumamente heterogéneos. Sus caracteres adquirieron una definición muy precisa y desacostumbrada, hasta el punto de acusar un carácter clasista muy violento; esto contribuyó a diferenciar ese complejo de los otros grupos dependientes, que más bien tendían a incorporarse a las clases medias.

Estas líneas sobre el desenvolvimiento de la sociedad argentina bastan para explicar la complejidad de su estructura, en la que la división funcional está multiplicada por la división creada por los grupos indelebles que se aúnan en los agrupamientos mayores. Un análisis de las actividades políticas predominantes permitirá señalar las coincidencias simultáneas que se dan en los grupos, impidiendo las grandes formulaciones políticas.

Las actividades políticas

LO QUE EN LA política argentina constituye la derecha no es sino la prolongación más o menos evolucionada de la actitud política propia de la vieja oligarquía. Vinculada a la propiedad raíz, la oligarquía impulsó

el cambio económicosocial y se vio obligada a combinar sus viejas tradiciones patriarcales con las nuevas tendencias progresistas de las que dependían el éxito del cambio. El criollismo trató de combinarse con los más refinados gustos europeos, pero procurando que no se desvirtuaran los contenidos de su actitud primogenia, que justificaba el ascendiente social y el predominio político que los miembros de la oligarquía disfrutaban allí donde estaban sus propiedades. Con su incorporación como productores del mercado internacional, con su europeización en materia de gustos y costumbres, la oligarquía se adhirió a la democracia liberal según los modelos ingleses y franceses, entendiéndolo por tal un régimen parlamentario en el que dialogaran sin excesivos choques frontales los distintos sectores de la oligarquía. La apariencia fue la de una democracia formal. Pero en cuanto el cambio social se manifestó y comenzó a asomar una clase media de nuevos caracteres, la oligarquía comenzó a desviarse hacia la derecha. Dentro de la democracia, adoptó una actitud conservadora; pero cuando se sintió en peligro, renegó de la democracia y no vaciló en apoyar soluciones fraudulentas o soluciones dictatoriales. Igualmente renegó de los principios de la libre empresa cuando no convinieron a sus intereses, y adoptó ciertas formas de dirigismo; pero volvió a apartarse de esa doctrina cuando la libre empresa volvió a ofrecerle buenas perspectivas. Una sostenida defensa de sus intereses económicos y una insólita tenacidad en su oposición frente a los nuevos grupos sociales que se constituían caracterizaron la actitud política de las clases terratenientes, algunas de cuyas estrechas posiciones adoptaron luego inexplicablemente los nuevos grupos capitalistas vinculados al desarrollo industrial.

La nueva clase media se transformó en una fuerza política importante en el último decenio del siglo XIX, y adoptó cierta actitud política que era más fácil adivinar que definir. El radicalismo —que fue su expresión— quedó lapidariamente definido por un político conservador cuando dijo que más que partido era un temperamento. Esa clase media fue la que prestó al país su fisonomía retórica y sentimental. Fue una clase contradictoria, porque se contradecían sus orígenes por una parte y sus aspiraciones por otra. La integraban hombres de tradición inmigratoria, pero que advertían la fácil posibilidad del ascenso social y aspiraban a incorporarse al sistema de privilegios que hasta entonces detentaba la oligarquía. Su actitud política fue contradictoria también. Se decía progresista, pero no logró concretar una política que significara una reno-

vacación en los esquemas económicosociales; buscó y recibió el apoyo de los grupos de presión más decididamente reaccionarios y, aunque no siempre confió en los hombres de la oligarquía, terminó por servir sus intereses fundamentales. Esta contradicción era más neta en ciertas alas de la clase media que se decían "revolucionarias", y esbozaban vagos proyectos de regeneración social y que adoptaban una actitud paternal frente a las clases más humildes.

Sin embargo, como clase —y como partido, en cuanto se expresaba en el radicalismo— giró rápida y decididamente hacia la derecha y en busca de una alianza explícita o implícita con la oligarquía en cuanto apareció y se hizo visible un nuevo proletariado con cierta conciencia de clase. A partir de ese momento fue evidente que, aunque siguiera recibiendo el apoyo de algunos sectores populares, el radicalismo representaba ya claramente los intereses de una clase media que prefería la alianza con la derecha a una aproximación a las clases trabajadoras. La democracia formal, que fue su bandera, no pudo recibir por eso los contenidos sociales que necesitaba para vivificarse.

La misma actitud defensiva y torva que la oligarquía adoptó frente a las nuevas clases medias, la adoptaron, pues, estas últimas frente al nuevo proletariado. Entre tanto, cierta élite obrera, generalmente de origen extranjero, organizó los movimientos de la clase en la medida que lo permitían las circunstancias. Esos movimientos se orientaron unos hacia el sindicalismo puro y otros se politizaron dirigiéndose hacia el anarquismo, el socialismo o, más tarde, el comunismo. Precisamente por haber sido orientados por una élite obrera de fuerte sentimiento clasista, chocaron con la sensibilidad de un proletariado de formación aluvial, en cuyo seno predominaba la tendencia al ascenso individual por la vía de la aventura económica. Esa sensibilidad aproximaba a las clases trabajadoras a la sensibilidad de las clases medias nacidas de su mismo origen, y eso explica la sostenida adhesión de los grupos populares al radicalismo. Pero cuando la concentración urbana y el desenvolvimiento de la actitud industrial lograron desarrollar los primeros grados de una conciencia de clase, el nuevo proletariado sufrió una trasmutación sumamente rápida y quedó convertido en una nueva y vigorosa fuerza política, en busca de quien definiera su actitud peculiar y la encauzara en el oscuro y movedizo panorama de la vida política argentina.

Esta virginidad política permitió que el nuevo proletariado se atara al

peronismo. Mezcla de totalitarismo nazifascista, de nacionalismo reaccionario y de política de Estado Mayor, el peronismo encadenó el nuevo proletariado a una torpe aventura dictatorial desprovista de gloria, carcomida por la venalidad y, en lo más puro de su concepción, vagamente destinada a acelerar la industrialización del país para asegurar su hegemonía latinoamericana bajo la dirección del ejército. El premio otorgado al nuevo proletariado fue una política de moderados pero perceptibles beneficios sociales realizada con cierta ligereza, pero también con innegable audacia. No hubo, en modo alguno, modificaciones en la estructura, pero, sin duda, el nuevo proletariado realizó una experiencia profunda que le dejó saldos favorables y desfavorables. Sin duda profundizó su conciencia de clase, rompió innumerables prejuicios que aseguraban su dependencia, conquistó una posición de paridad en sus enfrentamientos con los órganos empresarios y adquirió cierta noción de su significación política. Pero en el proceso de la politización del movimiento obrero, el nuevo proletariado retardó la definición de su línea autónoma de orientación política porque unas veces instrumentalizó a Perón en nombre de remotos planes en los que honestamente nadie podía creer y otras veces se sometió a él aceptando la corrupción de una dictadura vulgar a cambio de la protección del Estado, con lo cual vició el sentido de la lucha: de ese modo, al mismo tiempo que se desviaba de las posiciones clasistas fundamentales, toleraba las desviaciones que se le imponían para servir un plan que era, en última instancia, el de la dictadura militar, a la que las masas populares servían sin quererlo y sin tener conciencia del alcance de su entrega.

Así se configuró una nueva actitud política, en relación con las nuevas formaciones sociales, pero movida desde fuera y sólo en parte coincidente con los impulsos propios del movimiento social.

La formación de este nuevo proletariado —como resultado de una progresiva y acentuada diferenciación de las clases nacidas del aluvión migratorio— modificó profundamente el cuadro social tradicional y contribuyó a localizar con precisión a los demás sectores en sus respectivas posiciones. La consecuencia ha sido, tras el derrocamiento de Perón, un enfrentamiento resuelto de la clase obrera con un frente unido del que forman parte la vieja oligarquía y ciertos sectores de las clases medias. El radicalismo ha aceptado encabezar y representar políticamente a ese frente, del que forma parte cierto sector de nuevos caracteres que suele identificarse como sector industrial.

Compuesto en parte de ciertos sectores de la alta clase media pero también de elementos de la vieja oligarquía que procuran reinvertir sus capitales, el sector industrial impulsó la creación de una nueva derecha, moderna y ágil, a cuyos principios aceptarían plegarse casi todos los sectores reaccionarios, atemorizados por el creciente desarrollo del nuevo proletariado. Esa nueva derecha buscaba un tipo de relaciones elásticas con las fuerzas del trabajo. Pero la dependencia en que ha caído con respecto a determinados organismos internacionales de crédito ha desbaratado sus planes y finalmente ha asimilado su actitud a la de la vieja oligarquía, cuyos sentimientos paternalistas desembocaban, por resentimiento, en la violenta represión de los movimientos adversos. Esta situación parece frustrar las posibilidades de la nueva derecha, del mismo modo que la equivocada politización, que el movimiento proletario adquirió durante el peronismo, frustra las posibilidades de una unión de las fuerzas obreras, que constituyen hoy, sin duda, el más importante sector en el nuevo panorama de la vida políticosocial argentina.

Conclusión

ENTRE LA formación de los nuevos grupos sociales y el delineamiento de las actitudes políticas que correspondieran a las nuevas situaciones, ha habido en todos los casos un destiempo significativo. La brusca aceleración que ha caracterizado a los cambios operados en la estructura económicosocial argentina no ha sido acompañada con una igual vivacidad en la identificación de las situaciones. Por lo demás, los viejos grupos amenazados por la ofensiva de los grupos de reciente constitución, han operado como un obstáculo para la adaptación rápida. Por otra parte, han sido ineficaces los intentos de ofrecer salidas positivas para las nuevas situaciones, y sólo han tenido cierto éxito las fórmulas que pueden considerarse negativas, en cuanto estaban caracterizadas por el propósito de desviar a los nuevos grupos de su auténtica línea de desarrollo conduciéndoles hacia unas soluciones inmediatas que limitaron su fuerza combativa. Estas circunstancias son las que han originado la heterogeneidad intrínseca entre la realidad social y las actitudes políticas en la Argentina contemporánea.

El cuadro actual es el de una crisis de dislocamiento frente a la cual no hay una fórmula de salvación que pueda obtener un apoyo suficientemente crecido como para asegurar el apoyo social a sus términos. Para las derechas, la solución es retrotraer a las clases populares a una

situación de sumisión total, en nombre de la recuperación del país, que los empresarios nacionales y extranjeros —apoyados ahora intensamente por el capital norteamericano— procuran realizar en beneficio propio. Para las fuerzas populares, la solución es la unión, obstaculizada por el fantasma de la dictadura peronista, que aleja a los sectores más politizados de los importantes sectores que esperan el regreso de Perón. Tal es el cuadro de una crisis, en la que la solución depende tanto del tiempo y de la decantación de las actitudes como del deliberado delirio de las posiciones.

consideraciones sobre el "lincoln" de carl sandburg

"*Vida de Lincoln*", por Carl Sandburg. Editorial Hachette, Buenos Aires, 1957. Traducción de Jerónimo Córdoba, con prefacio del autor.

COMO LA INTELIGENCIA siempre tiene la ilusión de ser superior al gobierno, que es del resorte de la

97

voluntad (aunque el saber deba iluminar su deliberación previa), y en la discusión los intelectuales superen a los hombres de acción, las biografías de grandes estadistas por grandes escritores son más escasas que las diatribas de éstos contra aquéllos —por una *Vida de Agricola* hay varias de *Napoleón el Pequeño*—. La posición más frecuente del hombre de letras ante el político, es la de nuestro gran poeta Enrique Banchs, cuando dijo:

Están los hombres que obran, los molinos de acciones
al medio de una nube de seres vacilantes.
Mas su gesto palpita con las constelaciones,
aunque su paso es firme porque son ignorantes.

¿Sería porque su héroe escapaba a la fórmula que se encierra en el último verso citado por lo que el poeta Sandburg se entusiasmó con la figura de Lincoln? Como quiera que sea, escribió una magnífica biografía, cuyos méritos exaltaremos sin olvidar sus defectos (que también los tiene, aunque en insignificante proporción y que se deben a los vicios espirituales correspondientes a las virtudes que lo llevaron a producir el gran libro).

Hay en la *Vida de Lincoln* por Carl Sandburg una armonía entre el autor y su tema, que explica por sí sola el mérito de la obra. El biógrafo nació en el medio en que maduró su héroe y en el que pasó la mayor parte de su existencia, antes de ser presidente de la República norteamericana, en Springfield, capital del Estado de Illinois, en pleno Medio Oeste; y asimismo tuvo allí una formación tan irregular como la de su biografiado. El pueblecito en que uno y otro pasaron su primera juventud que, pese a los cambios sufridos en siglo y medio, aún no le permitieron llegar a ser una ciudad capital con cien mil habitantes, no habrá sido a fines del siglo XIX muy diferente de lo que era en 1832, cuando Lincoln inició allí su carrera política, a los veinte años de edad; por lo menos, en ambas fechas estaba sumergido en una campaña muy alejada de la super-

poblada y supercivilizada costa del Atlántico. Y como Lincoln, que tentó fortuna en variados y numerosos oficios —desde batelero del Mississipi hasta diputado provincial, pasando por los de hachero en el monte, estafetero del correo nacional y abogado ambulante por los pueblos—, sin ir jamás a la escuela, el poeta que había de convertirse en uno de sus más copiosos historiadores tuvo una juventud aventurera, como hijo de un modesto inmigrante escandinavo, a quien su familia no pudo dar educación regular. Durante la guerra hispano-americana de 1898 hizo la campaña de Puerto Rico. De regreso en su Medio Oeste natal, hizo periodismo como redactor y director de periódicos, y fue secretario de la Municipalidad de Milwaukee. Inspirado por su compleja experiencia cantó en versos vigorosos el contraste de los desheredados de la fortuna con la opulenta civilización moderna, y el de las ciudades industriales con las ilimitadas praderas en que aquéllas iban modificando el paisaje primitivo. Antes de interesarse en el máximo personaje de la historia local, conocía a fondo e interpretaba el medio que había de pintar para exhibirnos a Lincoln joven, en los primeros volúmenes de la ingente biografía emprendida, titulados *Los Años de la Pradera*.

La obra desarrollóse como suelen evolucionar esos grandes libros que son como vías madres de una cuenca fluvial. Y llegó a ser una riquísima historia de toda una época que sirvió de marco a un personaje extraordinario, protagonista de un drama político de los más decisivos en la evolución de la humanidad. Su esfuerzo de literato por comprender el carácter de un hombre de acción es de los más notables hechos en condiciones semejantes. Su acopio y estudio del material existente hasta el momento en que completó su trabajo, es exhaustivo y felicísimo en todo lo que se refiere a la presentación de los hechos. Pero era forzoso que el resultado se lograra mejor en el terreno psicológico y descriptivo que en el histórico y político. Con infalible acierto para las citas, extractó admirablemente todos los testimonios contemporáneos sobre el alma de su personaje y sus dichos, para mostrarnos su elevación de espíritu, su capacidad literaria y su prudencia, cualidad definitoria del político, y que permitió a Lincoln hallar su rumbo en medio de una tormenta desencadenada.

Pero, en cambio, no ha sido tan afortunado en presentarnos las circunstancias económicasociales, ni el sistema político norteamericano, único capaz de explicarnos la ecuación del gobernante improvisado, que supera a los maestros, porque se inserta en la tradición establecida por éstos. Así, por ejemplo, no nos explica muy bien la estrategia de la guerra civil, que se puede apreciar más claramente en otros libros que en el de Sandburg. En la misma forma, deja sin explicación el acierto del hombre que no pertenecía a la clase gobernante, y que, sin embargo, dominaba los aforismos de la política tradicional de su país, en los que se inspiró al lograr que los secesionistas empezaran la guerra civil, sin declararla él mismo; al ceder frente a Inglaterra en el caso de los agentes confederados presos a bordo de un buque inglés por un crucero yanqui, para "no tener más que una guerra por vez"; al desinteresarse por el mismo motivo de la intervención francesa en México, hasta no vislumbrar el fin de la guerra civil; al oponer como argumento fundamental contra el reconocimiento de la independencia del Sur, la razón estratégica de que la pérdida de Nueva Orleans cerraría la salida de media República hacia el golfo de México. Actitudes todas que no

eran espontáneos hallazgos del genio lincolniano, sino máximas heredadas de los padres de la patria. Sandburg nos dice, es verdad, que Lincoln se pasó meses estudiando los papeles de Estado —diarios de sesiones de asambleas constituyentes y congresos ordinarios, notas de cancillería, mensajes presidenciales—, al prepararse para su debate con el senador Douglas; pero no subraya la relación entre ese estudio y los mayores aciertos de su héroe.

Otro de los méritos del libro es la absoluta objetividad con que describe las atrocidades de la guerra civil, sin afán de ocultamiento por rubor patriótico o faccioso de cualquiera de los dos bandos, o de someter a su personaje a una legía historiográfica, en lo que el poeta, con su sentido dramático de la vida, supera a los cronistas o pseudo-historiadores que suelen obstruir la exacta visión de los caracteres históricos. Es raro que una guerra deje escapar a ningún gran actor sin manchas de sangre, y el criterio de réprobos y elegidos (que hace estragos en la historiografía corriente) no le es aplicable.

Pocas veces ocurre en la vida de los pueblos que el genio, capaz de guiarlos en dramática peripecia y salvarlos de posibles catástrofes, aparezca en el momento oportuno y acceda al puesto de mayor responsabilidad. Cuando el azar feliz se produce, si el país favorecido por la Providencia dispone de recursos adecuados a la ocasión histórica, el resultado de la crisis superada equivale a un llamado a la grandeza. Del genio de Lincoln es difícil dudar; si uno de los primeros entre sus pares (Teodoro Roosevelt, en conversación con nuestro ilustre maestro don Ernesto Nelson en 1913), sólo a él se lo reconocía en la lista de los presidentes, debemos tener en cuenta su opinión como la del mejor juez. Sobre todo porque Roosevelt la formulaba para rechazar la lisonja de equiparlo con Lincoln.

Y si damos con una buena selección de los escritos, cartas y discursos de Lincoln, no vacilaremos en admitirlo. Desde su primer programa político hasta las últimas expresiones salidas de sus labios o de su pluma, su estilo es mordiente, conciso, breve, despojado de todo vano ornamento y con un sesgo indirecto, de tipo parabólico, que le valió el apodo de Esopo norteamericano, y tiene irresistible fuerza de persuasión.

Pero si en algún orador o escritor se confirmó el "ab imo pectore" de los latinos, fue en Lincoln, cuyas grandes palabras salieron del corazón. Antes que político formado para la carrera, aquél fue un hombre auténtico. De no ofrecérsele las ocasiones de éxito que él no persiguió con la despiadada ambición personal y usual en sus congéneres, pudo quedar como oscura personalidad provinciana, luego de un período como diputado nacional sin actuación descollante. Pero siempre habría sido un valor moral, como irreprochable abogado de pueblo. Ahora bien, para conocer al Lincoln genial que fabricaron las circunstancias de su vida en la madurez de su edad (circunstancias que por extraña paradoja, si fueron terriblemente dramáticas, resultaron afortunadas tanto para él como para su nación), una biografía como la de Sandburg era indispensable. La inmensa cantidad de datos que, como toques de paleta en tela de pintor, se necesitaban para retratar al presidente, no eran asequibles en la simple lectura de sus escritos. Sólo un especialista del período, que a la vez fuese un experto literato, como lo es el biógrafo ideal que halló su personalidad, podía dar al público extranjero

el extracto de una inmensa literatura contemporánea, para colocar su figura en el correspondiente marco histórico, y ubicarla en su época.

Si volvemos a los versos del *altísimo poeta* Banchs, citados al comienzo, hallaremos por contraposición el secreto del éxito lincolniano como jefe supremo del país azotado por uno de los vendavales históricos más recios que registren los anales de la humanidad. En lugar de ser un ignorante de paso firme que guiaba a una multitud vacilante en medio de la sangrienta guerra civil, Lincoln fue un verdadero sabio (en la acepción anímica más que en la intelectual), cuya primera sabiduría consistió, a ejemplo de Sócrates, en conocer la medida de sus propias limitaciones, en dudar de sí mismo, en vacilar mucho antes de tomar decisiones transcendentales que se vio precisado a imponer. Fue un vacilante que halló, por suprema intuición, su camino en medio de la tremenda lucha que libraban con decisión, ignorantes impulsados por opuestos fanatismos.

EN "LOS AÑOS DE LA PRADERA", nada hacía presagiar la posterior elevación de Lincoln, a no ser, tal vez, su afán de ser el primero en las actividades viriles que exigía el medio que lo rodeaba. La conquista del Oeste requería más que capacidad intelectual, fuerza física, cuando más acompañada de maña; Lincoln era tenido en sus comienzos por un saltimbanqui y un bufón, antes que como político llamado a altos destinos. Pero su primacía en todo lo que emprendía (como guerrillero en la lucha contra los indios y como eficiente oficial en todos los oficios que su pobreza le impuso) lo señalaba para dirigir a sus semejantes más que para seguir a otros. Su temprana prudencia, su afán de saber y su amor al prójimo, confirmaron su vocación para el mando.

Desde joven fue proteccionista y partidario de las manufacturas nacionales. Quería que su país fabricara hierro: "Nada bueno ha sido ni puede ser gozado por nosotros —decía—, sin que primero nos haya costado trabajo. Y si todas las cosas buenas son producidas por el trabajo, resulta que todas las cosas pertenecen a aquellos que han trabajado para obtenerlas. Pero ha ocurrido en todas las épocas de la humanidad que *algunos* han trabajado, y *otros*, sin trabajar, han gozado de una elevada proporción de los frutos. Esto está mal, y no debiera continuar. Asegurar a cada trabajador todo el producto de su labor, o una parte aproximada como sea posible, es el objetivo más digno de ser realizado por cualquier buen gobierno".

Pero su solución no era aconsejar la repartija de los bienes ajenos, sino la eliminación del trabajo inútil y la ociosidad. Por eso era industrialista y proteccionista. Estaba a favor de la causa liberal en todo el mundo. Kociusko lo entusiasmó, como a muchos de sus mejores contemporáneos; pero sobre el problema social agitado por los libertarios europeos, escribió: "Entre nosotros no hay una clase de trabajadores asalariados con carácter permanente. Hace 25 años yo era un trabajador asalariado. El trabajador asalariado de ayer, hoy trabaja por su cuenta; y mañana contratará a otros para que trabajen por él... Aunque se escriban volúmenes y volúmenes para exaltar las bondades de la esclavitud, nunca hemos oído hablar del hombre que desee aprovecharlas, convirtiéndose él mismo en esclavo".

Lincoln veía "...al país como joven y nuevo; el peón asalariado podía hacerse

de una granja propia... No existe en este país el hecho de que un hombre libre esté fatalmente atado a su condición de trabajador asalariado”.

La esclavitud, que está en el trasfondo de esas expresiones, fue repudiada por Lincoln desde su juventud. Una de las más emotivas descripciones de un transporte de esclavos por agua, a bordo de un barco en que los tuvo de compañeros de viaje, es suya. En ella, al contar que aquellos desdichados parecían los viajeros más alegres, comentó: “¡Cuán cierto es que *Dios atempera el viento para las ovejas esquiladas*, o en otras palabras, que El vuelve tolerables las peores condiciones, mientras permite que las mejores no sean más que tolerables”. Ese repudio le hizo tal vez cometer algunos de sus errores iniciales. En efecto, siguiendo a Clay, se opuso a la guerra de México, por temor a que las conquistas extendieran la esclavitud. Tal censura no es censurable en sí misma, puesto que nacía de un noble sentimiento contra la agresión. Pero sí lo era por el tono que dio a sus expresiones de opositor en el Congreso. Escudado en los bellos discursos de Clay y Quincy Adams, habló como un faccioso, y se ganó el apodo de *nuevo Benedicto Arnold*. Votaba los recursos para el ejército, pero censuraba al presidente de la República por su belicismo.

101

No tardó en despojarse de tales imprudencias. Siempre se había mostrado temeroso de las reformas constitucionales. Pero muy pronto halló el justo medio para no ser ni retrógrado, ni progresista extremado. Votaba los proyectos generosos y liberales, pero se oponía a las medidas drásticas contra la esclavitud. Las opuestas intransigencias de esclavistas y abolicionistas le parecían susceptibles de hacer peligrar la unidad nacional. Lincoln estaba contra los secesionistas del Norte y del Sur, puesto que los había en ambas zonas y en ambos lados. A la xenofobia, injertada en la planta de la esclavitud, la combatía diciendo que el piel roja, vestido con un taparrabo y esgrimiendo un *tomahawk* en la mano era el verdadero norteamericano nativo: “A esos—agregaba—, los echamos de sus tierras, y ahora nos volvemos contra otros que no tuvieron la suerte de llegar—ellos o sus antepasados— antes que nosotros a esta tierra”. Su prudencia acerca del problema esclavista, era tan grande que él censuraba la institución, pero no a sus sostenedores, y comentaba: “Un sentimiento universal, sea que esté bien o mal fundado, es algo que no puede subestimarse sin riesgos”.

ESTABA PREPARADO para ser el gran piloto de la nave estatal, cuando estalló la tormenta. La campaña oratoria que lo dio a conocer al gran público se singularizó por la comprensión que mostraba de los peligros que amenazaban la Casa Dividida contra sí misma. Igual nota de angustia se oye en su debate con Douglas, para la elección de senador por Illinois, que se realizó en varias localidades del distrito y fue tomado por taquígrafos y apareció en folleto, que dio a Lincoln fama nacional.

Su extraordinaria modestia, agregada a su capacidad, multiplicaba su mérito para el caso en que sus compatriotas, que empezaban a mirarlo como candidato a la Presidencia, le dieran oportunidad de elevarse al primer rango. Decía y repetía no creerse apto para el cargo de primer mandatario. Declarábase conservador, pero en el sentido de inspirarse en el ejemplo de los padres de la patria; pero no en el de resistirse al progreso, lo que le parecía opuesto a la experiencia

moderna. Se felicitaba de vivir en un país que admitía las huelgas. Y esta nota de socialismo en su pensamiento (como la anterior que conocemos sobre los que sin trabajar poseían elevada proporción de los frutos del trabajo) debe entenderse en su marco histórico, anterior a las teorías de la repartija, como argumento contra la estratificación de las clases sociales fijada por la institución nacional de la esclavitud. Que la sensatez y el equilibrio de Lincoln no surgían de un genio individual aislado, sino de la vocación política de la comunidad, probada en las biografías de sus mejores conductores, se puede apreciar en un dicho profundo de un contemporáneo y colaborador de nuestro personaje, contra un proyecto de ferrocarril al Pacífico, debatido en los días de estallar la guerra civil: "Construyamos antes la unión, y después el ferrocarril".

Las circunstancias en que se estrenó en el gobierno apenas podían ser más deplorables. En momentos en que Lincoln viajaba a Washington, el alcalde de Nueva York decía que la ciudad debía declararse libre, como los Estados del Sur que habían comenzado la secesión. El municipio de esa gran urbe era un foco de corrupción. La ingente multitud de los postulantes de puestos públicos obsesionaba al flamante mandatario. Puesto a prueba desde el primer instante, sale airoso de ella con su prudencia suprema. Para formar su ministerio, consulta al Vicepresidente, actitud observada en ochenta años únicamente por dos de sus predecesores, Jackson y Van Buren. Pero su energía no era inferior a su ductilidad. Dice que si no se pudiera obligar a una minoría a obedecer a la mayoría, se probaría la incapacidad del pueblo para gobernarse a sí mismo, y asume poderes dictatoriales. Suspende la aplicación del *habeas corpus* en procesos de traición, pese a los hábitos de vida institucional regular a que la mayoría de la clase política estaba acostumbrada.

Con el mismo equilibrio dirige la guerra para la conservación de la unidad nacional, tratando de no mezclarla con el problema de la esclavitud. A los extremistas de su propio bando trata de frenarlos para que no mezclen la ideología con la política. Cuando el famoso explorador Frémont, al frente del ejército de Missouri, lanzó una proclama de emancipación, anterior a la de Lincoln, éste lo censuró, en carta a la esposa de aquél, por haber metido al negro en el conflicto, que él trataba de mantener circunscrito a la defensa de la unión. Los abolicionistas se lo echan en cara, mientras exaltan el nombre del general relevado de sus funciones, aunque el Presidente hubiese supeditado la medida al cese de la inacción de Frémont. Este en efecto como sus colegas, era tan pródigo en palabras, como avaro de hechos. Y entre todos habían vuelto a Lincoln pesimista respecto del ejército federal.

Pocas veces se ha visto, como en la guerra civil americana, del lado unionista, un presidente civil peor secundado por militares pusilánimes, ineptos o corrompidos; y que espolea a esas mulas empacadas, hasta el riesgo del corcovo. Cuando luego de relevar a Mac Clellan por su inacción, nombró generalísimo a Hooker, lo hizo a sabiendas de que dicho jefe aspiraba a la dictadura, y le escribió una carta en que se leen estas líneas admirables:

"He sabido, de tal manera que me autoriza a creerlo, que usted dijo hace poco que el ejército y el país necesitaban un dictador. Por supuesto, que

si le di el mando no fue debido a esto, sino a pesar de esto. Sólo los generales victoriosos pueden establecer dictaduras. Lo que yo le pido ahora es que nos dé victorias, y yo correré el riesgo de la dictadura. El gobierno lo apoyará al máximo de su capacidad, que no es ni más ni menos, de lo que ha hecho y hace por todos los comandantes... Y ahora, cuidado con la temeridad, pero con energía e insomne vigilancia, adelante y dénos victorias..."

Ante los primeros triunfos de Ulises Grant, Lincoln exulta. Como le fueran con cuentos sobre el amor del general a la bebida, responde a los chismosos que si supiera qué whisky consumía el jefe victorioso, distribuiría abundante provisión de la misma marca a los otros comandantes de sus ejércitos.

La anarquía de la retaguardia no era para Lincoln una prueba menor que la inactividad de sus generales. El Presidente la acusa de ser peor que el enemigo. A la desertión (protegida por una sociedad constituida en regla) y a la resistencia violenta a la leva, el gobierno opone medidas draconianas, llegando hasta las detenciones ilegales. Reprime las sediciones con mano tan dura, que Lincoln es acusado de ser un rey *arbitrario*. Cierres de periódicos opositores demasiado libres, disolución de asambleas renuentes en las provincias, ejecución de traidores, masacre de indios cómplices de los rebeldes. Sin edulcorar los hechos, Carl Sandburg no se detiene a subrayarlos para decidir si Lincoln fue duro o blando en aplicar las leyes de la guerra. Refiere que interrogado el general Sherman (jefe del ejército del Mississippi que acabó encerrando a Lee entre su ejército y el de Grant con su famosa marcha de oeste a este, de Atlanta al Atlántico), sobre cómo evitaba las interferencias del Presidente en la justicia militar, con sus indultos de condenados a muerte, había contestado: "los fusilo antes". El biógrafo se complace en referirnos cómo Lincoln, por iniciativa propia o a pedido de los liberales del mundo entero, indultaba incluso a contrabandistas y piratas. Pero de estas mismas anécdotas surge implícitamente que las condenas ejecutadas se elevaban a miles.

Entretanto la propaganda se llevaba como arma suplementaria por ambas partes, con la exageración que en todas las guerras. Un panfleto contra Lincoln sobre las detenciones arbitrarias habla de doncellas violadas y de niños encerrados en sucios calabozos. Pero ambos bandos rivalizaban en atrocidad. Entre los Confederados se destacó un coronel Forrest por su desenfreno homicida. Entre los unionistas, Sherman, con su científica destrucción del Sur. Este general enviaba partidas forrajeras que cometían, según Carl Sandburg, "actos de pillaje, robo y violencia". Pero sostiene que fueron casos excepcionales. Por su parte, los Confederados a la desesperada tenían sus propios saqueadores en el mismo Sur. Los desertores de Lee agravaban el problema. Ambos bandos hacían la guerra, como siempre se la hace, violando sus leyes. El campo de concentración de Andersonville, en el Sur, para los prisioneros unionistas, parece una anticipación de los que ochenta años más tarde conocería Europa. Pero el biógrafo de Lincoln se rehusa a decidir quién tenía la culpa. Y dice que en Chicago había una contraparte de Andersonville, para los prisioneros confederados en el Norte.

PERO AUN CEDIENDO a exigencias de la dura realidad, el alma de Lincoln no se endureció jamás en la acción. Para conciliarse con el Sur, decía lo menos posible sobre las atrocidades de los rebeldes. Una vez visitó en un hospital a unos prisioneros confederados heridos, y conmovió a todo el mundo por la afabilidad con que los trataba. Otra vez llora por no haber tenido más remedio que hacer ejecutar la sentencia de muerte de un pirata distinguido, Mr. Beall. Esa grandeza de alma encuadrada en un sistema nacional abonado por experiencias felices casi seculares, le dio ese equilibrio que le permitió salir airoso de la prueba más tremenda que debió afrontar ningún Presidente norteamericano. Ante la ola de corrupción de los suministros de guerra, se convence de la culpabilidad de su ministro del ramo, Cameron, y le acepta la renuncia. Ya antes de que lo nombrara se lo habían denunciado como venal; mas, ante la negativa de todos a responsabilizarse de la acusación, Lincoln le había dado el cargo debido a su importancia política. Pero durante la guerra las irregularidades que cundían en la administración, incluso del ejército, amenazaban la moral del frente. Los jefes militares compraban algodón barato en el Sur, y lo revendían con agio en el Norte. El juego y la prostitución hacen presa de la capital. La fuerza creciente del gobierno, y la sed de ganancias deshonestas en muchos de quienes lo ejercen, tientan al enriquecimiento sin causa. Algunos funcionarios arruinan a los comerciantes honestos y prevarican en favor de los deshonestos. Los nuevos ricos pululan en el país. No satisfechos con el fruto del prevaricato, unos oficinistas del Ministerio de Hacienda transforman su despacho en agencia de seducción y prostitución. Lincoln era demasiado sabio para ignorar la verdad eterna que un periódico inglés repitió entonces, diciendo que una guerra engendra más canallas que los que mata. Y ante las presiones que sobre él se ejercían para que otorgara permisos de comerciar con el Sur, cedió a veces, haciendo *la part du feu*, como dicen los franceses. Pero la corrupción conocida de su Ministro de la Guerra volvióse en cierto momento peligrosa y debió sacrificarlo. Para no anularlo totalmente, lo mandó de ministro a Rusia.

La misma longanimidad mostraba en todos sus actos. Son famosas las críticas mordaces que aguantó de sus ministros desde el primer día. Seward le quiso imponer un plan de gobierno a poco de ocupar la Secretaría de Estado; y el Presidente se desembarazó de la indebida pretensión, sin herir al indiscreto, con la misma suprema habilidad con que despachaba a los postulantes de puestos públicos, con las manos vacías y contentos. Cuando el Ministro de Hacienda, Chase, aspira a sucederle, y hace una campaña clandestina para ganarle a su jefe la candidatura presidencial del 64, Lincoln lo conserva en el Ministerio. Cuando al fin no tiene más remedio que aceptar la renuncia de Chase, lo nombra para cubrir una vacante de la Suprema Corte. Ante un entredicho gravísimo entre dos ministros, Lincoln arbitra con un dictamen modelo y logra conservar a sus dos colaboradores. A los chismosos que le objetaban el nombramiento para altos cargos de dos de sus difamadores, les contestó: "No puedo manejar el gobierno basándome en la teoría de que todo empleado público debe creer que yo soy el hombre más grande del país".

ESA ELEVACION del alma, trasladada de la psicología a la política, se traducía en un empirismo abierto flexiblemente a la persuasión de los hechos. Cuando

el príncipe de Joinville, hijo de Luis Felipe, le preguntó qué línea seguía, le contestó que ninguna, diciendo que sólo trataba de que no se le volara la carpa en que acampaba. Recordando su práctica juvenil de changador de río en el Mississipi, comparó su conducta con la de los pilotos que había visto: "Los pilotos en nuestros ríos —dijo—, van timoneando de un punto a otro, como suelen decir. Esto es, que no fijan el rumbo del barco más allá de donde alcanza la vista. Y es lo que me propongo hacer con los grandes problemas que se plantean ante nosotros".

Y a un amigo le dijo al final de su vida "...que no había tenido una política fija, sino que de día en día había hecho lo que le había parecido mejor". Claro está que no carecía de una política de fondo, de un norte que no le permitió perder el rumbo. Las expresiones citadas se referían a los medios: el fin que persiguió como el viajero primitivo se guiaba por una estrella, hasta llegar a la meta, nunca se apartó de su mente, y era el de conservar la unidad territorial del país, tal como lo expresó en su famosa carta a Greeley, una de las cumbres de la política mundial, por la que tengo admiración desde mi primera juventud:

105

"Quiero salvar la Unión... Si algunos no desean salvar la Unión, a menos que al mismo tiempo puedan salvar la esclavitud, yo no estoy de acuerdo con ellos. Si no quieren salvar la Unión, a menos que puedan al mismo tiempo destruir la esclavitud, yo no estoy de acuerdo con ellos. Mi objetivo supremo en esta lucha es sólo salvar la Unión, y no salvar ni destruir la esclavitud. (Subrayado de Lincoln). Si pudiera salvar la Unión sin libertar ningún esclavo, lo haría; y si pudiera salvarla liberando a todos, también lo haría; y si pudiera salvarla liberando algunos y dejando a otros como están, estaría también dispuesto a hacerlo".

Decía en su mensaje de fines del 62, que el territorio era lo único que tiene perdurabilidad, porque las leyes cambian, la gente muere, pero la tierra queda. Por su propia experiencia, sabía más: que la tierra queda después que las opiniones de los políticos han cambiado. Esta manera de aferrarse a la tierra, que algún periódico británico llamó el telurismo de Lincoln, no tenía nada de lo que se entiende por tal, como influencia del suelo en la psicología de los hombres, sino que era política pura, la conclusión a la que había llegado un hombre que en su juventud se había opuesto a la expansión territorial, pero que madurado por las responsabilidades gubernamentales comprendió la importancia del engrandecimiento nacional, que antes había desconocido.

Y AQUÍ INTERVIENE el factor colectivo, el sistema nacional, para encuadrar y acendrar el genio individual. Ni con todo su gran talento habría podido Lincoln hallar por sí solo aquellos grandes principios de política norteamericana, que mencioné al principio, y que guiaron al que llamé "ingenio lego" por entre el laberinto de las circunstancias en que actuó. Evitar el conflicto con Gran Bretaña, para no pelear en dos frentes; desentenderse de la agresión europea a México, que violaba la doctrina Monroe y amenazaba la seguridad norteamericana; negarse a reconocer la independencia del Sur, para no admitir la mediatización de

la soberanía, no eran hallazgos del genio, sino enseñanzas de la tradición abonada por experiencias felices.

La conciencia alcanzada por Lincoln durante la guerra era tan clara que al ceder en la negociación con los ingleses y entregar los comisionados del Sur, repetía como un refrán lo de: "una guerra por vez". Y agregaba que si Gran Bretaña podía anotarse un triunfo momentáneo, no le duraría, pues una vez liquidada la guerra civil y mantenida la unión, los Estados Unidos serían tan poderosos que podrían pedir cuentas a la señora de los mares. En discurso del alemán nacionalizado Schurz, que Sandburg considera lleno de las ideas de Lincoln, se expresa la seguridad de que para dentro de un siglo el país será nación . . . "tan poderosa que se consulte su parecer antes de que cualquier potencia de la tierra se atreva a perturbar la paz mundial". Y estas anticipaciones de un intuitivo genial, basadas en una tradición de experiencias felices, son de las que no fallan.

Como la función hace el órgano, la guerra en defensa de la unión por un futuro de grandeza fortifica el poder del gobierno federal. Lincoln sabía que la constitución había de ser muy zarandeada antes de volver a regularizarse. Pero recordaría el dicho de Jefferson al comprar la Luisiana violando la constitución, de que la constitución se robustecería con esa compra. Durante la guerra civil, dice un agudo escritor político norteamericano de comienzos del siglo XX, Weeden, "el poder central de la Unión, destinado en último término a extender su mano imperial sobre cada ciudadano, se estaba desarrollando lentamente". En nuestros días habíamos de verlo extenderse a los más apartados rincones del mundo.

LA EMPRESA DE engrandecimiento, a punto de interrumpirse con la secesión de medio país, conservó con el triunfo de la unión los elementos logrados hasta entonces para proseguirse exitosamente. Y con tal éxito, los norteamericanos vencieron los defectos de que adolecía la nación en un estadio evolutivo primario. El libro de Sandburg nos ha mostrado en la gran República del Norte vicios que se suele decir exclusivos de los países de origen ibérico. Y nos permite ver que los Estados Unidos de 1861, con sus treinta millones de habitantes dispersos en un inmenso territorio, principalmente dedicados a las industrias agropecuarias, antes de la gran expansión económica, adolecían tal vez de mayores deficiencias de las que ahora son nuestro lote. Lincoln se quejaba, al asumir la presidencia, de la empleomanía, de la falta de espíritu de trabajo, de la corrupción en los políticos, en los funcionarios y en los militares. En suma, no eran ni peores ni mejores de lo que somos nosotros, en un estadio de evolución similar al que ellos atravesaban en aquella época.

La empresa política afortunada, la experiencia feliz les permitió curarse de los males que los afligían. El desarrollo de los ferrocarriles, la explotación del hierro, la industrialización, la aparición del petróleo: la expansión económica, en suma, regularizaron la vida política interna, hasta el punto de hacerles parecer de otra pasta humana. Pero fue la alta política, la de engrandecimiento territorial, la diplomática —que es la verdadera— la que creó las condiciones para la expansión económica. No sólo por la creación de un espacio geopolítico descomunal,

condición previa de un gran mercado para una gran producción, sino también por el amparo que la soberanía plena da al desarrollo interno.

No se piense que esa transformación operada en los Estados Unidos resultó naturalmente de los hechos dados en la situación, sin intervención alguna de la voluntad humana, ni que el transcurso del tiempo la acarreará por sí sola en aquellos de nuestros países cuyas condiciones se asemejen más a las de la República norteamericana. Ella fue fruto de la voluntad esclarecida, desde la conquista de un inmenso territorio hasta la pujanza económica, a la que el mundo parece quedarle chico. En el origen de esos éxitos hay, más que condiciones naturales, el firme e inteligente propósito de aprovechar al máximo las que se tienen a la mano.

Así leído el libro de Sandburg puede ser, antes que amena literatura, una lección de alta política.

ROMULO GALLEGOS Este mes celebra Venezuela los 75 años de Don Rómulo Gallegos. Hoy por hoy, su mensaje civilizador, su robusta obra literaria, su pensamiento y acción gozan de la admiración de todos los pueblos de América Latina; Gallegos recibe en vida la gloria que a muy pocos ha sido reservada.

Para todos los sectores nacionales los 75 años de Don Rómulo Gallegos tienen un especial significado; en la vida nacional representan un constante y magistral ejemplo vivo; en la literatura es un caso excepcional en nuestras letras.

No obstante esta atmósfera de reconocimiento al Maestro Gallegos, sería oportuno plantearse algunas preguntas de fondo, revisar el puesto y significado de Gallegos en la cultura patria, comprender el alcance de su obra y examinar radicalmente el lugar que ocupa y el que debería ocupar en el desarrollo del espíritu nacional.

El primer factor cultural que hay que tener presente es la ausencia de un gran libro sobre Gallegos. Nos hemos detenido en el panegírico fácil, en la frase demagógica y superficial que presenta a Gallegos como un simple profeta de la civilización en lucha contra la barbarie. Tal actitud no alcanza a explicar a cabalidad la rica y compleja tramazón ideológica que desarrolla su literatura, tampoco expresa la dramática contradicción con que es examinada nuestra realidad en la literatura galleguiana. En este sentido, la cultura venezolana está aún en deuda con el Maestro Gallegos; no hemos sido capaces de poner de relieve todo el rico contenido de su obra, no hemos sido capaces de organizar sistemáticamente su pensamiento y realizar una crítica en base a sus ideas.

Un segundo factor es aún más complejo. ¿Ha tenido la literatura galleguiana desarrollo? ¿Se ha convertido en un movimiento? ¿Termina Gallegos en sí mismo o es continuado por una corriente literaria? Este problema no es otro que el del puesto de Gallegos en la historia de la literatura nacional. En realidad, Gallegos se levanta como nuestro único gran novelista, solitario y aislado frente a la vertiente de su propio futuro. ¿Ha formado escuela? ¿En qué escritores ha renacido su obra? En alguna oportunidad se ha señalado la discontinuidad como característica de nuestro drama histórico. Valdría la pena examinar hasta

qué punto esta incoherencia histórica, que aísla procesos y movimientos, ha influido en el desarrollo de la obra de Gallegos como una corriente sin evolución dentro de la historia de nuestra literatura.

Estas y muchas otras preguntas son el imperativo que se levanta frente a los jóvenes intelectuales como tareas a realizar. El gran homenaje a Gallegos está aún por hacerse...

LA PERDIDA DE LA RAZON "También a la Historia de la Filosofía pueden aplicarse, dice Lukacs, aquellas palabras de Marx en la Ideología Alemana: *No hay que olvidar que el derecho no tiene una historia propia, como no la tiene tampoco la religión*". En esta obra —"El asalto a la razón", Fondo de Cultura Económica, México, 1959, 705 págs. Traducción de Wenceslao Roces de la 1ª edición alemana de 1953—, el más importante filósofo húngaro trata de mostrar los condicionamientos socio-económicos que han determinado el movimiento irracional de la filosofía contemporánea. Así, la trayectoria irracional que va desde Schelling hasta Heidegger, es encajada dentro del proceso histórico que remata en Adolfo Hitler y la Segunda Guerra Mundial. Encuentra Lukacs dos características principales del irracionalismo: "la huída ante el planteamiento filosófico decisivo, ante los problemas metodológicos y de concepción del mundo" y, "el convertir el problema mismo en solución, proclamando la supuesta imposibilidad de resolver el problema como una forma superior de comprender el mundo". Esta segunda característica es típica de toda manifestación irracional; los enemigos de la razón en forma contradictoria pretenden explicar lo supuestamente inexplicable por medio de su inexplicabilidad.

El problema está basado en la pérdida de la capacidad teórica y en la imposibilidad de resolver las contradicciones internas de una clase; en la Filosofía, esta incapacidad histórica se manifiesta en la poca inclinación de los sabios y filósofos burgueses a extraer las consecuencias contenidas en la riqueza de los hechos. Los problemas se proponen como realidades del "más allá" y la imagen mental no puede apresar por vía racional los originales objetivos.

Partiendo de Schelling y Jacobi, Lukacs analiza la Filosofía de Kierkegaard, Schopenhauer, Nietzsche, Dilthey, Simmel, Scheler Heidegger, Jaspers, el neohegelianismo reaccionario y la sociología alemana del periodo imperialista.

No cabe la menor duda acerca de la importancia de esta obra. "El asalto a la razón" es uno de los grandes libros de nuestro tiempo, imprescindible para comprender la lucha ideológica del siglo, indispensable para descubrir las "secretas" conexiones entre el pensamiento moderno y los intereses que se manifiestan al través de las teorías y los sistemas.

Sería interesante comparar los intentos de dos de los espíritus filosóficos mejor dotados de nuestro tiempo, J. P. Sartre y G. Lukacs, quienes por vías diferentes se encaminan a restituir la razón a sus plenos derechos que parecen olvidados, por la filosofía burguesa, después del siglo de las Luces.

CULTURA NACIONAL - CULTURA POPULAR

La discusión en las Cámaras del problema de fundación del Instituto de Cultura plantea radicalmente la cuestión de la cultura nacional y la cultura popular.

La fundación de un organismo central de administración y fomento de la cultura y las artes, no puede ser determinada como una conveniencia absoluta; todo depende, en concreto, del sentido y la orientación, de las bases sobre las cuales se establezca la Institución. En el país existen entidades que realizan labores culturales específicas tales como la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación y las Direcciones de Cultura de las Universidades Nacionales. Frente a las tareas llevadas a cabo por estos Institutos cabe preguntar si el Instituto de Cultura será una suma mecánica de las funciones de aquéllos o si pretenderá realmente llevar a cabo una labor cualitativamente diferente.

El asunto fundamental radica en la comprensión de lo que debe ser una cultura nacional, en los instrumentos y esfuerzos que deben ponerse al servicio de una campaña por el desarrollo cultural. Hasta ahora, mucho de lo que se lleva a cabo en el país es administración y exhibición de la cultura; lo que haría falta es más bien la *creación y el fomento* de la cultura. Ahora bien, fomentar una cultura nacional no puede ser otra cosa que fortalecer las condiciones necesarias para que se desarrollen las posibilidades creadoras de las grandes masas populares, para que el hombre de toda la República se integre a una realidad de tipo nacional, a un movimiento, a una acción colectiva.

El escritor, el artista, el intelectual en general, produce para una minoría selecta; los grupos intelectuales son los únicos consumidores de sus propios productos; vivimos en una autolectura, autocontemplación... El problema es complicado porque no se debe exclusivamente a una acción evasiva de los intelectuales; muchas veces la evasión es una consecuencia de la indiferencia del público y la indiferencia del público está determinada por una compleja pobreza espiritual, tanto de los amplios sectores nacionales, como de los intelectuales.

Por esta razón es necesario encarar la cuestión como un problema nacional, conectado con la realidad económica, histórica, social, política, con el estado de la educación popular, con los intereses particulares de los diferentes sectores de la sociedad, con las características regionales de las diferentes partes de la República.

En este sentido el Instituto de Cultura tendría, primero, que establecer precisamente su concepción de una cultura democrática y popular; de lo contrario, no pasaría de ser una superestructura del actual estado de cosas, una mayor burocratización de grupos e intereses que frenan el verdadero desarrollo del espíritu nacional.

FESTIVALES DEL LIBRO

El Segundo Festival Popular del libro se ha inaugurado; esta vez con diez obras de Rómulo Gallegos. Ya el Primer Festival había puesto de manifiesto que el desinterés popular por los libros tenía como fundamento la imposibilidad de adquirir las obras. El público ha demostrado que está ansioso de lecturas y que el problema

más grave radica en el precio prohibitivo del libro. En este sentido, los Festivales, además de realizar una labor de difusión cultural, tienen una gran importancia porque pueden hacernos ver con claridad el problema.

En Venezuela no hay libros de textos escolares, no hay libros de textos universitarios, no hay libros de consulta, no hay libros de lectura recreativa, no hay libros de divulgación técnica o científica. Todo lo surten las editoriales extranjeras a precios inaccesibles. ¿Cómo pretender elevar el nivel cultural y técnico sin el vehículo material, el libro? Más aún, dentro de los planes de alfabetización es necesario contemplar el problema de las lecturas que pueda realizar el alfabetizado. En concreto, *enseñar a leer sin dar qué leer, es un contrasentido*. Podremos alfabetizar todos los campesinos pero si no les entregamos un material útil, interesante y efectivo, no incorporarán jamás las letras a su vida y terminarán por olvidar lo aprendido. La cuestión no es enseñar a leer y escribir; leer y escribir son medios para algo más y no fines en sí. Solamente el día que los planes de alfabetización contemplen el problema del libro y al través de literatura apropiada, lleven la cultura y la técnica a todos los sectores nacionales, se podrá pensar radicalmente en la aniquilación del analfabetismo.

NAZIM HIKMET EN LA UNIVERSIDAD

La presentación de "Leyenda de Amor" ante el público venezolano, había despertado el interés y el entusiasmo de todos. Escuchar la voz del gran poeta que al través de su obra ha logrado plasmar un nuevo sentido de la poesía —un lenguaje sencillo y directo, cuya intención última radica en dignificar al hombre y sus luchas— y la voz de uno de los más sufridos y abnegados defensores de la libertad y la fraternidad, tenía para nosotros un especial significado. Conocíamos la poesía de Nazim Hikmet —principalmente por la traducción de Carlos Augusto León— y esperábamos, naturalmente, recibir el gran mensaje de su "Leyenda de Amor". No obstante, la puesta en escena, constituyó un rotundo fracaso.

Lo primero que hay que lamentar, es la falta de comprensión del texto de Hikmet. El espíritu de la obra fue tergiversado hasta el punto de convertirla en una pesada y tediosa sucesión de imágenes, inconexas y desarticuladas, que mucho recuerdan los "cuadros vivos" de las escenificaciones escolares de fin de curso. A tal punto llegó esta incompreensión, que la palabra de N. Hikmet sucumbió totalmente. En realidad los defectos básicos están en la dirección; a ello lógicamente, se suman las consecuencias que este error de fondo, produce en la actuación. Es decir, los actores tenían poco y nada que hacer al faltarles la dirección. Los jóvenes universitarios podían haber puesto todo su esfuerzo y talento, pero faltaba la mano capaz de integrar, faltaba la orientación que da sentido y consistencia. Así la obra carecía de objetivo. Esta deficiencia trajo como resultado la total aniquilación de la capacidad de los actores: sus movimientos —indeterminados— los hacía confundirse a los unos con los otros, la voz estaba fuera de todo o en distintos acentos injustificados y ajenos completamente a la dicción teatral. Los papeles no habían sido estudiados suficientemente, a tal punto, que largos silencios reemplazaban partes fundamentales del texto. Pero por otra parte, donde aparecía la mano del director, era para señalar textual-

mente cada uno de los cinco puntos de que hablaba Gastón Baty, como argumentos de resistencia contra el director escénico:

"Sobreposición del espectáculo al arte teatral. Imposición de lo mecánico y abogo del espíritu. Regodeo en minucias y muerte de la espontaneidad. Labor del escamoteo de lo esencial. Preferencia de lo visual."

La obra era extraña a los actores y al público (y no por un intencional "alejamiento" para dejar en libertad al público, a la manera del teatro de Bertold Brecht, sino por inadecuación). No había comunicación del público con los actores, ni relación alguna entre los actores con los personajes y las situaciones. En suma, faltaba la más mínima "reconstrucción" de imágenes "vivientes" que reclama tan insistentemente el teatro brechtiano.

Es curioso el hecho contradictorio de que los males de la representación estén fundamentalmente en la carencia de dirección, por una parte, y en el abuso de ella, por la otra. Es decir, la dirección no supo trabajar y conducir a los actores ni enseñar lo elemental y luego, como consecuencia, se pretende hacer la obra sin la colaboración del actor, dándole preferencia al espectáculo, a lo externo e insustancial.

Creemos que este fracaso se debe, en gran parte, a la improvisación y falta de madurado estudio. El TU, ha demostrado en otras ocasiones, sus posibilidades artísticas y no cabe la menor duda acerca de la excelente madera de Hermán Lejter, Juan Catalá, Democracia López y Aníbal Montesinos. Este último tiene tales aptitudes, que su aparición en "Leyenda de Amor", fue un momento excepcional; en medio de aquella aniquilante confusión, la personalidad de Montesinos se destacó y consiguió, por un instante, dar al público una señal de arte y vida, aunque, lamentablemente, su actuación también sucumbió a causa de la total inadecuación que reinaba en la escena.

Es de esperar que el TU rectifique este error y lo sepa elevar a una experiencia cuya enseñanza no es otra que aquella de Goethe: "un genio es noventa y nueve por ciento de trabajo y uno de talento". El gran público que colmó el Aula Magna, para ver a los universitarios, merece que le respondan a su confianza. Es evidente que una función como la realizada por el Teatro Universitario con "Leyenda de Amor", juega un papel muy negativo en el destino del teatro en nuestro país; para un público que apenas comienza a habituarse a este género de manifestaciones artísticas, "Leyenda de Amor" puede haber significado, para muchos, el definitivo desprecio y alejamiento de todo lo que pueda ser teatro.

Lo sucedido con "Leyenda de Amor", es la concreción de vicios que ya se habían presentado en otras actuaciones del TU. La ausencia de una escuela formadora de actores, la falta de autocrítica, el desmedido afán de lucimiento personal, la resistencia a toda crítica que no esté plagada de alabanzas y ditirambos, el estericismo plástico, etc., son errores que se podían apreciar desde hace algún tiempo.

Creemos que el problema planteado exige una revisión rigurosa y definitiva. Si bien no es justo defraudar al público, ni aniquilar esta necesaria manifestación artística de la Universidad, tampoco es justo defraudar la fe, el entusiasmo

y la voluntad de los jóvenes actores universitarios. Muchos de ellos podrán realizar sus posibilidades artísticas, siempre y cuando no se los utilice como simples marionetas, sino como un noble elemento al que hay que enseñar y ayudar para que pueda plasmar sus aptitudes.

Es necesario deponer toda ambición de logro personalista, todo vedetismo oportunista y todo intento de conseguir "nombre y fama" al través de una labor que tiene como verdadera misión el estimular y fomentar vocaciones artísticas en la Universidad. Además, es necesario adoptar una actitud crítica y sincera, un sentido de responsabilidad y honestidad frente a lo hecho o por hacer.

Por último, no sería vano insistir en que el teatro es siempre obra colectiva, obra *comunitaria* resultado de la concurrencia de opiniones distintas, trabajo en equipo y no el producto de aspiraciones y caprichos individuales que —por bien intencionados— nunca pasan de ser meros experimentos donde los conejillos de indias son la mayoría del grupo y parecen los verdaderos objetivos del arte.

REVISION DEL TRATADO COMERCIAL
CON EE. UU. DE NORTEAMERICA

La opinión pública nacional está convencida de la necesidad de medidas proteccionistas ten-

dientes a facilitar el desarrollo de nuestra producción, a fin de asegurar un volumen superior de empleo y, como consecuencia de ello, un aumento del nivel de vida y una mejor y más justa distribución de los ingresos. De ahí que haya sido acogida con general regocijo la revisión del Tratado de Reciprocidad Comercial con Estados Unidos anunciada por el Gobierno, el cual ya ha procedido a señalar restricciones a una serie de artículos incluidos en la lista número uno, cuya producción nacional si bien se ve estimulada por el aumento de la demanda interna, se encuentra frenada en su expansión por la competencia de los productos similares importados, que gozan de la protección de la cláusula de Nación más favorecida, consagrada en el Tratado y que permite que recibamos exportaciones norteamericanas en condiciones de "dumping". Justificadas están las medidas contempladas con respecto a las leches conservadas, los cigarrillos, alimentos enlatados, etc., cuando observamos las cifras del Banco Central, en su memoria correspondiente a 1958, según las cuales la fabricación de productos lácteos en el país expandió su volumen con respecto a 1957 en un 16 %, así como el envase y conservación de frutas y legumbres presentó un aumento de 59 %. Por lo que hace a los cigarrillos, encontramos un consumo para el año 1958 de 6.357 millones de unidades, de los cuales la industria nacional suplió 3.985 millones, lo que representa un aumento de 445 millones con respecto al año anterior permitiendo a dicha industria elevar su volumen de empleo, con respecto al año precedente en casi un 6 %. Dicho porcentaje habría sido aún mayor si el incremento del consumo se hubiera cubierto en forma más amplia con el producto criollo.

TERMINO EL PLAN DE OBRAS
EXTRAORDINARIAS

El Gobierno del Presidente Betancourt está realizando severos ajustes con el objeto de poner orden en la economía.

Su determinación de eliminar el llamado Plan de Obras Extraordinarias es quizás la decisión económica más importante efectuada durante su corto tiempo de mandatario. Era ya un clamor general que cubría todos los sectores de la colec-

rividad, reclamando la eliminación de un costosísimo plan, que lejos de beneficiar, perjudica el plan de inversiones del Gobierno y drena al Fisco en forma peligrosa. Su costo total alcanza a más de 500 millones de bolívares y, según las investigaciones de la comisión nombrada para su liquidación, las irregularidades cometidas revelan cómo privó la imprevisión y ligereza administrativa en todo su desenvolvimiento, hasta llegar a remunerar el ocio de millares de personas. Se hizo, alegan algunos, con el fin primordial de atender la necesidad de empleo de miles de trabajadores, pero no se meditó suficientemente para comprender cuál sería su impacto en la economía nacional. El resultado ya lo conocemos: ni solucionó el problema del desempleo ni fue en ningún momento inversión reproductiva. Y es que las obras públicas no crean fuente de trabajo permanente y mucho menos cuando se trata de obras improvisadas.

CORPORACION DE PETROLEO

Declaraciones del Ministro Pérez Alfonso publicadas por la prensa en estos días nos informan de la próxima creación de la empresa petrolera nacional. Será éste uno de los pasos más firmes del régimen en pro de la independencia económica y del desarrollo del país. Si las razones de estrategia no bastaran para justificar la creación de esta empresa, ella quedaría ampliamente autorizada al estimar los beneficios que la economía nacional puede recibir con su creación: estímulo al desarrollo de las fuerzas productivas en favor de un cambio estructural, posibilidades de autoabastecimiento del mercado interno que se traducirá en un ahorro de divisas, modificaciones de nuestra balanza comercial, una más amplia distribución de los beneficios de la producción petrolera en la colectividad y aumento de la participación del Estado en los beneficios de la producción petrolera.

Dirigir la actividad del Gobierno hacia el establecimiento de una empresa petrolera nacional integrada es, sobre todo, un acto de fe en los recursos humanos y materiales del país; significa confianza en un estilo de vida en constante evolución y progreso y la posibilidad de hacer que la técnica moderna, que a veces tiende a oprimirnos, sirva mejor a los fines de un desarrollo balanceado a favor de los sectores de poco ingreso. El establecimiento de la empresa es, quizás, el mejor estímulo para mover el inmenso potencial económico de la nación que va a culminar en la diversificación definitiva de nuestra economía.

la reforma agraria en venezuela *

Señor Decano de la Facultad de Economía;

Señores representantes de países amigos al Seminario sobre Reforma Agraria,
organizado por la Facultad de Economía;

Señoras y señores:

DEBO COMENZAR por agradecer a la Facultad de Economía y a su Decano, el doctor Atilio Romero, que me hayan invitado a participar en este acto académico. No tengo título universitario porque la incesante lucha contra las dictaduras criollas, con sus alternativas de cárceles y de exilios, no me permitió concluir mis estudios académicos. Soy apenas un autodidacto, estudioso del problema agrario venezolano, como de los otros que constituyen la problemática nacional; pero con las inevitables lagunas en el conocimiento de esta materia de quien no ha seguido cursos sistematizados en aulas de estudios superiores.

EL PROBLEMA agrario venezolano es tan viejo como nuestra nación. La producción agrícola nació en Venezuela, como en la casi totalidad de los países de América Latina, bajo el signo del latifundio. Los reyes hispánicos otorgaban tierras a los colonizadores *hasta donde alcanza la vista*. Así fueron despojados los indígenas de sus propiedades con la circunstancia, en Venezuela, de que no existía una tradición de producción agrícola con cierto nivel de desarrollo, como en los países donde la población indígena había evolucionado y progresado antes del Descubrimiento y la Conquista. El indio venezolano vivió dentro de *la encomienda y de la mina* sin el acicate subconsciente del recuerdo, que en los mexicanos y peruanos fue fermento de rebeldías, de una época prehispánica en la que trabajara colectivamente la tierra.

En el discurrir de la Colonia fue operándose un proceso de evolución en nuestro país, como en los otros de América Latina, que culminó con el movimiento de

* Conferencia dictada por el señor Rómulo Betancourt en el Seminario sobre Reforma Agraria el día 21 de noviembre de 1958, en la Universidad Central de Venezuela. Versión taquigráfica especialmente revisada por el autor.

emancipación de 1810 y que en Venezuela tuvo la característica muy definida de ser dirigido no por la burguesía, como la gran Revolución Francesa, porque no existía ese estamento en nuestra patria, sino por el ala más radical y jacobina de la clase terrateniente.

Tal vez está aquí la explicación de un fenómeno que ha resultado incomprendible para la crítica histórica superficial. Mientras en Francia el pueblo iba resueltamente detrás de una burguesía iconoclasta que estaba quebrantando el sistema feudal de propiedad y era irreverente frente a todos los dogmas, en Venezuela los grupos populares no terminaban de creer en las promesas que les hacía la clase terrateniente nacional.

Fue Juan Vicente González, que así se revelaba como una sagaz intérprete de nuestra realidad, quien por primera vez aportó la explicación de ese fenómeno paradójico de que las masas populares, antes remisas, acompañaran a Boves para destruir la Primera República, a la que llamamos la Patria Boba. Juan Vicente González señaló que el pueblo venezolano se sentía más cerca de aquel asturiano acriollado, que le hablaba su propio lenguaje y que le ofrecía repartirle las tierras de los criollos terratenientes, que del enguantado y blasonado Marqués del Toro.

Y fue Páez quien arrancó de los realistas la bandera popular de la revolución; porque no se limitó a la oferta que hacían los pioneros de 1810 de libertades públicas e independencia de España, sino que, concretamente, ofreció a sus llaneros que una vez terminada la Guerra de Independencia distribuiría entre ellos las tierras confiscadas a los españoles realistas.

Bolívar, en 1816, en el Llano, cuando fue a incorporar a los llaneros al ejército patriota, aceptó la exigencia planteada por Páez de que se ofreciera a las tropas libertadoras que serían parceladas y divididas entre ellas las tierras confiscadas a los españoles una vez realizada la independencia, y dictó un Decreto-Ley, llamado *de Repartos*, que otorgaba tierras al campesinado en armas.

Bolívar, formado en el ideario político de la Enciclopedia, un revolucionario de su tiempo, comprendía perfectamente que junto con la independencia política de España había que ofrecer al pueblo venezolano concretas reivindicaciones sociales. Por eso, en un Decreto por él emitido, cuando la expedición de los Cayos de Haití, ofreció a los esclavos que se incorporaran a los ejércitos libertadores la manumisión y luego pugnó por que el Congreso promulgara una Ley de Repartos, consagración jurídica del ya citado Decreto del mismo nombre, emitido en 1816. Fueron reiterados los esfuerzos de Bolívar, y así consta en varios documentos, para que el Congreso promulgara la "Ley de Repartos", o de Reforma Agraria, como se llama a ese tipo de legislación en el léxico contemporáneo. Consecuente con su punto de vista sobre necesidad de dotar de tierras al campesino, dictó otro Decreto en 1824, en Chuquisaca (Bolivia), por el cual se establecía que "cada individuo de cualquier sexo o edad que sea recibirá una fanegada de tierra en los lugares pingües y regados, y en los lugares estériles y privados de riego recibirá dos".

En lugar de la Ley de Repartos propiciada por el Libertador, lo que promulgaron los rúbulas al servicio de la idea latifundista fue una Ley de Haberes Militares

y no el reparto *en las tierras mismas*, como textualmente exigía el Libertador. Mediante esta Ley de Haberes Militares se emitieron unos bonos muy parecidos a aquellos bonos de 1936, de la herencia de Gómez; y Laureano Vallenilla Lanz, en *Cesarismo Democrático* —un escritor y un libro que son insospechables de veleidades heterodoxas en materia social—, señala que estos bonos fueron acaparados por Páez, por los Monagas y por otros caudillos militares, quienes, habiendo ingresado pobres a la lucha por la independencia se contaban ya en los comienzos de la Segunda República, entre los mayores propietarios de tierra del país. A los soldados y oficiales de baja graduación sólo les quedaron sus cicatrices de guerra, los partes en los que se les reconocía su heroísmo y unas cuantas medallas de plata dudosa. Terminada la guerra, una gran masa de antiguos oficiales y soldados encontraron destruida su familia en el vórtice de veinte años de guerrear incesante; se encontraron sin tierra, sin oportunidades de trabajo estable, y entonces surgió aquel fenómeno de las partidas agavilladas en los Llanos, y muchos de los hombres que habían hecho las Queseras del Medio, Pantano de Vargas y Boyacá se dedicaron al abigeato de ganado.

La respuesta de la Oligarquía Conservadora, muy honrada en lo administrativo y respetuosa de las libertades públicas pero con una extraordinaria insensibilidad social, fue dictar una drástica *Ley de Hurtos* y en lugar de ir a buscar las causas del desajuste colectivo, del desajuste social, en una distribución de la riqueza signada de iniquidades, lo que estableció fue la pena de azotes y aun de fusilamiento para quien en el Llano tasajeara un maute ajeno.

Páez fusiló a muchos de sus antiguos compañeros de armas en cumplimiento de esta Ley de Hurtos. Esos procedimientos punitivos, sin ajuste previo del desequilibrio social, fueron agravando el proceso de los conflictos colectivos. Ello puede apreciarse en la lectura de un libro extraordinariamente interesante del doctor José Santiago Rodríguez, titulado, si no me falla la memoria, *Contribución al Estudio de la Guerra Federal en Venezuela*. En él se palpa, a través de una copiosa documentación, cómo, en los años corridos del 30 al 58, en los que estalló ese gran movimiento de masas campesinas que fue la Guerra Federal, hubo un estado permanente de tensión en el campo entre los pocos propietarios de las tierras laborables y la inmensa mayoría de los desposeídos.

La Guerra Federal duró cinco años y fue arrasadora de vidas y de riquezas. Los esfuerzos que había realizado la Oligarquía Conservadora para estructurar un Estado y para ordenar la Administración Pública, naufragaron en la vorágine de una guerra terrible. Así pagaron su delito de insensibilidad quienes estaban gobernando la República, con buena fe pero con el oído sordo ante el clamor de justicia social de las mayorías empobrecidas.

La Guerra Federal fue teóricamente conducida en torno a la disputa doctrinaria entre centralismo y federalismo, pero, en realidad, y así la han calificado Gil Fortoul, Lisandro Alvarado, el propio Vallenilla Lanz, fue una guerra social, fue una lucha cuyos incentivos fundamentales eran la apetencia de tierra y de vida mejor del campesinado desposeído. Terminó esa guerra con el famoso Pacto de Coche. Liberales y Conservadores, en un amigable acuerdo de compadres, se repartieron el Poder, y Guzmán Blanco y Pedro José Rojas el saldo de libras esterlinas que quedaba del empréstito contratado por la dictadura de

Páez con una firma londinense, la de *Baring Brothers*. A la Oligarquía Conservadora sucedió la Oligarquía Liberal, y el sistema de tenencia de la tierra permaneció inmodificado hasta que advino la dictadura obstinada, prolongada, de Juan Vicente Gómez, en cuyo discurrir se aceleró el proceso de la concentración de la tierra en pocas manos.

GÓMEZ ERA UN terrófago casi patológico. El, sus familiares y amigos, acapararon casi todas las tierras laborables del país. Simultáneamente con ese acaparamiento de tierras surgieron dos fenómenos: el de un progresivo descenso de la producción agrícola de frutos exportables, café, cacao, y el afloramiento, hacia 1920, de la producción petrolera. Dos fenómenos paralelos: mientras que caía verticalmente la producción agrícola y pecuaria del país, ascendía geoméricamente la producción petrolera hasta llegar en 1928 al primer *boom*, al primer "salto", en que el país se inscribió entre los grandes petrolíferos del mundo.

No se podía tener una idea exacta de cuál era la estructura del campo venezolano porque, en aquellos años de empirismo de la dictadura gomecista, no se utilizaban siquiera rudimentos de investigación moderna; no se llevaban estadísticas. Fue en 1937 cuando se hizo el primer censo agrícola del país que desnudó dramáticamente la situación del campo venezolano.

Es bien sabido que sólo la tercera parte del territorio nacional está habitada. Allí está el área de territorio socialmente utilizable. Lo demás es *hinterland*, lo demás es tierra para colonizarla en el futuro. Pues bien, según el censo de 1937, el 85 % del área laborable del país estaba dedicado, tal vez más justamente podría decirse que estaba abandonado, a la producción de ganado que, más que cría de ganado, era cacería de ganado, a llano abierto. Los tres millones de hectáreas restantes eran la Zona Agrícola, de las cuales estaban en cultivo apenas setecientas mil, es decir, *que sólo el 1 % de la tierra laborable del país estaba cultivado y bajo el dominio de un número muy reducido de manos*. De cincuenta mil propietarios, sólo dos mil quinientos (o sea el 5 % de la población rural) poseían el 79 % de las tierras agrícolas. Del medio millón de conuqueros sólo el 10 % trabajaba en tierras suyas, y el resto laboraba de acuerdo con los métodos semi-feudales de la medianería, de la aparcería y del arriendo. Estos datos fueron confirmados por los censos agrícolas, mucho más tecnificados, que se realizaron en 1941 y en 1950 y, por último, en la investigación que realizó en 1956, bastante precisa y esclarecedora, una misión técnica de la F.A.O., organismo especializado de las Naciones Unidas, junto con nuestro Ministerio de Agricultura y Cría.

Las conclusiones de esta última investigación son muy precisas y radiografían en una forma dramática el panorama agrario de Venezuela. Encontraron que en el país había unas cuatrocientas mil unidades agrícolas en explotación con una extensión de tres millones de hectáreas, sobre una superficie total explotable de treinta millones de hectáreas. De las fincas en producción, el 80 % tenía una extensión, que las hacía definitivamente antieconómicas e improductivas de apenas tres hectáreas. Esos minifundios ocupaban un millón de los treinta millones de hectáreas que, como ya he dicho, se considera el área socialmente útil, laborable del país. La población rural activa era de ochocientas mil personas, de las

cuales apenas si cien mil eran propietarios, con la circunstancia de que muchos de ellos eran propietarios de haciendas que, desde el punto de vista técnico, eran improductivas. De los casi tres millones de hectáreas cultivadas, sólo setecientas mil lo eran por los métodos modernos de industrialización y mecanización. En el resto, en los dos millones trescientas mil hectáreas, los sistemas prevaletentes eran los tan extendidos en los campos de nuestro país: la aparcería, el arriendo y la medianería.

Las consecuencias económicas y sociales de este sistema anacrónico e injusto de tenencia y explotación de la tierra se expresan en cifras de un dramatismo impresionante. A este respecto son concluyentes las informaciones aportadas en un estudio que realizó el Departamento de Sociología de esta Universidad, en asociación con la F.A.O., y que han sido publicadas en un trabajo suscrito por el profesor norteamericano George Hill. Se hizo un muestreo en trescientas cuatro familias campesinas dispersas en distintas regiones de la geografía nacional, y se llegó a la conclusión de que el 14 % de esas familias tienen una economía exclusivamente de subsistencia, que producen para alimentarse, que viven en condiciones tan primitivas como las de los Caribes o Jirajaras que encontró Cristóbal Colón cuando, en su tercer viaje, descubrió la Costa Oriental de Tierra Firme, como se llamaba nuestra patria en la poética geografía de ese tiempo. El 46,4 % tienen un ingreso familiar de apenas ochocientos bolívares por año y un millón doscientos cincuenta mil campesinos, la cuarta parte de los habitantes del país, un ingreso per-cápita de apenas once bolívares mensuales.

EL REFLEJO en lo social y cultural de la infra-productividad de la inmensa mayoría de la masa rural venezolana es bien conocida de los venezolanos. Vive la mayoría de nuestra masa rural en ranchos. Hay más de setecientos mil en nuestro país y tal como dijo en un Congreso de Sanidad Panamericano una delegación de médicos especializados en enfermedades tropicales, presidida por el modesto y sabio Dr. Félix Pifano, el rancho *más que protector de la especie humana, conspira contra ella*. Aun los legos sabemos que el suelo de tierra es el cauce por donde penetran al organismo innumerables enfermedades intestinales. En estos días he leído con verdadera preocupación y angustia los trabajos realizados por el Dr. Torrealba sobre el Mal de Chagas, que es una especie de heredero en nuestros días de aquel terrible flagelo del paludismo, ya felizmente erradicado de Venezuela. Y el Mal de Chagas, que es el causante principal de esa misteriosa enfermedad X, o enfermedad N° 200, a que se refieren las estadísticas de mortalidad en Venezuela, es producida por un vector que encuentra su ambiente propicio en el techo de paja del rancho campesino.

El malestar económico de nuestra masa rural, unido a la falta de preocupación de los gobiernos autocráticos o dictatoriales por la educación popular, es uno de los causantes fundamentales de ese doloroso saldo de ignorancia y atraso que tiene nuestro país. La inmensa, la determinante mayoría de esos dos millones y medio de venezolanos analfabetos, está ubicada en el campo. Es precisamente en los Estados de más acusada fisonomía rural donde se aprecia un índice mayor de analfabetos. Es del 74 % en Trujillo, por ejemplo, y llega en el Estado Portuguesa a una cifra tan alta como el 85 % y es también en esta situación de

miseria extrema, en esta condición de "vida infra-humana", para recordar una frase del Arzobispo de Caracas y Venezuela, en su famosa Pastoral del 1º de mayo de 1957, del vasto sector campesino donde radica una de las causas del escaso desarrollo industrial de nuestro país. Tenemos cerca de siete millones de habitantes pero no sería exagerado decir que apenas contamos con dos millones de consumidores. En Venezuela no hay realmente, como se afirma, superproducción de textiles y superproducción de zapatos. En Venezuela lo que hay es infra-consumo de productos primarios y de productos manufacturados porque una gran masa de la población es un sector marginal, que apenas produce y que consume muy poco. Por todas estas razones resulta inaplazable la realización de una Reforma Agraria en nuestro país y, en este sentido, se ha creado un estado de conciencia nacional del cual es una expresión muy definidora la forma como está integrada la Comisión designada por el Ministerio de Agricultura y Cría para estudiar la Reforma Agraria. Están en ella representados los sectores industriales; la Iglesia, por el señor Arzobispo; los sectores sindicales; los sectores técnicos, y, por supuesto, representantes de todos los partidos políticos que están actuando en el país. Esto significa que ya la Reforma Agraria no es hoy, como lo fuera en 1936, una consigna heterodoxa ribeteada de cierto sospechoso matiz bolchevique, sino una necesidad nacional en cuya realización están contestes todos los sectores de nuestra colectividad.

121

Este problema de la Reforma Agraria —y aquí voy a aportar no opinión de técnico, sino algunas de mis experiencias de gobernante— no puede ser concebido simplistamente como el sólo reparto de tierras entre los campesinos. Sería algo así como lanzar un objeto contundente sobre una *piñata de tierras*, para que a cada campesino le corresponda su trozo de suelo y se ilusione con él, así como el niño se ilusiona con el caramelo, o con el juguete que le cayó en las manos, cuando fue rota la vasija de barro y se desprendieron de ella los dones frágiles.

La Reforma Agraria tiene que ser enfocada, y en esto coinciden técnicos y estadistas, como una acción de conjunto, compleja. No basta con la distribución de tierras si junto con ella no va al campesino el crédito oportuno y barato; si junto con ella no va la sustitución de los métodos anticuados de producción, que en Venezuela son el arado romano, la chicura, el machete rozador y, lo que es peor, el fuego, por el tractor, por la sembradora y por la segadora mecánicas; y si junto con esta acción de carácter técnico y crediticio, no va al propio tiempo la asistencia y la orientación del campesino mediante una legión de agrónomos, de veterinarios, de expertos en producción agrícola; y, coetánea con esta serie de medidas, complementándolas, la acción social, la lucha contra el rancho, la lucha contra las enfermedades, es decir, para usar términos de estrategia militar moderna, *que la Reforma Agraria debe realizarse con un sentido de guerra global, de guerra total.*

Algo de eso tratamos de hacer nosotros, en una forma incipiente y durante un lapso tan limitado de gobierno, cuando nos correspondió el honor y la responsabilidad de dirigir los destinos de este país. Nos encontramos, al llegar al gobierno, en 1945, con un problema agrario secular, tan viejo como Venezuela misma y, como realizaciones, apenas con una Ley Agraria que no había comen-

zado a ser ejecutada. Nuestra acción consistió en comenzar a ubicar campesinos y para impedir desalojos fue dictado un decreto mediante el cual, durante un lapso prefijado, los desalojos no podían ser aplicados. Ante la apetencia de créditos del campesinado, se aumentó en una forma sensible el capital y las disponibilidades del Banco Agrícola y Pecuario, y se descentralizó su acción crediticia mediante agencias y sub-agencias distribuidas en todo el país. En el trienio 45-48 el capital y reservas del Banco Agrícola llegó al índice 562,9 igualando a 100 en 1948, y el índice del activo pasó a 562,6. También se creó la Corporación Venezolana de Fomento, encargada de otorgar créditos a las grandes empresas que fueran a industrializar el país. Fue entonces cuando se inició una política de desarrollo a la producción azucarera que ha permitido a Venezuela pasar de la situación de 1946, en que importamos cuarenta mil toneladas de azúcar de Cuba y del Brasil, a esta situación de hoy en que, cuando menos potencialmente, nuestro país es apto para exportar azúcar. La CEPAL, la Comisión Económica para América Latina de las Naciones Unidas, que es indiscutiblemente la más alta autoridad regional en materia económica y fiscal, en una monografía publicada en 1951 sobre Venezuela, estampó este concepto: *Puede decirse que el crédito agrícola ha sido nulo e insignificante hasta 1946, año en que fue fundada la Corporación Venezolana de Fomento y en que el Banco Agrícola y Pecuario intensificó su acción.*

Nos encontramos con el problema de que había un número extraordinariamente limitado de técnicos agrícolas. Mediante aportes fiscales, el primero de tres millones de bolívares, pudo ser aumentado el número de estudiantes de Agronomía y Veterinaria, de mil doscientos y tantos que había en 1945, a cinco mil que había en 1948. Una de las cuestiones importantes, relacionada con el sistema de tenencia de la tierra en nuestro país, es el de la vaguedad de los linderos de las haciendas y el de la circunstancia de que, en numerosas ocasiones, fincas particulares han sido aumentadas mediante la incorporación a ellas, por métodos no legítimos, de ejidos y de baldíos nacionales. Era necesario iniciar un catastro y se comenzó. Y en sólo cuatro Estados de la República pudieron ser rescatadas para la nación unas setecientas mil hectáreas.

Había que plantearse también la cuestión de los caminos vecinales, que son muy importantes en nuestro país porque es a través de ellos como se pone en contacto el productor agrícola con los centros de consumo; cinco mil kilómetros de caminos vecinales se abrieron en esos años.

Las experiencias nacionales unidas a las de otros países, se conjugaron en una Ley de Reforma Agraria a la cual le puso el ejecútese presidencial Don Rómulo Gallegos el 18 de octubre de 1948. Esa ley acaso pueda servir, complementada, ampliada y mejorada con las conclusiones a que llegue la Comisión de Reforma Agraria actual, como una buena pauta para la necesaria legislación agraria que habrá de promulgar el próximo Congreso Constitucional.

Es una ley realista, que contempla el problema agrario venezolano en sus distintas modalidades, en un país tan vasto y donde las regiones tienen características locales tan diferentes. Es una ley pragmática, que no se guía por criterios prefijados y dogmáticos, sino que a la compleja situación agraria de nuestro

país le da soluciones varias. Así, establece como cuestión fundamental la creación de un organismo ordenador de todo el proceso de Reforma Agraria, el Instituto Agrario Nacional. Pero un organismo dotado de recursos económicos. Su capital inicial se fijaba en cien millones de bolívares, que hubiera aumentado sensiblemente porque se establecía que todos los años habría un aporte del 2 al 14 % del Presupuesto General de Gastos de la Nación. El cumplimiento de esta disposición hubiera permitido al Instituto Agrario Nacional capitalizar sumas muy apreciables de dinero, para enfrentar el problema agrario. En materia de otorgamiento de tierras se establecía toda una variedad de métodos, desde el sistema de otorgamiento en usufructo de la tierra hasta el sistema de propiedad individual, pasando por el sistema de cooperativas. Esa Ley de Reforma Agraria tomaba en cuenta que no podían imponerse mecánicamente los sistemas de producción cooperativos, no obstante sus ya conocidas ventajas, porque en Venezuela la inmensa mayoría de los campesinos son conuqueros y este sistema no es sólo una forma antieconómica de producción sino también signo exacerbado de individualismo. No tenemos nosotros en Venezuela una especie de tradición subyacente en la conciencia campesina, orientada hacia el trabajo de grupo. En Rusia el *artel* era anterior a la revolución del 18; en Bolivia el *ayllu* era anterior a la revolución del 52; en los países nórdicos —Noruega, Suecia, etc.— el cooperativismo lleva décadas de existencia. En Venezuela el productor nuestro es esencialmente individualista. Se aprecia apenas en algunas regiones unos sistemas larvados de trabajo de grupo, que lo llaman la *cayapa* o el trabajo *mano a mano*, pero en realidad la tradición agraria en nuestro país es de un individualismo exacerbado. Será mediante un proceso educativo como se llegue a convencer al campesinado nuestro de las conveniencias y ventajas del trabajo cooperativo. Acaso lo más importante sea establecer un sistema de cooperativa de servicio muy similar al que existe en Estados Unidos en que el granjero es dueño de la tierra, es dueño del producto de su cosecha, pero utiliza cooperativamente con los otros miembros de la comunidad los tractores, los medios de transporte, los silos, etc.

La Ley Agraria del 48 fijaba en ciento cincuenta hectáreas de tierra de primera clase, con regadío, y en trescientas hectáreas de segunda clase, las que eran inexpropiables, cuando se dedicaban a la agricultura; y en cinco mil hectáreas en terrenos de primera clase y veinticinco mil hectáreas en tierras de segunda clase, las no susceptibles de expropiación cuando estaban dedicadas a la ganadería.

Se establecía una escala de expropiación, comenzando por las tierras ociosas, las tierras no cultivadas, las tierras pertenecientes a esas personas que para usar una expresión criolla *ni lavan ni prestan la batea*. Luego, las tierras trabajadas por ausentistas, por interpósita mano de encargados y así sucesivamente. Y esas tierras expropiables, serían pagadas a su justo precio porque, no se trataba de castigar al terrateniente como persona sino de terminar con un sistema anti-económico, injusto, de tenencia y de explotación, o de no explotación de la tierra, porque la mayoría de esos grandes latifundios están en la ruina.

Se establecía un sistema de pago, en parte, en dinero efectivo y el resto en bonos avalados por un Estado solvente, por un Estado sin deuda externa, o por

lo menos que entonces no la tenía; pero, en todo caso, por un Estado relativamente rico, cuyos bonos se cotizan siempre por encima de su valor nominal. Y, un punto muy importante planteado en esa Ley de Reforma Agraria era el relacionado con las tierras de regadío. Se establecía en uno de sus artículos que los sistemas de riego se consideraban de utilidad pública y su manejo sería regulado por disposiciones de una ley especial. Este es un problema de extraordinaria importancia, porque la Reforma Agraria en Venezuela tiene que estar ligada a una grande y ambiciosa política de riego. En este vasto espacio geográfico que es nuestra patria tenemos apenas unas doscientas o trescientas mil hectáreas de riego permanente. Lo demás son tierras sometidas a las alternativas caprichosas de la naturaleza, tierras que se anegan cuando viene un invierno muy intenso o que se retuestan cuando hay una sequía prolongada. Si algo tenemos que realizar en Venezuela es una política de riego similar a la que ha realizado México, a la que hicieron los Estados Unidos en Texas, a la que están iniciando algunos países del Medio Oriente, entre ellos Egipto. Un programa que nos permita irrigar en los próximos años por lo menos un millón de hectáreas.

Las ventajas de las tierras irrigadas son obvias: las conocen hasta las personas menos versadas en cuestiones del campo. Hasta tres cosechas anuales pueden obtenerse en tierras irrigadas. Los rendimientos de tierras irrigadas pueden compararse a los de los negocios urbanos. En Zueta, del Estado Aragua, por ejemplo, donde se estaban explotando para 1947 apenas tres mil de las seis mil hectáreas irrigadas, en sólo un año se obtuvo de utilidades el cuarenta por ciento de las inversiones y casi la totalidad de lo que se había invertido en construir esas obras de riego. Pero, aquí hay un aspecto muy importante: estaban en cultivo apenas la mitad de las tierras. Esto es inaceptable. Las tierras irrigadas deben estar cultivadas en su totalidad y a ese respecto el Estado debe adelantarse, cuando vaya a realizar una obra de riego, a obtener para la nación, a fin de utilizarlas con fines de reforma agraria y de incremento audaz de la producción agrícola, en la cual tenemos un déficit tan acusado, la mayor parte de las tierras que vayan a ser regadas. Algo de esto hicimos nosotros en el ensayo de El Cenizo, que fue detenido después del derrocamiento del Presidente Gallegos. Allí hay cien mil hectáreas de tierras planas muy ricas, porque a través de las décadas ha ido acumulándose en ellas el humus vegetal que descende de las montañas andinas. Pues bien, esas cien mil hectáreas estaban en manos de la Corporación Venezolana de Fomento, porque una parte de ellas fue arrendada por plazos de noventa y tantos años a los Concejos Municipales, otras compradas y tal vez una o dos haciendas expropiadas y pagadas a su justo precio.

El programa de Reforma Agraria tiene que ir ligado a un programa de irrigación. Están estudiadas ya por el Departamento de Riego del Ministerio de Obras Públicas obras de riego que comprenden unas quinientas mil hectáreas. Es de desearse que el próximo Gobierno, cualquiera que fuere el que lo presida, se empeñe en que durante el quinquenio 1959-1964 por lo menos esas quinientas mil hectáreas sean irrigadas, utilizándose buena parte de ellas en una Reforma Agraria moderna y justiciera y, al propio tiempo, lográndose el incremento, en una forma sensible, de la producción agropecuaria nacional.

Voy a concluir, ya que tal vez me he tomado más del tiempo debido, diciendo que la Reforma Agraria en Venezuela, además de ser una necesidad inaplazable de justicia social es un imperativo de liberación económica. Venezuela no puede continuar importando del exterior caracas negras, arroz, un millón de huevos de gallina al día. Importando carne en el futuro, por el déficit tan acusado en nuestra producción de vacunos, porcinos y aves. Estamos utilizando los dólares que nos produce el petróleo —una riqueza transitoria, porque es una riqueza derivada de un producto típicamente no renovable— no para echar las bases y los fundamentos sólidos de una economía nacional, sino para importar del extranjero lo que perfectamente podemos y debemos producir en nuestro país. De tal manera que la Reforma Agraria viene a resultar así no sólo una inaplazable respuesta al reclamo de justicia que nos está haciendo la mayoría rural de nuestro país, sino también una vía insustituible para conducirnos hacia la independencia económica (*prolongada ovación*).

colaboran en este número

GABRIEL CEVALLOS GARCIA. Nació en Cuenca, Ecuador. Doctor en Jurisprudencia. Especializado en Filosofía de la Historia, actualmente es decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Cuenca. De su bibliografía pueden destacarse: "Entonces fue el Ecuador", "Anhelo y dimensión de la Persona", "Del Arte actual y su existencia", "Reflexiones sobre la Historia del Ecuador".

Con la monografía que se publica en este número, POLITICA inicia la discusión sobre las limitaciones y trabas que dificultan la libertad del pensamiento en nuestros historiadores. La revista invita a los estudiosos americanos a participar en este debate que juzga de fundamental importancia por estimar que la interpretación histórica gravita definitivamente en la vida política de los pueblos.

RAMON J. VELAZQUEZ. Abogado y periodista venezolano. Ha publicado numerosos trabajos de investigación histórica. Director del Instituto de Investigaciones Periodísticas de la Escuela de Periodismo de la Universidad Central de Venezuela. Actualmente es Secretario General de la República.

ROMULO GALLEGOS. Maestro y escritor. Presidente constitucional de Venezuela en 1948. Con el capítulo de la novela de ambiente mexicano que se publica en este número, Rómulo Gallegos reinicia el diálogo literario con Venezuela.

LUIS B. PRIETO F. Venezolano. Maestro primario, profesor secundario y catedrático universitario. Ministro de Educación durante el gobierno constitucional de Rómulo Gallegos. Senador. Ha publicado, entre otras obras, "De una educación de castas a una educación de masas", "La magia de los libros", "El concepto de líder. El maestro como líder", "El humanismo democrático", "La colaboración privada en la educación popular americana", etc.

JULIAN MARIAS. Filósofo español, catedrático universitario y autor de obras filosóficas de amplia difusión en nuestro continente. En "Las edades y la convivencia" Marías ofrece algunas consideraciones sobre la estructura generacional de nuestro tiempo. POLITICA estima que las consideraciones expuestas por el autor pueden y deben interesar a los intelectuales y dirigentes latinoamericanos a cuyas inquietudes deja abiertas las páginas de la revista.

JOSE FIGUERES. Fundador del Movimiento de Liberación Nacional y ex Presidente constitucional de Costa Rica. Entre sus trabajos publicados pueden mencionarse "Cartas a un ciudadano" y numerosas monografías y ensayos publicados en revistas especializadas del Continente. Ha pronunciado

varias conferencias sobre temas económicos en las principales universidades de Latinoamérica y de Estados Unidos de Norteamérica.

JOSE LUIS ROMERO. Catedrático y escritor argentino. Doctor en Historia. Autor de "La Edad Media", "El Estado y las facciones en la Antigüedad", "La crisis de la República romana", "La Historia y la vida", "Sobre la biografía y la Historia", etcétera.

JULIO IRAZUSTA. Historiador y crítico literario argentino. Autor de "Vida política de Juan Manuel de Rosas a través de su correspondencia", "La Argentina y el imperialismo británico", etcétera.

PEDRO DUNO. Venezolano. Licenciado en Filosofía de la Universidad Nacional Autónoma de México. Profesor de la Facultad de Humanidades de la Universidad Central. Investigador del Instituto de Filosofía de la misma Universidad.

PEDRO MIGUEL PARELES. Economista venezolano. Profesor de la Facultad de Economía de la Universidad Central de Venezuela. Asesor Económico del Banco Central.

ROMULO BETANCOURT. Dirigente político; fundador del Partido Acción Democrática. Presidente de la Junta de Gobierno de Venezuela de 1945 a 1948. Amén de sus muchos trabajos monográficos es autor de: "Problemas venezolanos", "Venezuela, política y petróleo", "Posición y Doctrina", etc. Presidente constitucional de Venezuela.

en el próximo número

SE PUBLICARAN, ENTRE OTROS, LOS SIGUIENTES TRABAJOS:

UNA NUEVA CONSTITUCION PARA VENEZUELA, por Rafael Caldera; EL ARTE Y LA FORMACION DE LA CONCIENCIA NACIONAL, por Germán Arciniegas; LA LITERATURA Y LA FORMACION DE LA CONCIENCIA ARGENTINA, por Ezequiel Martínez Estrada; EL INSTITUTO NACIONAL DE LA CULTURA, por Miguel Otero Silva; DEMOCRACIAS Y DICTADURAS EN IBEROAMERICA, por Leopoldo Zea; EL DERECHO DE ASILO, por Carlos Sánchez Viamonte; REFLEXIONES SOBRE EL ASILO DIPLOMATICO, por Carlos Sanz de Santamaría; SOCIOLOGIA Y CRISTIANDAD, por Alceu Amoroso Lima; EL MEDIO SIGLO DE MEXICO, por Octavio Paz.